This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 9678.22.4

Harvard College Library

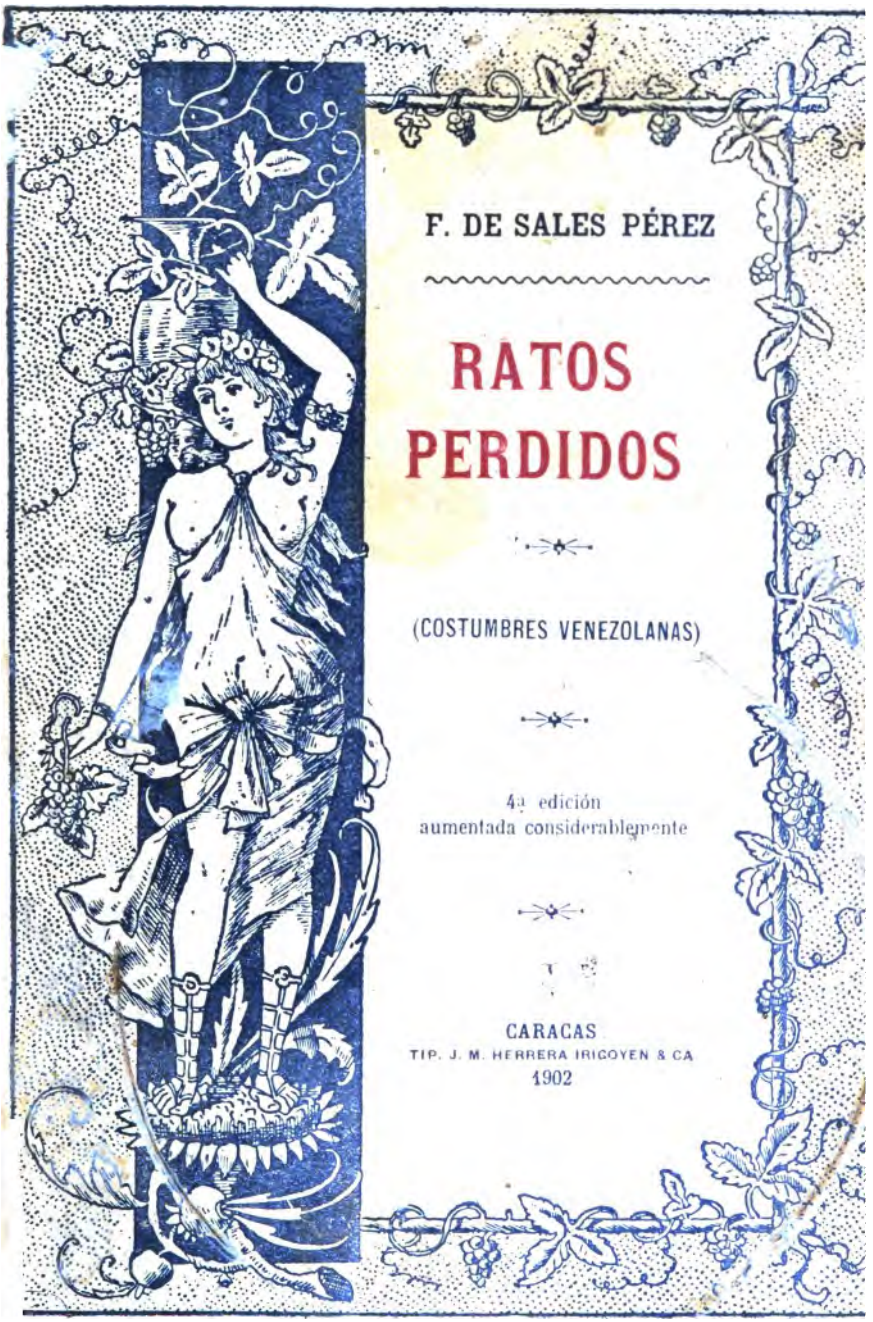
FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

SA 967



F. DE SALES PÉREZ

RATOS PERDIDOS

(COSTUMBRES VENEZOLANAS)

4ª edición
aumentada considerablemente

CARACAS
TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA
1902

Pello 1:34 pt 3

FRANCISCO DE SALES PEREZ

RATOS PERDIDOS

(COSTUMBRES VENEZOLANAS)

4ª EDICION

AUMENTADA CONSIDERABLEMENTE CON NUEVOS ARTÍCULOS

CARACAS
TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
1902

SA 9678.77.4

HARVARD COLLEGE LIBRARY

JUL 17 1920

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

F. DE SALES PÉREZ

A MI ESPOSA

Amada mía:

Estos Ratos son tuyos, porque los he robado á nuestra dulce intimidad.

Aquí te los devuelvo, juntos, como ramillete formado con flores del espíritu.

No puedo hacerte ofrenda más valiosa, porque este libro es mi alma con todos sus anhelos, por la Verdad, por la Justicia, por la Patria, por el Bién.

Al publicarlo nuevamente, sólo aspiro á perpetuarme en la memoria de nuestros hijos y á dejarles en estas páginas algo así como la huella de mis pasos, y observaciones que pueden servirles de guía en el laberinto de la vida.

Tuyo,

F. de Sáles Pérez.

Junio de 1902.

EL GODO

—

—«Si no hubiera Dios, sería preciso inventarlo»—ha dicho, no sé quien, y á mí se me ocurre decir:

—«Si no hubiera *godos*, sería preciso fabricarlos.»

Figuráos este país sin godos!

La política no tendría interés; la prensa desaparecería, si le faltara el argumento que le da vida y calor: vegetaríamos en un marasmo insoportable.

Sería cosa de emigrar!

Pero, como nosotros no queremos abandonar el pedazo de tierra que Dios nos ha dado en usufructo, preferimos cultivar el *godo* cuidadosamente, como planta alimenticia, para que no se acabe.

Cuando vemos que quiere extinguirse en la sombra, esterilizado por una larga inacción, lo galvanizamos, lo sacamos al sol, lo vestimos con sus más lujosos arreos, lo electrizamos con el cla-

rín guerrero, le hacemos aspirar humo de pólvora, le damos palmadas en el corazón, para despertar sus palpitaciones patrióticas, y *el godo* vuelve á la vida casi artificialmente.

Pero si observamos más tarde, que se neutraliza, que se asimila, que se funde entre las otras especies políticas, entonces le aplicamos reactivos heroicos para separarlo; lo golpeamos, lo zarandeamos á derecha é izquierda, lo tostamos al fuego, lo trituramos entre los cilindros de la prensa, y por último, lo pasamos por un cedazo fino, hasta que logramos extraerlo, convertido en polvo sutil, pero valioso á nuestro objeto, como polvo de oro.

Obtenido el polvo, es fácil conseguir amalgama y crisol para darle consistencia cuando convenga.

Y el godo revive! y la lucha comienza! y la comunidad se salva!

Guzmán Blanco lo venció, lo *ajó* y juró destruirlo «hasta como núcleo social», pero guardó siempre un poco de semilla para regarla sobre la tierra cuando le convenía.

Ildefonso Riera, en un arranque apocalíptico y sublime de su talento colosal, hizo esta tremenda profecía:

—«Dignidades, nombre, fortuna, honores, familia!, todo ha de pasar á otras manos; todo ha de ser la herencia de los hijos de la democracia.»

Y así fue!

Los honores y las dignidades antiguas caducaron.

Una nueva generación de héroes, de apóstoles, de mártires, de inteligencias y de cuánto se ha creído más meritorio en el partido triunfante, está en posesión de todas las dignidades.

Los caudales públicos y los particulares, en

constante movimiento, han enriquecido, con más ó menos justicia, á los antiguos desheredados de la fortuna.

En la sociedad presente nadie puede conservar riquezas á título hereditario, sino á título de laboriosidad, de talento, de economía, de audacia, y, algunas veces, á título de favor.

Los vínculos de riqueza solariega, que constituían los patrimonios estacionarios de la nobleza colonial, desaparecieron en el torbellino de la democracia triunfante.

Los gajes de la victoria, las combinaciones de la Bolsa, el agio monstruoso, el trabajo afortunado, la inteligencia despreocupada y los beneficios de contratos ventajosos, han constituído una aristocracia moderna.

Esta aristocracia no guarda pergaminos antiguos, destrozados por la polilla, sinó billetes de banco, escrituras de propiedad y valores públicos.

Yo no sé cuál es mejor de estas dos noblezas, pero sí sé que la última está reconocida en todos los pueblos de la tierra.

A los que acumularon riquezas con el sudor de los antiguos esclavos, han sucedido los que saben aprovechar el sudor de los hombres libres.

Esto es más noble; porque á nadie se fuerza y se infama con el látigo para que sude; no hay dos razas, una de esclavos y otra de señores; todos tenemos los mismos derechos; pero sucede que Dios no nos ha hecho á todos iguales; ha puesto á algunos más humedad en la boca, y por eso tragan más harina.

¿Quién puede ser culpable de que los otros tengan la lengua seca?

Pero á pesar del período de Guzmán Blanco

y de la profecía cumplida de Ildefonso Riera, el *godo* no desapareció, el *godo* vive!

No lo encontraréis formando cuerpo; no pasará revista de presente en ninguna parte; pero vive como la partícula de quinina en la poción homeopática.

Ella ha pasado por cien diluiciones; una gota se disolvió en mil gotas; una de éstas en diez mil; una de éstas en un millón de gotas; pero cada una de ellas conserva las propiedades de la quinina.

Así mismo, el principio *godo* se ha trasmitido de generación en generación, aunque degenerado en su esencia.

Después de cincuenta años de evoluciones temerarias, después de innumerables fusiones infructuosas, en que ha cosechado triunfos efímeros, derrotas espantosas, persecuciones crueles, dulces halagos y desengaños amargos, el *godo* no se ha extinguido.

Ha perdido el amargo, como el gránulo de quinina, pero conserva cualidades admirables para diferentes aplicaciones.

Por ejemplo: si queréis emplearlo como cuajo, es superior á la molleja de gallina y al estómago de conejo. Si tomáis una molleja y la ponéis entre una jarra de leche, necesitáis esperar diez minutos para que se corte.

Pero si tomáis un *godo*, aunque sea incoloro, insaboro ó imbécil y lo introducís en una asamblea electoral, en el acto la tendréis cortada.

Y si no andáis muy listos en botar el suero, para que arrastre el fermento *godo*, y no ponéis la sal muy pronto, tened por seguro que perderéis la cuajada.

Si ponéis algún elemento godo en cualquie-

ra empresa industrial, podéis contar con que la empresa *cuaja.*

Guzmán Blanco, que detestaba al godo como partido, pero que lo utilizaba como elemento, fundó con ellos la «Compañía de Crédito», y *cuajó* tanto que, en pocos años, ha llegado á ser el poderoso Banco de Venezuela.

Y no sólo cuajó el Banco, sino que de su seno han salido algunos individuos muy cuajados.

En la política, y por sí solo, es donde el *godo* es *incuajable.* No se me arguya que tres grandes revoluciones han *cuajado* con la liga del elemento *godo,* por que muchas más son las que se han perdido por él, y las que se perderán todavía.

Si el *godo* tuviera buen juicio y carácter, como tiene virtudes en su mayor parte, comprendería que su tranquilidad, su decoro y su conveniencia, le aconsejan no entrar en largo tiempo á la arena de la política, ni por seducciones extrañas, ni por impulso propio.

El apartamiento puede rehabilitarlo en la opinión de las mayorías.

Las ideas políticas son corrientes impetuosas, que obedecen á leyes morales, y que no se detienen hasta que el tiempo no las precipita en el dormido mar del desprestigio.

No hay más remedio que seguir su curso ó apartarse.

El que pretenda oponerles el pecho será arrebatado al abismo.

LAS CUELGAS

—

En este mes que trae un día de Dolores y otro de Mercedes, apenas habrá un padre de familia que no haya gastado alguna cantidad en *cuelgas.*

Esta consideración me ha sugerido la idea de escribir un juguete sobre el asunto.

La palabra *cuelga* es de nuestra propia invención.

Nos ha servido para enriquecer el idioma, y al mismo tiempo para empobrecernos nosotros.

Creo que la hemos derivado del verbo *colgar*, y que se llaman así los regalos de días, porque, el que los envía, se cuelga, si es necesario, para comprarlos; y el que los recibe, queda colgando por la retribución.

Antiguamente se llamaron *horcas;* lo cual comprueba, que en todos tiempos, estos obsequios han tenido alguna semejanza con el lazo que aprieta la garganta.

Pero no solamente el que envía y el que re-

cibe el regalo quedan colgando; también suele quedar en el aire quien lo vende, sin tener ninguna culpa.

¡A cuántos quincalleros he visto renegar de los Santos!

Conozco uno que tiembla á la aproximación de uno de esos Santes populares.

El Carmen! Santa Isabel! suenan en sus oídos lo mismo que ¡¡El Saqueo!! Los Acreedores!! La Patente!

Esos azafates llenos de costosos regalos, que, en ciertos días, cruzan la ciudad en todas direcciones, me dan mucho qué pensar.

—¿Cuál será el móvil?

—¿Cuál será el fin?

El dar no es natural en el hombre, mezquino y egoísta de suyo.

En la mujer, que es más ingenua que el hombre, puede ser alguna vez desinteresado: pero no siempre.

Dar puede ser—pedir.

Dar puede ser—pagar.

Dar puede ser—prestar.

Pero dar nunca es dar.

Hasta las dádivas de la caridad son interesadas, porque son créditos que se compran contra la Providencia.

Vayan algunos ejemplos.

Eres comerciante, y recibes algunas mercancías de lujo, paisajes, vírgenes y otras cosas raras, que deseas vender con buena utilidad: antes de ofrecerlas al público, envías *de regalo* un cuadro al cronista del diario más importante—digamos La Opinión Nacional.

—¿Eso es dar?

—Eso es pedir un suelto de recomendación que te ayude á vender los otros.

Te cura un médico y no te cobra, porque es pariente de tu mujer, y los primos de tu mujer deben servirte de balde, que bastante has hecho tú al casarte con la prima de ellos.

Tú quieres echarla de generoso, y para aprovechar unas monedas lisas, mandas hacer un freno, que él necesita, y se lo ragalas.

—¿Le has dado algo?

—Mentira! le has pagado con cuarenta pesos una curación que valía doscientos.

Eres hacendado de caña, y tienes más semilla de la que necesitas, á tiempo que tu vecino está careciendo de ella. En lugar de botarla, se la regalas, para que te desocupe el terreno.

¿Eso es dar?

De ninguna manera! es tenerla allá para cuando cambien las circunstancias.

Encuentras un niño huérfano y enfermo: instintivamente piensas en los tuyos, llevas la mano al bolsillo y lo socorres.

¿Eso es dar?

—Eso es encomendar los tuyos á la Providencia; es pagar el dividendo de una póliza de seguros en favor de tus hijos; y como Dios es un banquero que nunca quiebra, no puedes poner tus fondos en mejores manos que en las manos del huérfano desvalido.

Los regalos son también el gran resorte de la corrupción.

Detrás de toda sentencia injusta se encuentra siempre un regalo torciendo la conciencia del juez.

Un elector hallará siempre más méritos en el candidato de quien espere el mejor regalo.

Este mal es tan antiguo como el mundo.

Los regalos vienen del Génesis.

La seducción no ha encontrado medio más eficaz.

De ahí viene el refrán—*dádivas quebrantan peñas.*

La manzana del Paraíso no fue otra cosa que el primer presente hecho por la primera mujer.

¡Costoso regalo!

Todos los dolores del género humano salieron de aquella funesta manzana!

Pero los hombres nos hemos vengado de ese daño, y nos vengaremos hasta el fin de los siglos, empleando la misma arma—los regalos.

Desde que un hombre intenta la conquista de una mujer; desde que pretende cualquiera barbaridad, casarse con ella, por ejemplo, la primera manifestación que le hace es el regalo de una flor; de allí pasa á una fruta, no precisamente la del árbol prohibido, sino cualquiera otra, que todas, para este caso, son iguales á la manzana.

El aroma de esa flor y de esa fruta tiene algo de fascinador: algo como el veneno de la flecha de Cupido que hiere el corazón y trastorna la cabeza.

Este proceso, aunque lento, es infalible, y tan conocido del lector, que prefiero abandonarlo, porque me voy perdiendo en ese laberinto de dádivas, donde se han perdido tantas mujeres y tantos hombres.

Mi ánimo era hablar de las cuelgas; de ese comercio obligatorio de regalos recíprocos, que, en determinados días, establece el afecto, ó más bien la etiqueta.

En realidad no es otra cosa que un compromiso mutuo de comprar cosas superfluas.

¡Cuántas veces no se podrán comprar las indispensables!

Cada regalo que se recibe es un pagaré que se otorga.

Nada tienen de censurable esas demostracio-

nes de cariño, si se mantienen en un límite racional.

Pero visitad una casa en día de días y encontraréis:—un tintero bellísimo donde nadie se atreverá á poner tinta.

Un tocador que no se puede tocar de puro mono é inútil.

Una polvera de cristal, y dentro ¡qué polvo tan suave!—un reloj de oro.

Un ramo de flores que ocupa media sala.

Y por el mismo estilo cien objetos que representan un valor que no tienen, y que cuestan un capital de efectivo y otro de angustias.

Ahí está el mal!

La vanidad se sustituye al afecto, y entra á disputar la superioridad por lo valioso de sus obsequios.

En esas condiciones, un regalo, no puede ser un agasajo—es una imposición onerosa, es casi un agravio.

Casos conozco yo que han llegado á una extremidad ruinosa, y hasta vulgar, que es todavía peor.

La amistad, el amor y todos esos sentimientos sublimes que brotan del alma, probando su origen divino, no deben unirse nunca con lo material.

El sentimiento se rebaja sumado con el interés.

La ingenuidad es sencilla.

El lujo es inseparable de la soberbia.

Si una flor quiere decir—«yo te amo,» una prenda de gran valor quiere decir—«yo te humillo.»

El afecto que humilla no puede ser sincero.

LA INDUSTRIA DE CONSPIRAR

—

Los economistas dicen que trabajar es producir, y yo digo que destruir también es trabajar.

Hay gentes que viven únicamente de *levantarse*, y otras que viven de no levantarse.

Al fin, el mejor oficio es el que produce mayor ganancia con menor esfuerzo.

Pero el oficio, para que pueda constituir una carrera debe ser duradero.

En este sentido, la industria de conspirar no tiene rival.

A los conspiradores no les faltará trabajo mientras haya Gobiernos que no satisfagan todas los aspiraciones: aduanas que estafar, ambiciosos á quienes alucinar y necios á quienes explotar.

Y como los Gobiernos, las aduanas, los ambiciosos y los necios son cuatro calamidades eternas, los conspiradores son los hombres de más porvenir sobre la tierra.

Tiene otra ventaja esta industria y es, que se ejerce sin capital propio. Mientras más pobre

esté un hombre, se encontrará en mejores condiciones para el oficio.

Siempre hay logreros que aporten los fondos, en calidad de socios comanditarios. Por supuesto que no dan la cara sino el día del triunfo.

El conspirador industrial los acepta con esas condiciones, porque él se conforma con ir viviendo cómodamente del dinero ajeno, á reserva de tomar sus ganancias si las hubiere.

¿Quién no hace negocios así? ¿Qué puede suceder?

En último caso, cuando la revolución fracase, entre derrotas espantosas; cuando los más incautos queden tendidos sobre su propia sangre, él quedará bien comido, bien bebido, bien equipado, con fondos de reserva y, cuando más, en la cárcel.

Allí sigue explotando su industria.

Una señora, que conserva buenos recuerdos de otro tiempo, le manda la comida bien sazonada; los amigos le mandan cigarros y brandy, en previsión de que algún día triunfe; los cómplices se apresuran á mandarle dinero para que no los delate.

El, entretanto, está acumulando merecimientos para el día en *que se dé la suya*, y como *la suya* son todas las revoluciones pasadas, presentes y futuras, algún día tiene que *darse*.

Para aprovechar el tiempo, escribe un diario de su martirio, que será su gran hoja de servicios en el porvenir.

¡Con qué colores tan tétricos pinta la prisión!

¡Qué carcelero tan áspero y tan ronco!

¡Y él, qué hombre de tanto carácter!

¡Con qué valor soporta, sin quejarse, aquellos días sin sol y aquellas noches sin reposo, entre el *quién vive!* y el *alerta* de los centinelas!

Sin embargo de todo, es la temporada más feliz de su vida. Está gordo como un lechón. Nunca había fumado tan buenos puros, ni había dormido siestas más tranquilas.

Sólo una cosa echa de menos — las caricias de Atala.....

Pero en cambio, ¡qué versos tan patéticos le ha compuesto!

Nunca se siente un poeta más inspirado que cuando lo tienen *amarrado corto.*

Las mujeres á quienes gusta oir ternezas, deberían hacer porque sus amantes pasaran una temporada en la cárcel.

Pero volviendo á mi propósito; yo creo que hay individuos que conspiran únicamente para que los prendan. La cárcel es su aspiración suprema.

Yo conocí uno que andaba la seca y la meca, organizando una revolución. Comprometía á medio mundo, invocando, ya el honor, ya la amistad; excitaba, en unos la venganza, en otros la ambición, en otros la avaricia: en fin, arreglaba todo con la mayor habilidad.

Es bueno advertir que los gastos que hacía y aun los que no hacía, eran por cuenta del comité.

Llegaba el día de dar el golpe. Pedía uno de los puéstos de más confianza, aunque no de mucho peligro: se le daba, por supuesto.

Recibía del comité documentos importantísimos, bagajes y dinero para racionar el ejército que debía organizarse.

Se despedía, trémulo de entusiasmo, jurando por su honor y por su dama que no volvería sino vencedor ó muerto.

Al llegar á la puerta se volvía para decir con César—*Alea jacta est!*

Al oir estas palabras, el viejo que presidía brotó dos lágrimas como dos huevos de perdiz.

¡Qué noche tan angustiosa para los que sabían los grandes movimientos que se estaban ejecutando!

Al amanecer salían los directores todos azorados, á buscar noticias, y, cuando suponían á nuestro héroe del otro lado del Rubicón, ó del Anauco, que viene á ser lo mismo, saben que está en la cárcel!

¡Qué ansiedad para el jefe del comité, que le había dado papeles firmados por él!

¡Qué inquietud para el tesorero, que le había dado una suma considerable!

Pero ¡oh fortuna!—había mandado los papeles con otro— había dejado el dinero en manos de su mujer!

¡Cuánta previsión!

El temió que lo detuvieran; una fatalidad cabe en todas partes, sobre todo, cuando había escogido para salir furtivamente, la única alcabala que tenía retén!

Más todavía, si el retén hubiera estado dormido, él lo habría despertado para decirle adiós.

Su campaña estaba concluída—del comité al retén—primera etapa—del retén á la cárcel—jornada final.

Con la prisión quedaban en salvo el honor y el dinero.

La recompensa estaba asegurada con el martirio, si los más incautos llevaban la empresa á término feliz.

Qué le importaba la cárcel. Allí estaba libre de peligros y haciéndose hombre de importancia. Al fin y al cabo, algún día le sacarían de ella, mientras que no es tan fácil sacarse una bala cuando entra por la tetilla izquierda.

Después que yo he visto estas cosas, no me hace nadie entrar en una revolución.

Me falta añadir que sólo he querido pintar á los que han hecho una especulación de las conspiraciones.

Con el conspirador serio, que expone su vida por sus convicciones ó sus conveniencias, no he querido meterme.

Eso sería extralimitar los dominios de la crítica, y lo que es peor—invadir los de la policía.

Yo no quiero correr puntas con la gente que prende.

1883.

EL BUHONERO

—

VULGO QUINCALLERO

—

El personaje que me propongo presentar á mis lectores es extranjero, sinembargo, es un tipo tan común en el país, que puede tomar carta de nacionalidad.

El quincallero, (voy á llamarlo así para que me entienda la gente) es como si dijéramos—de *casa.*

En prueba de ello, él conoce todas nuestras casas, y las frecuenta más de lo que convendría á nuestros bolsillos.

El hombre más corto de vista puede conocer á un quincallero á trescientos metros de distancia.

Un ciego lo conocería por el olor.

Ellos usan un traje especial, que si no es un uniforme precisamente, al menos da cierta uniformidad al gremio, que lo distingue de cualquiera otro.

Todos usan un chaquetón negro y unos calzones color de polvo; ambas piezas de pana burda.

Con ese vestido salen de su país y con ese regresan.

Ellos traen á prevención un retazo para remendar los descalabros del tiempo; pero no de la misma tela ni del mismo color.

Raro será el quincallero que, después de algún tiempo de residencia, no lleve, en la parte trasera más visible, un guardapolvo azul.

Traen también unos zapatones, construídos por el mejor herrador de su país, destinados á durar tanto como los piés, y un cachimbo de una vara de largo.

Al pisar nuestras playas, parece que les sale al encuentro la petaca y se les monta en la espalda.

Ellos vienen ya encorvados para recibirla.

Sus ojos no se levantan del suelo: están siempre buscando la pista.

Hábiles cazadores, van derecho á donde está la presa.

Su olfato está en los ojos.

Estos hombres recorren todo el país; de vereda en vereda van buscando los caseríos de las más apartadas montañas, sin consultar ningún mapa, sin preguntar á nadie.

La codicia se convierte en virtud; llega á lo sublime.

Veámosle llegar á una de esas chozas aisladas, donde viven nuestros ignorantes labradores.

Buone giorno siñora; comestate; traigo guingalla buona é barata.

Después de este saludo y de una humilde reverencia, destapa la caja de baratijas.

Los campesinos la rodean llenos de admiración.

Ante todo saca un rosario de grandes cuentas y lo presenta quitándose el sombrero:

—*Son lácrima de San Pietro; consagrato per Pio nono.*

Los campesinos besan el rosario sin atreverse á tocarlo.

—*La cruche é de plata*—añade el quincallero.

—¡Ay qué linda! y bendita por el santísimo papa! Eso debe valer mucho!—dice la buena mujer, sin atreverse á preguntar por no cometer un sacrilegio.

—*Non siñora por tre peso, está barato.*

—Pero yo no tengo tanto.

—*Yo lo fio per due mese.*

La fisonomía de la mujer se ha iluminado repentinamente con la oferta del quincallero.

Desde que una cosa puede comprarse á crédito ya no parece cara.

La gente cree que los plazos no se vencen nunca, ó que el día de pagar llueve dinero, ó llueve candela para consumir al cobrador.

El vendedor y la compradora se entienden al fin, en estos términos:—diez reales de pronto y catorce dentro de dos meses.

Hecho este primer negocio, el quincallero dice en su interior—«me cuesta tres reales; lo vendo en veinte y cuatro; recibo diez, si no me pagare los otros, ganaré siempre siete, *¡ moderata ganancia !*»

Después negocian algunas prendas, que son falsas y se venden por oro de 14 quilates.

Así queda aquella familia cargada de cosas supérfluas y adeudada, pero contenta y tranquila, porque hay dos meses de por medio para el pago. ¡Dos meses tienen tantos días!

Pero los días pasan uno á uno..... Llega el día de pagar y el quincallero también llega, y no tan cariñoso como la primera vez, sino severo y exigente.

Ahora trae cara de acreedor, ó lo que es lo mismo, cara de palo.

No ha llovido dinero, ni quiere llover candela.

Es preciso pagar de cualquier modo, porque el quincallero se ha instalado en la casa como huésped, y hay que mantenerlo mientras no se le pague.

Por otra parte, el huésped se ha lavado la cara, se ha afeitado y se teme que se recorte las uñas; y hay una muchacha en la casa, y la casa no tiene puertas, y, aunque á estos hombres no se les puede levantar la calumnia de ser aficionados á las mujeres, un acreedor siempre es peligroso y una madre siempre es cavilosa.

Todo esto y los apremios del quincallero, deciden á la pobre mujer á entregarle la burrita en que hace sus diligencias, por el precio que pone el acreedor.

Pero la burra no alcanza y es preciso cargarla con todas las gallinas; y todavía falta un pico, y el italiano no quiere dejar picos pendientes.

¿Qué hacer?

El acreedor se antoja de la cotorra de la

muchacha, su único entretenimiento, y es forzoso entregársela por el saldo.

—Gracias á Dios!—exclama la pobre mujer, al ver salir al italiano.

—Siquiera le quedó la hija!—digo yo.

El quincallero promete volver y vuelve en efecto, si no el mismo, otro ejemplar de la especie.

Estas escenas lastimosas se repiten con frecuencia en nuestros campos:

Maldita industria! destinada á explotar no sólo la mercancía sino la inocencia!

EL BIBERON

—

Acabo de leer un artículo contra el biberón.

No voy á combatirlo; pero creo que, si el biberón puede ser funesto para los niños, no hay nada más suculento para los adultos que el biberón.

Conozco familias enteras, que no se alimentan de otro modo, gordas y rozagantes.

Individuo hay que ha llegado á los sesenta años pegado al biberón, y sin que se le hayan fruncido los labios siquiera.

Y ¡ay! si alguien pretende separárselo de la boca. ¡Cuántos lamentos!

—«¡A mí!—exclama—que he sacrificado mi vida al bien público, que no me he separado un instante del servicio de la patria, ahora me arrebatan el pan! ¡Oh recompensa de tanta lealtad»!

El lector habrá comprendido, so pena de ser un imbécil, que el biberón de que me ocupo es el presupuesto.

Este biberón universal es la gran causa generatriz de eso que se llama en el mundo *movimiento político.*

Cuando yo leo en los discursos y proclamas de los tribunos y patriotas de oficio, esas palabras de *Libertad! Derechos! Principios!* etc., de que se declaran campeones, pongo delante de ellas dos rayitas=y leo: «*sinónimos de biberón.*»

Cuando veo en algún periódico el antiguo mote: «*Nos, pro patria, pro vita, pro libertate certamus,*» testo y enmiendo así: *Nos, pro nobis, pro vita, pro biberone certamus.*

Sin embargo, no debemos dudar de los patriotismos ardientes, de las fidelidades insospechables, de las adhesiones incondicionales, ni de los principios inquebrantables; pero tomemos antes la precaución de ver si hay un biberón en la boca ó cerca de aquel que los decanta. ¿Lo hay? Pues creedle—ese hombre habla de buena fe.

Tampoco debemos pensar mal de esos otros para quienes no hay estabilidad, ni orden, ni progreso: para quienes toda medida es injusta y atentatoria, y la revolución, el único remedio de los infinitos males de la patria; pero observemos si tienen el biberón en la boca ó al alcance de la mano. ¿No lo hay ni á una legua de distancia? Pues no los culpemos—esos hombres dicen lo que sienten: hablan de buena fe.

Ahora probemos á hacer un cambio. Sacad el biberón de la boca de un amigo incondicional, y ponedlo entre los labios de un enemigo intransigente.

Oh metamórfosis maravillosa! El amigo se ha convertido en faccioso—el enemigo se ha hecho amigo incondicional.

De la prueba se deduce que toda incondicionalidad envuelve una condición:—el biberón—

y toda intransigencia admite una transacción: el biberón.

Esta regla tiene, como todas, sus excepciones.

No confundo al hombre serio, partidario ó enemigo por convicciones, con esos otros que se hacen partidarios por conveniencia y que, como los niños, se vuelven enfadosos cuando no están *mamando.*

Después que yo he visto claro estas cosas, no puedo menos que reírme de los principios y programas de las revoluciones que se hacen en este país.

Si yo fuera capaz de levantar una bandera revolucionaria, le pondría, en lugar de una lanza en el asta, un frasco con un pico de caucho.

Un estandarte, coronado por un biberón, es la única enseña que puede tener prosélitos entre nosotros, porque esa, al menos, no lleva el engaño entre sus pliegues.

Yo compondría además un himno de guerra así:

Allons enfants! au biberón!

¡Pueblo! No os dejéis engañar más. Cuando oigáis el grito de orden de toda revolución:—*Abajo la tiranía!*—sabed que lo que quiere decir es *Abajo el biberón!*

No hay nada más tiránico, ni más atentatorio que un biberón en boca ajena.

Cuando griten:—*Viva la libertad!*—no creáis que se trata de la libertad política, sino de la libertad de *chupar.* Oh cara, oh sublime libertad! ¿quién no expone su vida por dar un chupón á gusto?

Si oís alguna vez reclamar el principio alternativo, sabed que la alternabilidad que se reclama es la del biberón.

Cosa admirable! Los defensores más vehementes de la alternabilidad, son sus peores enemigos cuando se pegan al biberón.

Acercaos á cualquiera de ellos, por defensor del principio que haya sido. Cuando lo veáis dormitado, jadeante, próximo á reventar de hartura, gritadle en la oreja:—*¡ Viva la alternabilidad!*— y veréis como se vuelve al otro lado, sujetando á dos manos su biberón.

El no puede hablar porque tiene la boca llena, pero en sus adentros dice:—«Imbéciles! ¿cómo pretenden que haya servidores leales y competentes, si cuando está úno tomándole gusto al oficio se lo arrebatan?»

En tiempos pasados los hombres luchaban por su Dios y por su dama. Tiempos de inocencia!

En el día los hombres no combaten sino por el biberón. Ese es el Dios del siglo, y si no es la dama precisamente, es el medio de alcanzarla.

Lograd un biberón hermoso, siquiera como un garrafón, chupad seguido y sin derrames, y os respondo de que llegaréis á ser otro biberón. Millares de hermosas se desvivirán por chuparos.

El biberón es como el maná de los israelitas. De su seno salen todos los gustos: quien lo consigue tiene todo.

Hay otros biberones además del presupuesto: una vieja rica, por ejemplo, es un biberón cuya leche está mezclada con acíbar.

Un viejo millonario, para una joven, es un biberón alimenticio, pero que huele á polilla.

Una bella y rica heredera es un biberón de

cristal, lleno de ambrosía, pero que puede acidularse, si no se trata con esmero.

Un amigo generoso es un biberón de gran mérito, sobre todo por lo escaso.

Compadezcamos al hombre que por necesidad, por pobreza de espíritu ó perversión de ideas, abandona la senda fácil del trabajo que independiza y ennoblece.

Ese es el surtidor inagotable que no nos humilla nunca, ni tiene acíbar, ni mal olor, ni se acidula, ni se escasea; el único que se liba, como el seno maternal, con la frente levantada y sin zozobras!

1883.

EL TIBURON DEL PUEBLO

—

La riqueza no es el resultado del talento ni del trabajo, como se ha dicho.

La riqueza es hija del carácter. No están demás un poco de talento y un poco de laboriosidad, unidos al carácter, pero no son indispensables.

La economía es la base de toda fortuna: sin esa cualidad, que emana del carácter, nadie llegará á reunir grandes riquezas.

Después de estas consideraciones generales, voy á dibujar un tipo universal, que no ha tenido más talento que saber aprovecharse del trabajo de los otros y explotarlos sin misericordia.

En cada pueblo se desarrolla un odioso ejemplar de este tipo, destinado á tragarse vivos á sus convecinos.

Estoy seguro de que ya el lector habrá dicho para sí:

—«Yo conozco al de mi pueblo. ¿Quién no

conoce á D. Tiburcio, ó á D. Tiburón, como se le apoda generalmente?»

Don Tiburcio no es nativo del lugar donde reside: llegó allí á la edad de 14 años, á pie, y con una muda de ropa en la punta de un garrote: no traía más capital que una carta de su madre para un pariente lejano que residía en aquel pueblo; buen hombre y pobre, por supuesto; se llamaba Leal y lo era en efecto.

El chico encontró hospitalidad y trabajo en la casa de Leal y fue colocado en el menudeo de una tienda de víveres, donde mostró interés y habilidad para el oficio.

Consagrado únicamente á su trabajo, no trabó relaciones de amistad con nadie; no salió nunca á la calle y excusó toda ocasión de gastar un centavo de su sueldo.

En poco tiempo reunió honestamente una pequeña base para establecerse por su cuenta, y se retiró de la casa de Leal, sin disgusto ni agradecimiento.

Han pasado 20 años.....

Ya el joven endeble y pálido se ha transformado en un hombre fuerte: no ha engordado, pero tiene musculatura de acero y continente grave que impone respeto y que avasalla.

No se ha casado, porque, aunque fijó sus ojos en la hija del más acaudalado propietario de la comarca, supo después que tenía deudas, que en la casa se tomaba vino francés y se comía bien, y tuvo miedo á una fianza, á una cuenta corriente ó á cualquiera de esas cosas que pueden ocurrir entre suegros y yernos.

Prefirió quedarse atenido á los cuidados de una de esas mujeres sencillas que cocinan, lavan, barren, cuidan las gallinas y llenan todos los que-

haceres de la casa, sin tener los inconvenientes y los gastos de una esposa.

—«El amor es pasión de pródigos», solía decir cuando le hablaban de matrimonio.

Conservando sus hábitos de economía, ha llegado á ser el comerciante más rico del pueblo y árbitro de todos los negocios.

Tiene siempre su caja repleta de dinero, y á él ocurre, con seguridad, todo el que se encuentra en algún apuro.

Si D. Tiburcio no es el paño de lágrimas del vecindario precisamente, es, cuando menos, la esponja que recoge todas las lágrimas de la desesperación y las convierte en oro.

La viuda desamparada y llena de congojas por la miseria de sus hijos, lleva á D. Tiburcio la escritura de la casita única, nido de sus amores, donde ha visto nacer á sus hijos y morir al adorado esposo, y la empeña por la mitad de su valor, que va recibiendo como limosna, poco á poco, en ropas y víveres, y al fin, tiene que entregar la casa.

El propietario que llega á necesitar suplementos de D. Tiburcio, para cubrir el déficit de las malas cosechas, se pone al cuello una cadena de que no se libertará nunca jamás.

Intereses leoninos, cargados, mes á mes, sobre la suma y las mercancías y cuentas de ventas desastrosas, irán añadiendo día por día, nuevos y más pesados eslabones á la cadena de su esclavitud, hasta que la propiedad pase á manos de D. Tiburcio.

El joven heredero, gala y honor del pueblo, sin juicio ni experiencia, tiene abierta la caja de D. Tiburcio, sin limitación desde que murió su padre, y lejos de aconsejarle orden y economía, estimula sus prodigalidades.

Un día, firma un pagaré á D. Tiburcio, otro, una retroventa, después, un contrato inicuo y, por último, la venta y la ruina.

Y D. Tiburcio resulta, mediante una suma miserable, el heredero universal de un hombre que consumió su vida en asegurar el bienestar futuro de su hijo.

Al pobre labriego, que necesita recursos para el trabajo de su campo, le presta 20 pesos á condición de entregarle diez fanegas de maíz, al recoger la cosecha, y hacen un contrato en esa forma.

Pero la guerra y la sequía han inutilizado los esfuerzos del honrado labrador, y sólo puede entregar la mitad del maíz empeñado.

Don Tiburcio la recibe tranquilamente, y después le hace las siguientes reflexiones:

—Usted deja de entregarme cinco fanegas de maíz, que yo debería vender á ocho pesos dentro de poco tiempo. Son cuarenta pesos que yo dejo de recibir y que usted me queda debiendo. Como yo lo aprecio á usted, y no quiero que haga sacrificios, dejaremos los cuarenta pesos para el año entrante, y usted me entregará por ellos veinte fanegas de la próxima cosecha.

El pobre labriego firma el nuevo compromiso y sale de allí aturdido, sin comprender cómo es que, habiendo pagado la mitad de su compromiso, queda debiendo el doble de la deuda primitiva.

Y D. Tiburcio tiene razón: y D. Tiburcio está en su derecho: y la justicia legal no podría negarle su acción.

Pero todo eso prueba que la razón y el derecho pueden servir para excusar la tiranía, y que la justicia, alguna vez, puede ser *la iniquidad.*

Por encima de la razón, del derecho y de la justicia, hay una ley más humana, que se lla-

ma *la equidad*, y por sobre todas las leyes humanas está la ley divina llamada *caridad*.

«No hagas á otro lo que no quieras que te hagan.»

Pero la caridad ha huído de la tierra, perseguida por el interés. Apenas vive oculta y medrosa en algunos nobles corazones.

Yo no llamo caridad las grandes dádivas de los reyes y de los banqueros, que publican los periódicos europeos. Eso es ostentación, eso es soberbia.

Volvamos á mi cuento.

Pasa un año; vuelve la otra cosecha, y el infeliz labriego sólo puede entregar diez fanegas, de las veinte que tiene empeñadas á D. Tiburcio.

Arreglan cuentas y, por las mismas razones del año anterior, queda debiendo cuarenta!

Convencido, el pobre labrador, de que no saldrá nunca del atolladero en que ha caído, prefiere entregar á D. Tiburcio, la vaca noble y mansa con que alimenta á sus pequeñuelos, la burriquita que carga las provisiones y lleva á la mujer á misa; y como nada alcanza para pagar diez pesos, resto de aquellos funestos veinte, que recibió en efectivo, es preciso darle todavía un cerdo y dos gallinas.

De ese modo ha ido D. Tiburcio explotando la sencillez de los unos, las urgencias de los otros, las miserias de muchos, y la desgracia y la locura de otros tantos.

En la caja de D. Tiburcio cae constantemente una lluvia de oro mojado en llanto.

Su riqueza es incalculable. Pero en salud se ha ido minando. La mala alimentación y el excesivo trabajo han destruído su estómago. A fuerza de no querer comer, ya no puede soportar ningún alimento.

La hora de la muerte se aproxima. No tiene padres ni hijos á quienes dejar sus bienes, sino unos parientes lejanos á quienes ha despreciado *por pobres.*

Para no nombrarlos, no hace testamento.

El Fiscal de Instrucción Pública se encargará de repartir el botín entre los pobres, los parientes y los curiales

y si con tino comparte
reservará buena parte.

Las víctimas de D. Tiburcio rodean su lecho de agonía, con cierta satisfacción de desagravio, mal disimulada de piedad.

Allí está prohibido llorar!

El tránsito fatal llega.....

El oro es bagaje muy pesado para subir al cielo.

Las buenas obras son las alas con que el alma se remonta hasta su Creador.

¡Dios tenga piedad de D. Tiburcio!

Abril de 1902.

LOS PELIGROSOS

—

No hay lugar donde abunden más los hombres peligrosos que en Caracas.

Puede decirse que los produce la tierra, así como brota el oro la Guayana.

Los hay de todas clases—unos que atacan el bolsillo (Dios me salve el lugar), otros que matan, otros que deshonran, otros que delatan á quien les cobra ó no les presta; y otros, en fin, que no hacen nada.

Estos últimos, que parecen los más mansos, son precisamente los más peligrosos; porque el que no hace nada, está en capacidad de hacerlo todo.

Esta clase se subdivide en dos: los ociosos pobres, á quienes la ley persigue por vagos, y los ociosos ricos, á quienes la sociedad distingue con el título de caballeros.

Los primeros persiguen á los hombres; los segundos á las mujeres: á éstos consagro el rato.

Tal cual conquista, hecha ó por hacer, les ha valido el nombre de *peligrosos*.

Para ejercer el oficio de peligroso, no se necesita ser rico: basta gastar un poco de dinero y no tener ocupación.

Tampoco es preciso que el dinero sea propio; si es ajeno, es mucho mejor, porque se tira con más desparpajo; se luce más y duele menos, si es que puede doler algo lo que nada nos cuesta.

El peligroso verdadero, el que no es bastardo, debe contraer deudas y aumentarlas todos los días.

Si las pagara, dejaría de ser peligroso.

Es necesario que adquiera el hábito de no restituir, porque le llegan casos en que es imposible toda restitución.

El que no sabe engañar á los hombres, es incapaz de engañar á las mujeres.

Para sentar plaza de *peligroso*, es preciso tener, por lo menos, un caballo. Es oficio de caballería: se debe estar más alto, hacer más ruido y andar más á prisa que los demás.

Es preciso ir todas las tardes á decir alguna gracia á la hija de la lavandera, que vive en el barrio de Ñaraulí, y de allí volar hasta San Juan á ver una viudita, que mueve la cola alegremente, y de quien puede sacarse algún partido. Después hay que remontar hasta la Trinidad, para hacer un galanteo á la heredera de una bonita renta, y de una historia fea, que bastaría para deshonrar á cualquier pobre. De allí hay que descender hasta Santa Rosalía, para ver, por piedad, á la que gusta sinceramente, pero que se desecha como mal pensamiento, porque es pobre de dineros, aunque rica de virtudes; y luégo hay que saludar, de ventana en

ventana, á una docena de coquetillas, que tienen postizos los cabellos, el color de la tez y otras cosas. Y luégo hay que recorrer todas las calles, para ver quién se prenda de tanto estilo como tiene el caballo, y tanto garbo el que lo monta, desplomado sobre un estribo, afectando un aire de gaucho civilizado, ó de picador de escuadrón.

Pero no bastan el caballo y las trampas para ser *peligroso*, se requiere además, buena estampa, flexibilidad y talento para el oficio.

La instrucción y las buenas maneras no son indispensables. Sienta bien á un hombre que tiene las otras cualidades, algo de rusticidad y un poco de ignorancia. A las mujeres, sobre todo, las encanta el hombre crudo.

El peligroso está en todas partes, pero muy particularmente en los bailes. Él se da sus artes para hacerse convidar á todos.

Nadie le quita la pareja más hermosa. El pône siempre la figura de la danza y la primera tanda en la cuadrilla, y dirije el cotillón, y regaña al ama de la casa. Maneja el abanico como una andaluza, y no lo suelta nunca: cuando sopla una vez á la pareja, se sopla cuatro veces él y siempre está fresco.

Baila con gracia y oído, defiende la pareja de todo choque, y él choca contra todo el mundo. Allí es verdaderamente peligroso.

Mitiga siempre la sed con cerveza, y se regenera con brandy; pero no flaquea nunca, porque tiene buena cabeza y tacto para detenerse á tiempo.

En los entreturnos se pasea por la sala, llevando del brazo á una dama que lo haga lucir por su belleza, lujo ó coquetería, y le habla siempre con malicia y en lengua extranjera, cuando

sabe alguna, para que el público piense cualquier cosa: su propósito es que se hable de él, bien ó mal es lo mismo, con tal que se hable, y que se le crea cupido afortunado.

El peligroso prefiere que todo el mundo lo crea favorecido por una mujer, siendo mentira, á ser realmente favorecido, sin que nadie lo sepa.

Su placer está en que lo crean dichoso, no en serlo. El escándalo es lo que satisface su vanidad.

Cosa admirable. La fama de conquistador, que debiera hacer á un hombre temible y repulsivo, hace que las mujeres sean débiles con él.

Por fortuna la vida del peligroso es muy corta: el que más, alcanza veinte años de triunfos, de los 19 á los 39. Regularmente no los completa, porque se arruina, ó cae en la trampa del matrimonio, las más veces *in artículo mortis*, hallándose él en perfecto estado de salud y la novia casi, casi.

Pero si no vienen el cura, la miseria ó el reumatismo á sacarlo de la escena, llegan esos cuarenta años, como cuarenta demonios, armados de patas de gallina, y canas, y juanetes, y verrugas, y calvas, y manchas, y antiparras, y le ponen, por fin, la coroza del solterón, y lo empujan los que vienen detrás, y se burlan de sus piropos las casaderas, y lo menosprecian las polluelas, y tiene que asilarse casa de aquella hija de la lavandera que entretuvo sus primeras mocedades.

Y cayó el telón.

Valencia—1885.

LOS RECALCITRANTES

—

Los extremistas son responsables de la sangre que ha inundado el territorio de Venezuela.

La tranquilidad de los pueblos, como la paz de las familias, sólo depende de la mutua tolerancia.

A fuerza de concesiones recíprocas, es como se llega á vivir en paz.

Desgraciadamente en el llamado partido conservador como en el llamado partido liberal, hay personas que profesan esta fórmula exclusivista:

—«O todo, ó nada».

La gran mayoría de ambos círculos, que se conforma con un modo de vivir tranquilo; que acepta las cosas como pueden ser, y que no pretende desviar el curso natural é inevitable de los sucesos, ha vivido dominada por los *espíritus fuertes*, es decir, por los recalcitrantes. Estos, manejándola como masa inerte, la han sacrificado á sus pasiones.

Se han hecho cinco tentativas de fusión que han resultado infructuosas.

¿Sabéis por qué?

Porque al siguiente día del triunfo, que se alcanzó por la unión, los recalcitrantes de uno y otro partido reclaman el predominio de sus hombres y de sus ideas, y recomienza la sangrienta lucha.

—¡Las ideas no se funden!—gritan los unos.

—¡Los hombres no se funden!—gritan los otros.

¡Insensatos!

Las ideas sí se funden; se funden como los metales.

Si ponéis en el crisol cierta cantidad de oro y cierta cantidad en plata, obtendréis un tercer metal, y éste tendrá consistencia y valor proporcionales á las cantidades que hayan entrado en la liga.

—¡Los hombres no se funden!—gritan los otros.

—Sí se funden—les replico yo—porque no se entiende por *hombre*, la masa de carne y hueso, sino el hombre moral que es la suma de pasiones, de esperanzas, de afectos, de necesidades y de odios que reside en cada individuo, y todo eso se funde en el interés de todos, en los sufrimientos y en la gloria común.

Las fusiones no han llegado á ser efectivas, ni duraderas, pero siempre han sido saludables, porque después de hechas, no ha podido efectuarse la disgregación completa.

Entre las filas couservadoras, se quedaron muchos que llegaron con divisas amarillas, y entre las filas liberales, se quedaron muchas divisas rojas.

En el día es imposible tirar una línea que

separe de un lado á los conservadores y de otro á los liberales.

Esta confusión ha producido un gran bién, porque ha modificado las pasiones. Se lucha sin rencor.

Los que han corrido el mismo peligro, los que han compartido la ración y la cobija en el campamento, los que han trabajado juntos en la oficina y escrito en el periódico sirviendo á la misma causa, atan entre sí lazos de cariño, de gratitud ó de intereses que perduran al través de toda vicisitud.

Cuando los hombres se juntan y se tratan no se encuentran tan malos.

Nos odiamos, porque no nos conocemos, y *no nos conocemos, porque nos odiamos.*

Hasta el error y las violencias encuentran absolución y excusa, cuando se puede examinar las causas que los han motivado.

El perdón y la generosidad viven en el corazón venezolano ansiando la ocasión de ostentarse.

Pensar en restablecer el combate encarnizado de los partidos que luchaban hace cincuenta años, es un delirio satánico.

Aquella generación de combatientes duerme en el sepulcro.

Sus hijos, criados en la corriente de otra época, que tiene horizontes más luminosos y miras más humanitarias, han renunciado la herencia del odio y la satisfacción de la venganza.

Observad el estado actual de nuestra sociedad y encontraréis también la confusión en el carácter, las costumbres y las creencias..

Entre las filas conservadoras encontramos verdaderos liberales.

Entre las filas liberales encontramos verdaderos conservadores.

En materia de religión hallamos que los pocos que atacan al Catolicismo en nombre de la Razón, pertenecen á uno y otro bando indistintamente.

Después de todo lo expuesto, decidme:

—¿En qué se conocen los partidos históricos?

¿Cuál será la línea divisoria que los separa?

—Los recalcitrantes no más, en escasísimo número por fortuna, de una y otra parte, son los que mantienen viva la tea de la discordia.

Pueblo inocente, víctima predestinada, y nunca redimida, de todas las ambiciones!

Hombres patriotas y laboriosos de todos los bandos! dejad solos á los predicadores del odio; desatendamos todo llamamiento á la guerra, lavemos con esponja mojada en lágrimas la sangre vertida en nuestras locas disensiones.

Acerquémonos con sincero propósito de proseguir unidos hasta realizar el ideal sublime de la fraternidad!

La República es la igualdad en el derecho.

La Democracia es la abnegación de todos, como síntesis del «mutuo amor» predicado por el Cristo.

La Justicia es la balanza que mantiene el equilibrio de la sociedad.

Septiembre—1899.

RIQUEZA Y POBREZA

—

CABOS SUELTOS

—

La vida, para la mayor parte de los hombres, no tiene otro objeto que ganar dinero.

Hay, sin embargo, muchas personas que se ocupan más en gastarlo que en ganarlo.

Hay otras que pierden la vida por economizar lo que deberían gastar para conservarla.

Créese, generalmente, que la riqueza es el producto del trabajo y de la economía.

Es una verdad innegable, aunque también es verdad, que el trabajar mucho no produce tanto como el hacer trabajar á los demás.

Yo creo que la riqueza no es hija de la laboriosidad ni del talento. Hay hombres que nacen para ricos, como los hay con oído para la música, ó con vocación para el sacerdocio.

Los que han acumulado grandes fortunas, por lo regular no han tenido corazón generoso, ni alma compasiva. Sólo la cabeza ha intervenido en sus negocios, para llegar á esta conclusión: *Me conviene ó no me conviene.*

Si hubieran pensado en lo que convenía á los demás, no habrían pasado por la pena de ser millonarios.

Pero, entrando al terreno de los hechos, voy á demostrar que la riqueza y la pobreza dependen, en mucho, del medio en que se educa el individuo, y comienzo por asentar estas sentencias:

—Los hijos de los ricos serán pobres.

—Los hijos de los pobres serán ricos.

¡Y cuán tranquilos mueren los que creen dejar asegurado el bienestar de sus hijos!.....

¡Y cuán tristes los que dejan á sus hijos sin medios de subsistencia!.....

Ambos mueren en el error.

—¿Por qué?

Por una razón muy comprensible.

El rico, generalmente, cría á sus hijos en la abundancia, en la ociosidad, en los placeres; lo superfluo es de primera necesidad para ellos y adquieren hábitos dispendiosos, un orgullo y una idea de superioridad que no les permite rebajarse al nivel de los que ganan la vida trabajando.

El trabajo es cosa degradante para los niños que se crían entre pañales de batista y encajes de Flandes.

Pero llega el día en que falta el padre, que administraba los intereses con perseverancia, y con el cariño que se tiene á lo que ha costado días de fatiga y noches de insomnio.

Los hijos comienzan por ostentar un duelo fastuoso.

El dolor que les falta á ellos en el corazón,

lo manifiestan sus caballos, enjaezados de riguroso luto.

¡Pobres jóvenes! no saben más que gastar la renta; pero la renta disminuye sin administración; es preciso completarla con parte del capital; y al paso que disminuye el capital, disminuye más la renta.....

Y el sacrificio es mayor cada año.....

Y así van en una pendiente rápida y forzosa que conduce inevitablemente á los abismos de la miseria, á la abyección, al desprecio, á la ignominia.

Los pobres, por el contrario, educan á sus hijos en medio de privaciones, y, desde pequeños, los dedican á aprender el modo de ganar la vida en las artes, las industrias ó las ciencias.

La buena conducta que observan los que andan sometidos al inflexible carril de las necesidades y las obligaciones, va formándoles buen concepto, atrayéndoles simpatías y abriéndoles paso por el mundo de los negocios, hasta adquirir una posición independiente y holgada.

El pobre se transforma en rico!

Entonces forma familia á su vez, y, envanecido con el buen éxito de sus labores, ú olvidado del camino que lo ha conducido al bienestar, cría á sus hijos en la ociosidad y los placeres; les compra caballos, billar, gimnasio, piano *de manubrio* y «*bicicleta*»; les hace aprender un poco de francés, esgrima, natación y baile, y no les deja comer sino trufas, *purés*, *galantines* y pan francés; y son maestros en vinos y licores y otras cosas más, que me callo por sabidas.

En fin, cría á sus hijos como crió su abuelo á su padre, y los condena á la miseria, que es un suplicio mayor que el de Tántalo para el que ha pasado la juventud en la abundancia.

Hé aquí por qué, en estos países, donde se vive al acaso, sin educación, ni presupuesto para los gastos, ni orden en nada, hay una generación de ricos y otra de pobres en casi todas las familias.

Pero no se aflijan los padres ricos ni se alegren mucho los padres pobres.

Faltan todavía las excepciones.

No todos los hijos de los ricos serán pobres, ni todos los hijos de los pobres serán ricos.

Es preciso que entren el carácter y la educación como factores principales para decidir de la suerte de cada individuo.

El pobre dadivoso que tenga la fatuidad de ser *caballero*, nunca será rico; acumulará desengaños, deudas y pesadumbres, en vez de riquezas.

El rico juicioso y económico, que tenga buena escuela de costumbres y no sea tonto, jamás será pobre.

No quiero hacer mención de algunos ricos excesivamente mezquinos, que viven rodeados de las privaciones de la pobreza, y que se bañan en oro acuñado para consolarse de sus miserias.

Con esos no hablo yo; la sociedad los tiene proscritos de su gremio como inmundas escorias.

Todo extremo será siempre vicioso.

La generosidad del pobre no debe llegar nunca á una largueza estúpida y ruinosa.

La economía del rico no debe llegar á una miseria degradante.

El pobre no debe malbaratar el producto de su trabajo, porque sin economías no hay bienestar, y sin bienestar no hay independencia en la vida privada ni en la pública.

La miseria es causa de la degradación; por

eso los pueblos pobres no serán nunca pueblos libres.

El rico no debe buscar beneficios más allá de la línea en que principian la usura y la extorsión. No debe olvidar que la riqueza atrae la mala voluntad de la envidia y que es preciso hacerse perdonar la buena suerte.

En todas las situaciones de la vida hay un justo medio que no debe perderse de vista.

—No atraer la voracidad de las abejas por ser demasiado dulce.

—No provocar odios ni venganzas por ser demasiado amargo.

LA ADORACION PERPETUA

—

La ociosidad fue en tiempos antiguos madre de los vicios, pero en el día, la civilización ha arrebatado aquella funesta maternidad á la pereza.

He leído en alguna parte que la cultura de un pueblo puede medirse por el relajamiento de sus costumbres; de donde saco esta deducción—el hombre es peor, á medida que adelanta más.

Vengo diciendo todo esto para probar el adelanto de Caracas por un medio muy sencillo.

El partido que gobierna el país desde 1870 nos pone de manifiesto los palacios, los ferrocarriles, los acueductos, los templos, los paseos, los monumentos, y demás obras realizadas en su época, y, poseído de un orgullo que considero legítimo, nos dice: «Ahí tenéis la Regeneración! ahí tenéis la nueva capital embellecida y civilizada por nosotros!»

Ellos tienen razón; pero yo no necesito de

tantas grandezas para probar el adelanto de Caracas: á mí me gusta sacar las cosas más grandes, de las más pequeñas.

Yo digo solamente: Contad las ventas de licores que hay en la ciudad; contad el número de jóvenes y viejos que las frecuentan con la nariz encarnada y ojos tristes y lacrimosos; y al reunir esas cifras espantosas, exclamo, lleno de vergüenza y de horror: hemos adelantado mucho! vivimos en un pequeño Londres!

Hasta 1848, que anduvimos á un pasito corto y suave, no había más cantina que la «Boliviana».

Allí se tomaba chocolate, tostadas de pan con queso y ponche con leche; algunos muy avanzados que habían estado en Santomas, tomaban cerveza ó cidra.—El champagne, el cognac, el cólera y el lujo no nos habían invadido.

No había más borrachos de reputación que un tal *Leprú* y un sastre, á quien el licor inspiraba ocurrencias inmortales. De resto, no pasaban de *alegría* algunos casos que se presentaban por los barrios. Baste decir que ño Morián alcanzaba para contenerlos á todos.

Del año 48 al 70, que anduvimos más al trote, aparecieron el Café español, Setoaín, Las Flores, El Avila dirigido por el inmortal Meserón y algunos más pequeños; pero, del 70 para acá, es un progreso desmedido y alarmante el de este ramo de la industria.

No se puede andar una cuadra sin encontrar una de esas aristocráticas tabernas llamadas «Café», ó con un nombre más hipócrita—«Confitería», ó más disimulado—Pastelería, ó más traicionero—«Restaurant».

Por lo regular esas casas tienen un gran anun-

cio que dice—¡HELADOS!—el cual quiere decir—«¡Candela!»

En esos bebederos, como dicen los llaneros, hay siempre un parroquiano, especie de zángano de colmena, instalado en la puerta, con medio cuerpo hacia la calle. Aquel es el pitador que atrae; un aviso que saluda y agasaja á los pasantes, y á la vez, una tentación, porque su aliento, oloroso á níspero, es incitante.

El pitador no paga nunca, ni tiene con qué desde que cayó en las redes del vicio. El bebe al favor de invitaciones, que, por lo regular, se hace él mismo, y cuando le da mal la suerte, el cantinero se encarga de remojarle la garganta para que no pierda la facultad de *pitar*.

Fuera del zángano, que es inamovible, hay siempre en cada templo del vicio ocho ó diez *adoradores perpetuos*, que se relevan uno á uno y dos á dos, pero que no desamparan nunca el tabernáculo.

Esos individuos van haciendo estaciones de la capilla ardiente de Vialetto á la sinagoga de Pomaska, de allí á la abadía de la India, á la mezquita de Iraburu y al monasterio de Versalles, y siguen la romería por los infinitos santuarios de la capital y sus alrededores.

El público ha designado á estos peregrinos del *espíritu* con el nombre de miembros de la «*adoración perpetua*», nombre un tanto sacrílego por su origen, pero que no quiero cambiar porque le encuentro gracia.

La gran orden de la Adoración tiene sus altos dignatarios y sus corresponsales en todos los pueblos de la tierra.

En Caracas tiene su serenísimo gran Rabino que se elige, entre los que tienen el andar más

sereno y la nariz más parecida á un rábano: sus Ministros del culto, sus soberanos Príncipes, sus grandes oradores, sus altos Consejeros, y sus maestros. Tiene también sus aprendices, que se llaman *paganos*, mientras están haciendo méritos para entrar en la orden.

Estas dignidades se obtienen por razón de méritos positivos é indispensables, por ejemplo:

Un hombre que ha sacrificado su fortuna en aras del divino Baco, y que ha sepultado con ella la honra del nombre que heredó, para legarlo á sus hijos lleno de oprobio.

Otro que se presentó en la escena social, sin nombre ni fortuna, pero con credenciales de talento y de saber, que valían más que todos los pergaminos, y le predestinaban á grandes honores, y que ahogó todos esos dones en el fango de las orgías.

Aquel otro, lleno de gentileza y atractivo, que fue rey de los salones y encanto de la belleza, y que ha ido rodando de copa en copa, hasta el abandono de sí mismo, para ser hoy sonrojo de la amistad y pesadilla de la policía.

Aquel gran señor, á quien el caudal, que no ha podido aún disipar, lo escuda contra el desprecio público, pero que guía á sus hijos, con el funesto ejemplo, por la senda que conduce á todas las miserias; que no es el compañero, sino el tirano y la vergüenza de su esposa, á quien se presenta cada noche conducido por manos mercenarias ó piadosas, exhalando un olor espirituoso que marea, embrutecido y soez..... ¡Ay! si él supiera cómo va desapareciendo el amor, para hacer lugar al desprecio, en aquel corazón de ángel que era todo suyo!

Tales son las hojas de servicio que valen gran-

des distinciones en la orden profana de la «Adoración perpetua».

No he escrito estas líneas por burla ni por desprecio; mueve mi pluma la piedad hacia aquellos que aún no han llegado á la espantosa sima del vicio y que todavía pueden detenerse.

¡ Dios lo permita!

1887.

UN HOMBRE FELIZ

—

Yo he dicho que el único defecto que me falta, para ser un hombre sin tacha, es tener envidia.

Hoy declaro que he llegado á la sublime perfección—no me falta ningún defecto—ya tengo envidia también!

Pero mi envidia no es aquella que llama Ripalda *tristeza del bien ajeno,* sino el deseo de ser tan pacífico, tan modesto y tan conforme, como un hombre á quien conozco desde mi niñez, y cuya felicidad no ha llamado mi atención, sino cuando la he contemplado desde esta como árida roca, donde el torbellino de la vida me ha arrojado, para resistir el huracán furioso de las pasiones, las ruindades, las inconsecuencias y las miserias de los hombres.

Cuando yo veo al hombrecito de quien me ocupo, cuya calva no dista del suelo más de cuatro pies, y cuya ambición está al nivel de su cabeza; que no levanta jamás la vista para re-

clamar un saludo, ni se inclina ante nadie para tributarle un homenaje; cuando lo veo entre el bullicio de las calles, andar tan despreocupado como si estuviera solo en el mundo, sin más compañía que el ángel de su guarda, sin más cuidado que el de no dar un tropezón, no puedo menos que decir en mi interior ¡quién fuera ese hombre!

Yo no quiero decir su nombre por respeto, aunque él comprenda que no tengo intención de mortificarlo y me perdone el atrevimiento de elegirlo para tema de mi artículo.

¿Quién no conoce á un excelente sujeto que ha pasado medio siglo de su vida, al frente de una frutería á inmediaciones del Mercado de Caracas?

Es un hombre tan popular que nadie lo conoce sino por su nombre de bautismo. No tiene ni siquiera *Don.*

En su casa no se respira más que el perfume de las azucenas que adornan sus aparadores, y el de las variadas frutas que los llenan.

Así me figuro yo su alma, llena del perfume de sus virtudes sencillas, y rodeada de una aura de paz, que no disipa ninguna contrariedad, que no turba ningún anhelo, ninguna pasión.

Su trabajo es fácil y seguro. El despacha al úno, la refrescante horchata de guanábana ó de sabroso tamarindo, al otro, las deliciosas tunas, y al polluelo imberbe, el sonrosado durazno, que ha de expresar la primera frase de una tímida declaración de amor.

Y así pasa sus horas, entre parroquianos mansos como él, que no arman pendencias, ni establecen tertulias, ni pronuncian discursos, porque

jamás se excitan con sus deleitosos refrigerantes.

Todos ellos pagan los mezquinos centavos que valen sus consumos, y á ninguno le ocurre abrir una cuenta para no cerrarla nunca. ¡Es tan humillante deber poco!

Mi héroe no tiene libro de cuentas, ni acreedores que lo atormenten, ni deudores que lo aflijan.

Sus cálculos son fáciles, y la práctica de su negocio le ha enseñado á no necesitarlos.

El no tiene nada que combinar para mañana, porque todas sus operaciones son iguales: un día no se diferencia de otro, sino en que uno se llama lunes y el otro martes.

En sus negocios no influye ni la crisis económica, ni los cambios de gobierno.

Para él no hay más cambios que los atmosféricos y su termómetro está en los envases de sus horchatas: cuando bajan los frascos, es señal de que ha subido el calor.

Entonces exclama: ¡Buen tiempo!

El no sabe lo que quiere decir letra de cambio, ni movimiento bursátil, ni socio comanditario, ni compañía anónima; ni le importan un comino los interesantes boletines de la Agencia Pumar.

El no sabe más que el tiempo en que maduran las fresas de Galipán, las parchas de la Colonia, los duraznos de la Sabaneta, las manzanas de Petaquire, los membrillos de Aguare, las piñas del Hatillo, los melones de la Costa, y las patillas de Ocumare.

He ahí toda su ciencia; con la ventaja de que no se ha quemado las pestañas, como *Don Simón*, para aprender á redondear sus picantes letrillas, ni ha pagado maestros, ni perdido tiempo.

Desde que comenzó su aprendizaje ha ganado para vivir, si nó con landó, lacayos y boato, á lo menos sin trampas, ni afanes, ni desvelos, ni zozobras; en el tranquilo apartamiento de un hogar apacible, desconocido de los grandes, desdeñado de los pequeños y cuya puerta es ignorada, así de los que adulan como de los que persiguen!

¡Oh mortal afortunado! yo envidio la sencillez de tus costumbres, y el sendero sin espinas que vas transitando por el mundo.

Pero, si estoy engañado, si llevas las espinas en el alma, si tu cuerpo sufre dolencias agudas, si tienes deseos no satisfechos, esperanzas burladas y desengaños amargos, no me saques de mi dulce error, déjame la dicha de creer que hay un hombre feliz sobre la tierra!

EL ALCALDE DE PANTANERO

—

En la antigua provincia de Aragua, había un pueblecito de tan pocas almas, que casi era un pueblo desalmado. Cuando yo lo conocí se llamaba «Pantanero», ahora no sé como se llama; probablemente será Libertad, Democracia ó Independencia.

El nombre importa poco.

Había en aquel pueblo un Alcalde de carácter vivo, y de una instrucción poco común entre los Alcaldes de aquellos tiempos, y muy difícil de encontrar en los de ahora.

Era hombre que leía la Biblia y *El Correo de Ultramar*, que sabía de memoria los *Misterios de París* y *El Judío Errante*, fanático por el magnetismo y la homeopatía, muy enemigo del poder temporal del Papa y de la infalibilidad: bebía aguardiente por agua común, no le pagaba á nadie y procuraba deberle á todo el vecindario: había botado tres fortunas en el juego, pertenecientes á

tres mujeres de quienes había enviudado,—sin haberse casado con ninguna de ellas.

Su vida alegre y dispendiosa le había dado la popularidad que alcanza todo el que derrocha lo que nada le cuesta. Su carácter, su audacia, sus escandalosas travesuras y el mucho miedo que metía, lo habían designado para gobernante de su parroquia desde tiempo atrás y, en efecto, al primer cambio que hubo en el Gobierno de la Provincia, trepó las gradas de la Alcaldía y se hizo llamar Comandante, que era el grado más alto que podía alcanzar en aquellos tiempos quien no merecía ninguno. Hoy sería Mariscal.

Era yo entonces casi vecino de «Pantanero» y llevaba muy buena amistad con el Alcalde.

Una noche nos paseábamos por la plaza en íntima plática, y, rodando la conversación, hablé de los progresos del siglo, y lo llamé el «siglo de las luces».

El Alcalde, olvidando la seriedad oficial, soltó una carcajada y me dijo:

—Que luces ni qué luces! diga usted el siglo del dinero.

—No, mi querido Alcalde, todo no es dinero.

—Sí, señor—me replicó en tono magistral—todo se reduce á dinero, hasta los sentimientos, que, por su naturaleza, no pueden ser pesados en una balanza, ni sometidos al crisol, están justipreciados en los cálculos humanos.

—Entonces, mi querido Alcalde, ¿usted no cree en el prestigio personal, que se impone con el poder de la virtud, del talento, del valor ó del patriotismo?

—Ese prestigio ha resultado ser una cosa hueca y vana, sin valor ninguno en el mercado de los intereses; puede brillar un momento, pero se

deshace, como bola de nieve. El único afecto que puede contarse como seguro, es el que se tiene comprado; eso sí, pagadero por cuotas, porque si se paga adelantado, se desvanece también.

—Pero ese afecto, no puede ser durable, ni se extiende más alla, que hasta donde llega la onda de la liberalidad.

—Con eso basta, joven; el hombre mortal y perecedero no necesita de nada eterno.

En llegando á este punto, sonó un tiro á larga distancia, y mi Alcalde me dejó solo.

Pero ya conocen mis lectores el carácter, la moralidad y las ideas de mi Alcalde, que era lo que yo necesitaba.

Este hombre, que todo lo destilaba por la alquitara de su *positivismo*, había reformado el Código penal á su manera; lo había convertido en una especie de tarifa aduanera, sustituyendo las penas corporales con penas pecuniarias: él decía que más afectaban cinco pesos de multa, que cinco meses de cárcel. Sea lo que fuere, es lo cierto que la parroquia no marchaba tan mal como pudiera, y que él había logrado salir de la estrechez del sueldo, y vivir entre horizontes despejados.

HÉ AQUI SU TARIFA Ó CÓDIGO PENAL:

—

Por emborracharse solo.....	8 reales
Por emborracharse en compañía—por cabeza.....	4 »
Por emborracharse con aguardiente de la pulpería del Alcalde, y en compañía—por cabeza.....	1 real

Por dar un bofetón.....	10 reales
Por recibirlo.....	5 »
Por dar un garrotazo.....	12 »
Por aguantarlo	4 »
Por dar una cuchillada.....	20 »
Por no evitarla—siendo leve.....	5 »
Por maltratar á su madre.....	8 »
Por apalear á su suegra.....	Gratis
Por aporrear á su mujer con razón.	1 real
Por aporrear á su mujer sin razón.	2 reales
Por un homicidio involuntario	20 pesos
(En la parroquia no puede haber homicidio voluntario, dada la moralidad de sus vecinos.).....	
Por cometer cualquier robo, no siendo de mujer, la mitad del valor de lo robado.....	
Por el robo de una mujer soltera...	8 reales
Por el robo de una mujer casada, pagará el marido, como parte favorecida.....	10 pesos

Basta con esta muestra para conocer la legislación de «Pantanero», y el talento de su primera autoridad.

¡Qué lástima que se hayan acabado tales pueblos y tales Alcaldes!

Diciembre 28 de 1894.

EL LICOR

—

Á LA SEÑORA NATIVIDAD GARCÍA DE FERNÁNDEZ

—

Te dedico este cuadro porque lo principio con un recuerdo de tu familia. Acepta este homenaje de aquel niño que se durmió tantas veces en tu regazo.

Yo tenía cuatro años cuando mi adorada madre me llevó, por primera vez, á pasar unos días en el campo.

Fuimos á un trapiche llamado *Caracarapa*, propiedad de una excelente familia que me idolatraba, de la cual sólo quedan restos dispersos.

El tiempo y la muerte han destruído aquel hogar feliz, pero vive en mi memoria el dulce recuerdo y en mi corazón el agradecimiento.

Yo me fijaba mucho en todas aquellas cosas,

nuevas para mí, sobre todo en las cañas blandas y dulces de aquel campo y en las raspaduras de azúcar.

De ahí data mi afición á la agricultura.

Había una yunta de bueyes, únicos que labraban aquel pequeño campo.

Se llamaban *Sajarito* y *Pichón.*

Yo me había hecho amigo del gañán y siempre estaba con él.

Me admiraba mucho de ver que aquellos animales, tan fuertes y provistos de enormes cuernos, se dejasen apurar reciamente por el gañán, que á fuer de amigo, los acariciaba al tiempo de enyugarlos.

Después he comprendido eso perfectamente.

Los nombres de aquellos bueyes se grabaron de tal manera en mi memoria, que después de cuarenta años que no los oigo, aún puedo pronunciarlos con el mismo sonsonete que el gañán de Caracarapa.

Así se explica que al ver un par de beodos, á quienes el aguardiente, á manera de coyunda, une con el lazo de la más estrecha amistad, no pueda menos que acordarme de Sajarito y Pichón.

Constantemente van y vienen por mi calle dos seres irracionales con figura de hombres, que llaman mucho mi atención.

El uno blanco, grueso y manso se me parece á Sajarito.

El otro tostado y flaco se me parece á Pichón.

Cuando yo los veo venir en estrecho brazalete, buscando así, que del desequilibrio individual, resulte el equilibrio colectivo, me he dado á muchas reflexiones.

***

El licor, como el infortunio, dispone el ánimo á la fraternidad.

Digo más:

El licor es un lazo de unión.

Dos hombres terminan una querella que ha podido llevarlos á la extremidad de las armas.

Las explicaciones han disipado el enojo, pero falta algo para restablecer completamente la armonía.

Es preciso cruzar dos copas para sellar el pacto de la nueva alianza.

Una vez apuradas, queda borrado el incidente.

***

Se puede comer solo con gusto, pero beber solo jamás.

Es una falta que necesita cómplice para disculparse.

El hombre más mezquino busca siempre un compañero para tomar un trago. Es posible que se lo haga pagar al convidado: esa es otra cuestión.

Pero si no hay á quien decir, levantando la copa—«*á su salud*»—vale más no beber.

El licor es como el amor—pasión de plural—si no hay á quien decir—«yo te amo» de nada sirven la ternura del corazón ni el ardor de la sangre.

***

Los amantes del licor forman una comunidad más universal y más numerosa que la masonería.

El que exprimió la primera uva, sea Baco, ó sea quien fuere, ha tenido más compañeros que el maestro Hiram.

Los masones necesitan cierta señal para reconocerse, y cualquiera puede negar que pertenece á la gran familia.

Al paso que, los hermanos de Baco no necesitan hacer ninguna señal para ser reconocidos.

Todos la llevan en la punta de la nariz ó en los ojos brillantes y enrojecidos.

Hay algo siempre en la fisonomía del beodo que va diciendo á todo el mundo: «Yo soy de la cuerda.»

Un individuo de la cofradía llega á una tertulia numerosa, dividida en varios grupos.

Uno de ellos se compone de *espiritistas.*

El recien llegado pasea una mirada en tórno y, sin más guía que el instinto, se incorpora á sus compañeros.

Estos lo reciben como amigo, sin haberlo visto jamás.

Un nuevo alumno es una nueva copa: se pide en el acto.

La conversación es sobre el vapor, y van á beber á la salud de su inventor, del gran Fulton.

El recien llegado quiere asegurar su puésto en la asamblea y dice:

—No señores, antes de Fulton era conocido otro vapor más importante, de donde acaso tomó su idea.

—¿Cuál? ¿cuál? preguntan todos.

—¡El vapor del alambique!

—¡Bien, muy bien!

—Bebamos por el inventor del alambique, inspirador de Fulton!

***

El licor ha hecho un gran papel en el mundo.

Cuántas de esas que se llaman grandes hazañas, no han sido más que grandes borracheras!

Cuántos generales han bebido su táctica y sus planes de batalla en una botella de licor!

A falta de valor, han tenido el arrojo inconsciente de quien no calcula el peligro.

¡Y han triunfado!

El éxito de esas empresas locas, despierta mucho interés y crea muchos imitadores.

Por eso hay tantos jefes que ponen sus ejércitos bajo los auspicios de Baco y no de Marte.

Ah! si se contaran los desastres que ha producido el licor!

Pero no se cuentan sino las hazañas!

***

En el día el licor se ha hecho un ramo de educación.

¿Quién se atreve á decir que no toma cerveza?

Sería lo mismo que decir—«yo soy un salvaje.»

Un joven del gran mundo no luciría ninguna erudición citando á Homero, ni á Tácito, ni á Newton ni á Santa Teresa.

Lo que da importancia en una tertulia, especialmente de hombres, es citar, entre los teólogos al *Papa Clemente*, al *Padre Kerman*, ó á *San Julián-Medoc.*

Si la cuestión es de geografía ó de viajes, es necesario citar á *Valdepeñas*, *Oporto*, *Alicante*, *Cognac*, el *Rin* y *Burdeos.*

Si se trata de los personajes que han levantado más alto el espíritu humano, es preciso citar á *Pedro Jimenes* y á la *Viuda Clicquot-Ponsardin.*

Esta erudición moderna es causa de muy grandes desgracias.

Adolescentes hay que, para hombrearse, se toman un vaso de licor en el lugar más público. Ellos dicen que es preciso que la boca huela á boca de hombre.

Así, no parecería inverosímil que, en cierto baile, la sala danzara al rededor de algunos jóvenes, en lugar de danzar ellos al rededor de la sala.

***

Yo intenté escribir una sátira amarga contra el licor, que detuviera á tantos jóvenes, que, por preciarse de hombres de mundo, van por esa pendiente marchando á la última miseria;

pero no me han salido sino estos párrafos desaliñados.

Lo siento, porque yo quería demostrar que, si todos los vicios son funestos, ninguno arroja al hombre en un abismo más profundo.

El hombre dominado por el licor, pierde el amor á la familia y al trabajo.

Pierde su fortuna y la estimación y el respeto de los demás.

Y finalmente, pierde el imperio sobre sí mismo, que es despojarse de la más alta soberanía que le concedió el Creador.

***

Me parece ver á Sajarito y Pichón leyendo este artículo y entablar el siguiente diálogo:

Sajarito.—Este artículo merece un trago.

Pichón.—Soy de tu opinión: vamos con él.

(*Cinco minutos de intervalo.*)

Pichón.—Sabes que quiero repetir el artículo de Justo?

Sajarito.—¿Para qué?

Pichón.—Para volver á celebrarlo

Sajarito.—Magnífica idea! pero debemos celebrarlo con vísperas—un trago antes y otro después!

Pichón.—Lo tomaremos por texto del día!

Duo.—¡A la salud de Justo!

Reíd de mí, insensatos—yo os compadezco!

LA MENTIRA

—

Voy á explotar la mentira en provecho de la verdad.

La mentira es la invención más ingeniosa del hombre.

Digo mal; debe ser invención de la mujer á juzgar por la habilidad con que la maneja.

Sólo la sutileza de la mujer pudo descubrir que había algo *más útil* y *más hermoso* que la verdad.

La verdad era demasiado amarga y pareció mejor sustituírla con la mentira, cuya dulzura se adapta á todos los gustos, como el maná de los Israelitas.

La verdad es la realidad, siempre descarnada.

La mentira es la ilusión, siempre revestida de galas encantadoras.

La mentira ha adquirido en las relaciones sociales un valor convencional, como la moneda de plata:

todos saben que no vale la cantidad por que circula; sin embargo, nadie la rechaza.

En ninguna parte ha logrado la mentira imperar como entre nosotros: puede asegurarse que la verdad está proscrita como si fuese un crimen proferirla.

Pero es necesario disculparnos de esta falsedad.

Si no hubiéramos hecho esta reforma no tendríamos por millares:

Poetas *inspirados*,
Oradores *elocuentes*,
Dramaturgos *fecundos*,
Militares *bizarros*,
Estadistas *eminentes*,
Artistas *célebres*,
Caballeros *respetables*,
Periódicos *independientes* y
Colaboradores *talentosos*.

Hágase á cualquier ignorante Ministro y, al día siguiente, amanecerá *ilustrado*.

Hágase á un jorobado Juez, y amanecerá *recto*, sin que esto le impida doblegarse alguna vez.

¡Oh! la mentira realiza prodigios!

¡Desgraciado del hombre que diga la verdad!

Principiará por no encontrar un creyente, y terminará por ser apedreado.

Dígale usted á una mujer: que se pinta, que es coqueta ó fea;

Dígale á un empleado inepto que no cumple con su deber;

Dígale á un poeta ramplón, que sus versos son malos;

Diga usted que no hay buena fe en nada ó que caminamos con los ojos cerrados hacia el abismo.

Diga usted cualquiera cosa que todos palpen, y oirá como le gritan: calumniador! embustero! pesimista! envidioso! malvado!

Yo, que me sé de memoria estas cosas, me dejo llevar por la corriente, y como á todo el mundo le digo que tiene mucho talento, y como alabo todos los versos, y celebro la hermosura de todas las mujeres y el ingenio de todos los artistas, estoy reputado como el hombre de más recto juicio y de apreciaciones más imparciales. Nadie apela de mis fallos.

La sociedad, sin la mentira, no podría existir.

—¿Qué es la galantería?

—No es más que la mentira en traje de corte.

—¿Qué es la amistad, llamada—divinidad tutelar y manantial de consuelos?

—No es sino la ruin cortesana de la fortuna.

Observad el espantoso vacío que se forma en torno de todo aquel que cae en el abismo de la desgracia.

—¿Qué es la caballerosidad?

—¿Qué es la decencia?

—No son otra cosa que ostentación ó cálculo.

La hipocresía, que tantas reputaciones ha encumbrado, no es más que la mentira en su forma más suave y más sagaz.

El mejor ciudadano será siempre el que engañe mejor al público, lo cual se consigue con hablar despacio y suavemente, saludar á todo el mundo con una sonrisa benévola; oír misa en el presbiterio y ser miembro de cuatro cofradías.

El mejor servidor no será nunca el que llene mejor sus deberes, sino el que alabe más la estupenda capacidad del superior.

El mejor marido no será el que realce, por su buena conducta, el nombre de la familia que

forma, sino el que engañe mejor á su mujer, con la flor que acaba de recibir de mano impura, ó con caricias estudiadas.

El mejor discípulo no será el más estudioso, sino el que adule más á los maestros ó el que pague mejor.

Todos los premios son para ese niño.

De todas estas observaciones resulta que la mentira es el gran eje sobre que gira la sociedad.

Muchos viven engañando á uno para explotarlo.

Uno vive engañando á muchos para explotarlos.

Y en suma, todos los hombres se engañan y se explotan mutuamente.

Desgraciado de aquel que no sepa engañar, porque ese no tendrá desquite en la partida!

LOS PATIQUINES

—

Creo innecesario explicar la significación de esta palabra.

Para no dejar de parecer etimologista, ó pedante que es lo mismo, diré que viene de la voz italiana *partiquino*, que significa actor de baja escala.

Los pajes mudos, como aquel que sale á decir—*aquí están las velas*, no son más que *partiquinos*.

La palabra *patiquín*, degeneración de aquella, es nueva en el diccionario venezolano, así como es nuevo, y original de nuestro suelo, el tipo que ella designa.

Los antiguos no conocieron esta sabandija, nacida de nuestras revoluciones, como brotan lombrices y sanguijuelas de los pantanos.

No he querido comparar al patiquín con la tímida lombriz ni con la chupadora sanguijuela, ni mucho menos al lodo con nuestras convulsio-

nes políticas; líbreme Dios de hacer comparaciones tan exactas.

Ante todo amo la ficción, si nó, parecería extranjero en mi patria.

El patiquín no nace precisamente el día de una convulsión: él existe, pero vive en incubación durante los períodos pacíficos, que por cierto son muy cortos.

Así como el gusano vive en su capullo hasta que se convierte en mariposa, esos jóvenes turbulentos, ociosos y sin carrera, viven en las cantinas hasta que se transforman en patiquines.

La cantina es el capullo de esta crisálida.

Con el primer grito de una insurrección y la primera proclama del Gobierno, brotan á millares, como las ranas con las primeras lluvias.

El patiquín nace sin opinión: él se declara *en ejercicio*, como abogado novel, antes de saber qué causa defenderá: los acontecimientos van á fijar su opinión.

Lo único que él sabe de cierto es—que en río revuelto ganan los pescadores.

Aquellos que logran una ración del Gobierno como *agregados;* una comisión para embargar bestias,—empleo que produce dos ganancias—una por embargar y otra por desembargar; una comandancia de patrulla para cobrar reemplazos, ó cualquiera otra ganga, se deciden por el Gobierno, ó sea por la constitución y las leyes.

Los que no caben en la gracia del Gobierno, se hacen conspiradores y andan de corrillo en corrillo, hasta que creen llegado el momento del triunfo.

Entonces se incorporan á la facción.

Ya está el patiquín en su verdadero elemento.

Se le distingue á leguas por el talante, más dramático que bélico.

Gran sombrero, con el ala izquierda apuntada, sosteniendo una hermosa pluma que arrancó á la gorra de la mamá:

Chaqueta azul con botones amarillos:

Pantalón metido por dentro de las botas, remedando las jacobinas:

Carriel fileteado, con cigarros, cepillos, peines, el último billete amoroso y una clineja de Laura: sable curvo y mohoso; enorme revólver.

Los patiquines no entran á servir en ningún cuerpo regular; ellos se acomodan en el Estado Mayor, ó forman esos cuerpos ligeros, insubordinados é inútiles que llaman *piquetes.*

Su oficio es recoger ganado, bestias, empréstitos, etc. Nadie más violento que ellos contra los hombres, las mujeres y objetos indefensos.

Los patiquines tienen para la guerra una ventaja muy envidiable, y es—su horror á los peligros.

Entre ellos y las balas no hay ni puede haber ningún punto de contacto: son antípodas.

De ahí viene que no se ha dado el caso de un patiquín muerto en campaña, como no sea de miedo ó de calenturas.

En compensación de esto, son los más avanzados cuando llega la hora de comer.

¡Ay de las gallinas donde cae una manada de estos zorros!

Cuando el soldado, muerto de fatiga, está jadeante de sed, el patiquín se está bañando!

En la hora del combate ocupan también su puésto, no precisamente en las filas de batalla, sino en las de observación.

Allí, trémulos de coraje, esperan el resultado. Si es adverso nadie les quita la vanguardia; si

es favorable, se quedan recorriendo el campo para recoger los heridos, y *cinturear* á los muertos.

Cuando el campamento es sorprendido, sin que los patiquines hayan tenido tiempo de acomodarse, la derrota es infalible, porque no hay soldado que resista sus gritos de terror, ni las patas de sus caballos que se llevan por delante todo lo que encuentran, menos al enemigo.

Un ejército recargado de patiquines esta siempre próximo á ser destruído, porque lleva en su seno un mal elemento—el pánico.

Sin embargo, en los desastres tienen reservado un puésto de honor en que lucen mucho—¡la lista de prisioneros!

Y es gusto verlos entre las filas de sus vencedores, cabizbajos, ennegrecidos por el polvo y con un gesto que parece decir:

«Oh ironía de la suerte! ¡Tanta humillación «por premio de tanto heroísmo! La posteridad me «hará justicia!»

Pero si llega un día de triunfo para su causa, entonces entran erguidos como grandes libertadores; cada cual cree que todos los arcos son para su gloria y que las damas no piensan más que en su bravura.

Al referir sus hazañas, cree uno que oye al mismo Marte.

El triunfo se debió únicamente á él: el jefe no hacía nada sin consultárselo: los soldados no seguían más que su plumaje!

Todos los destinos deben ser para él, porque solo su denuedo los ha conquistado: deben darle una Aduana, y no para administrarla, sino para disfrutarla.

¿Qué menos? ¿No expuso él su vida á un constipado, á una mordedura de culebra? ¿No ha podido recibir un balazo al cargar su revólver?

El día de las recompensas honoríficas, consigue sin esfuerzos que le confirmen su grado de general, que él mismo se ha dado, y ya lo tiene usted creyendo que es verdad su propia fábula!

De esos patiquines generales, es que se han formado esos miles de generales patiquines que cuenta nuestra lista militar, para asombro de las naciones del orbe.

Y no es lo peor, sino que tenemos en espectativa una cosecha que va á poner la especie por el suelo!

Las generales se cotizarán como los mangos, á tres cuartos el ciento!

Por fortuna yo tengo mi grado antiguo, y no fue ganado con plumajes, ni clinejas, ni fanfarronadas; ese me costó,—lo digo con orgullo—muy buenos veinte pesos!

LA INUNDACIÓN DEL PUENTE NUEVO

—

Siempre le he tenido recelo á Caroata.

No era posible esperar que su mansedumbre fuera eterna.

Ese pobre riachuelo tiene razón para estar muy enojado con Caracas.

No hay suciedumbre que no se arroje á sus márgenes: toda cloaca inmunda va á adulterar sus aguas.

Es el único río á quien ningún poeta ha podido llamar *transparente;* á quien se ha privado del derecho de *murmurar*, y que, en cambio, carga con todas las murmuraciones de un pueblo.

Sus márgenes no han brotado jamás una flor, como no sea esa especie de hongo blanco que nace en los muladares con forma de paraguas.

Arvelo, el único poeta que se atrevió á nombrarlo, dijo que arrastraba *líquida mirra.*

Caroata es el ludibrio de la capital.

Si necesitáis un esqueleto de burro, algunas

docenas de gatos, perros, gallinas y ratones muertos, id á Caroata y cargaréis un carro.

Si queréis los colchones en que ha expirado algún leproso, allí los encontraréis.

Hasta la moral ha huído espantada de las cercanías del inmundo riachuelo.

Todas esas mujeres que vivaquean por las inmediaciones de los cuarteles y que se distinguen de las otras, en que tienen los ojos como dos brasas; la nariz lustrosa, y encarnada como un pimiento; los labios reventados; los cabellos sueltos hacia atrás; el pecho y la espalda descubiertos; un pañuelo terciado sobre uno de los hombros, fingiendo el deseo de cubrirlos; la bata á medio cerrar, con una cuarta de menos por delante y dos cuartas de cola arrastrando; que caminan con una desenvoltura chocante y llevan siempre en los labios una sonrisa infernal, puede asegurarse que tienen su caverna en los escondrijos que rodean á Caroata.

Aquel es el teatro constante de todo género de escándalos; allí llueven del cielo las palizas y las cuchilladas, y el eco de las maldiciones del infierno resuena sin cesar entre aquellos barrancos tenebrosos.

Si la policía fuera capaz de desvelarse por algo, con sólo Caroata tendría para no dormir jamás.

(Este rasgo satírico no se dirige á los celosos jefes de la policía: en cuanto á los subalternos, les dejo el derecho de decir que la soga siempre quiebra por lo más delgado).

Dichos ya todos los ultrajes que pesan sobre Caroata ¿qué tiene de particular que el día que consigue un buche de agua prestado con qué lavar tanto agravio, aviente las narices, cierre los ojos y

se lleve por delante todo lo que encuentra, sin miramiento alguno?

Esto es lo que ha sucedido el 3 del presente, después de 30 años de resignación.

No podemos quejarnos de un río que sólo se irrita tres veces en un siglo.

Pero al recorrer el campo del desastre, no puede úno menos que rebelarse contra la injusticia de la suerte, encarnizada siempre contra la inocencia!

¿Qué daño habían causado aquellas pobrecitas obreras, vecinas del Puente Nuevo, para ser lanzadas de sus hogares, con violencia tal, que apenas pudieron salvar á sus hijos, abandonando á las iras del torrente su mezquino ajuar, única riqueza que poseían?

Y Heraclio Guardia, mi excelente amigo, que había concentrado las últimas fuerzas de su juventud, todas sus privaciones y desvelos, y hasta sus sueños de poeta, para construír un hogar modesto, rodeado de flores y de árboles hermosos, plantados por su mano, á cuya sombra esperaba descansar los últimos años y entonar sus últimos cantos; ¿en qué pudo provocar las furias de ese río, para que en hora fatal destruyera el afán de largos años y la más acariciada de sus esperanzas?

Y Meneses, tan digno de mejor suerte por su honradez y laboriosidad?

Y tantos otros á quienes no conozco, pero que no por eso excitan menos mi conmiseración?

El Gobierno, al reparar los daños que han sufrido las obras públicas, debería tender también mano protectora á las desgracias particulares.

Esa es la atribución más augusta que tiene el encargado de velar por la salud pública.

¡Cuán satisfactorio sería para mí el haber

contribuído con estas líneas á consolar una aflicción!

*

¡Lo que es el mundo!

Las catástrofes son fiestas para los que no participan de sus rigores.

Media hora después de la tormenta se notaba en la ciudad cierta agitación muy parecida á la alegría.

Centenares de carruajes descubiertos, cargados de damas y caballeros recorrían las calles visitando las ruinas.

Las avenidas del Puente Nuevo eran estrechas para contener la gente que afluía sin cesar.

Y no se contentaban con ver los escombros; necesitaban internarse en ellos y palpar todos los detalles para quedar satisfechos.

Cualquiera habría dicho que buscaban cadáveres!

Yo creo que, después de haber visto todos los estragos, la gente se retiraba con una tristeza mayor que la que le habían inspirado tantas desgracias —la de no encontrar algo más espantoso que ver!

No es que yo acuse de cruel al corazón humano, sino extraviado, por la curiosidad y por el deseo de emociones.

Tampoco lo defiendo, pues tengo observado que, en general, el hombre se afana por hacer el mal, al paso que, sólo hace el bien, cuando no le cuesta ningún trabajo ó cuando no puede evitarlo.

No calumnio ni invento—yo estudio.

Si se me midiere con la misma vara y se me atribuyeren los mismos extravíos, sólo responderé:—«Hombre soy».

1878.

LOS POLÍTICOS

—

La política en todas partes es la ciencia de gobernar á los pueblos, menos aquí.

Entre nosotros la política es una industria de la cual viven, holgadamente, los que saben explotarla, y pobremente los que no pueden vivir de otra cosa.

En siglos pasados los delincuentes estaban en salvo desde que llegaban á pisar un lugar sagrado. La política es el lugar sagrado, donde se asilan los que están perseguidos por la necesidad y algunas veces por la policía.

No quiere decir esto que todos los políticos sean iguales, nó; hay muchos hombres llamados por sus talentos, por la opinión pública ó por circunstancias especiales, á hacer papeles culminantes en la política; lo que yo digo es que todo el que no puede hacer otra cosa, encuentra un asidero en la política.

Un comerciante arruinado en los negocios,

hace un voto de adhesión personal y consigue rehacer su fortuna en una aduana ó en una comisaría.

Un abogado que sólo ha tenido pleitos con su suegra se asila en una tesorería previo un voto servil y falso de ciega fidelidad.

Un médico que ha mandado al cementerio á los pocos enfermos que *ha curado*, alcanza un puésto en las Cortes de Justicia, y sigue tratando á los buenos con el mismo acierto que tuvo para con sus enfermos.

Un agricultor que no ha cultivado más que el juego y el amor pastoril, abandona el arado enmohecido, sin reja ni timón, y se ciñe el sable del baladrón indisciplinado, ó atropella al vecindario, desde una Jefatura civil, para vengarse de la ajena laboriosidad que humilla su abandono.

Tiempos ha habido en que no se obtenía una plaza de policía urbano, sin tener credenciales de vago de profesión.

En fin, todos los que no tienen vocación para ningún trabajo honesto; los que nacieron predestinados para vivir del sudor de frentes ajenas; los que tienen la innegable superioridad de la insolencia, especie de derecho divino que los hace señores de vidas y haciendas, y todos los que nacieron para andar de barriga, como el lagarto, pero que andan sobre los pies porque Dios se olvidó de ponerles rabo, van á formar en ese gran centro que se llama la política.

Para ser político de oficio, y mantenerse siempre de pies, se necesita aprender la fábula del camello—sabiendo doblar la rodilla ante el amo, habrá siempre abundancia de pasto.

También se necesita ser equilibrista, y conocer con precisión los signos del tiempo.

Debe tenerse vista y olfato de cuervo, y si se consigue también el estómago, está hecha la carrera.

Como se ve, es poco lo que hay que aprender para el oficio y todavía es menos lo que hay que olvidar.

Esto se reduce—á los beneficios recibidos.

Es decir, el político no se considera obligado, con los superiores ni con los inferiores, por los servicios que le hayan prestado, sino por los que le estén prestando ó puedan prestarle.

El enemigo que puede servir hoy, es más meritorio que el amigo que sirvió ayer.

Para los políticos no hay *ayer*, sino *hoy* y *mañana:* más claro: nunca deducen del pasado deberes para con nadie, sino derechos para éllos.

La gratitud no existe en el corazón del político, cuando el antiguo protector ó servidor no tiene nada que dar, ó cuando hay otro que puede dar más.

La fidelidad, la consecuencia, la amistad misma, tienen su límite—espiran el día que no producen nada. Mientras están produciendo son insospechables, desinteresadas, y por supuesto, eternas é incondicionales!

Si yo llegara á ser siquiera comisario de mi barrio, pondría en la Cárcel á todo vecino que me hiciera una protesta de simpatía ó elogiara mi actividad, mi inteligencia ó mi probidad. Le seguiría un juicio por conatos de dolo.

Si los gobernantes no se empeñaran tanto en comprar adhesiones, no tendrían que lamentar deslealtades.

Mientras no haya un gobernante que persiga

al primer periodista que lo llame íntegro, patriota ú honrado, no tendremos una república seria.

Aunque no fuera más que por embustero, debería tenerlo veinte y cuatro horas en la policía correccional.

Pero aquí sucede lo contrario—si el periodista no aplaude calurosamente, sobre todo los desaciertos, no puede ser periodista con independencia.

Por fortuna el país sabe á qué atenerse. Los que dicen y los que oyen decir alabanzas, saben cuando son mentiras. El único que cree todo es el favorecido! y siempre encuentra cortas las alabanzas!

Cuentan de un extesorero que, leyendo un juicio tan honorífico como falso de su administración, exclamaba: «Que frialdad! Canallas! ¿Dónde encontrarán otro empleado que en un año sólo economice para comprar dos casitas? Ah! merezco que me cuelguen!»

Si yo hubiera oído el final, le habría gritado —¡tienes mucha razón!

Pues bien, el extesorero quedó de candidato para un destino superior; por supuesto, no candidato popular, pues ya se sabe que el pueblo ha olvidado que tiene el derecho de elegir, sino de esa camarilla que está en todas partes manejando los títeres llamados elecciones, donde cada cual se acomoda según su gusto.

Creerán algunos que invento ó que exagero?

Ojalá pudieran los incrédulos examinar por dentro esa gran colmena que se llama la política, para que vieran como llega á sus panales la miel extraída de todas las flores, y como chupan los zánganos sin descanso!

Lástima tengo yo de tántos caracteres nobles,

de tántas almas sencillas, de tántos creyentes sinceros de promesas falaces, de tántos espíritus débiles y de tántos esclavos de la necesidad, que marchan confundidos entre los especuladores, sirviendo á sus planes sin quererlo ni saberlo!

EL ORGULLO

—

Yo no sé por qué colocan el orgullo entre los defectos, cuando á mi ver, es una de las propiedades del corazón humano.

Todo hombre es orgulloso: hasta los humildes fundan en serlo su vanidad.

En el fondo del corazón duerme el germen del orgullo esperando la ocasión para despertar.

Hay orgullos legítimos y orgullos necios; pero en estos últimos, el pecado no está en el orgullo, sino en la necedad.

El hombre más llano no puede dejar de sentir superioridad en ciertos casos, y, lo que se siente, se expresa, so pena de incurrir en otra falta más grave que el orgullo—la hipocresía.

Pongamos un ejemplo:

Suponed á un hombre absolutamente humilde, sin ninguna pretensión: para esto es preciso encontrarlo pobre y que no descienda de marqueses; también es preciso que nunca haya escrito para el público, ni siquiera una necrologia.

Este hombre ha vivido siempre en oscura modestia, ganando el pan de su familia con su trabajo. Es hombre de bien.

Pero cierto día sube al poder un pariente de su mujer ó un amigo agradecido (suponed que existen estos amigos también) y, sin buscarlo ni pensarlo, recibe el nombramiento de Gobernador.

No digáis que voy poniendo cosas imposibles; admitid que los destinos pueden obtenerse sin previa y asidua solicitud.

Nuestro hombre recibe el despacho: el primer movimiento de su ánimo es de repulsión, y con el más ingenuo desdén, entrega el papel á su mujer.

Le parece mucho ser Gobernador, aquello es subirlo á las nubes por los cabellos.

No acepta, ni siquiera piensa en ello.

La mujer, que es hija de Eva, al leer el papel ha palidecido y no opina del mismo modo: ella ha pensado en el sueldo, *en las ovenciones*, en las ínfulas; en fin, en que la mujer del Gobernador, es la señora Gobernadora.

Aquí se repite la escena del paraíso, y Adán, siempre Adán, oye las seducciones de la mujer.

Ella le hace esta reflexión.—No ha sido Gobernador Perucho? No lo fue don Andrés, aquel viejo imbécil y corrompido? No lo fue Fulano, que no sabía firmar? Lejos de subir, tienes que bajar para igualarte á tus antecesores.

El hombre medita.....

La mujer insiste.

—¿Tú crees que te dan mucho? ¿que es una triste Gobernación? Tú mereces mucho más.

El hombre toma la noche para reflexionar.

Un gran dolor de cabeza no le permite conciliar el sueño: tiene fiebre.

Es la soberbia, en el período de la gestación, que le produce aquel trastorno.

De un lado ha puesto los deberes del empleo; del otro los honores, el sueldo, las consideraciones. Piensa en un *Te Deum* presidido por él: piensa en que le colgarán la llave el Jueves Santo: piensa en que lo llamarán *usía;* en el bastón con borlas; en una proclama que va á hacer furor, escrita por un primo poeta que sabe decir muchos piropos: piensa en que va á cambiar de nombre, porque nadie lo llamará don Román, sino el señor Gobernador; piensa en fin, todo lo que pensaríamos el lector y yo en igualdad de circunstancias.

En aquella noche tremenda se efectúa la gran transformación:—la serpiente triunfa, la manzana se come.

Don Román acepta.

Amanece comprando frac, guantes, sombrero de copa alta, botas y bastón.

Por primera vez en su vida se pone un cuello recto; la mujer lo peina de un modo raro y le retuerce los bigotes.

Don Román se transforma físicamente; tanto, que un hijito suyo que lo encuentra abriendo el escaparate, al entrar en el aposento, sale despavorido gritando—Mamá! en tu cuarto está un ladrón!

La vecina, que ve salir al desconocido y que, como vecina, ve más lo malo que lo bueno, se queda pensando en aquella visita que, tan temprano, ha recibido la mujer de don Román, y aumenta sus sospechas al verla en la ventana, recreándose en la majestad con que camina el donoso caballero.

Don Román va derecho á prestar el juramento; á ser ungido Gobernador.

Cumplida esta formalidad, se asoma á un balcón y empieza á ver los hombres como si estuviera montado en la luna: chiquititos y de distinta forma.

Dos caballeros que van de brazo, le parecen una garrapata y un bachaco, cuando, en realidad, son un empleado antiguo y un comerciante moderno.

Los caballos le parecen burros: él sueña ya con uno del Perú. ¡Un Gobernador en el caballo más grande del país, andaría con los pies á rastras! En un minuto se ha hecho gigante.

Se instala por fin el Gobernador en el círculo oficial; entra en nuevas relaciones.

Desde ese día ya nadie conoce á Don Román, ni Don Román conoce á nadie, ni él mismo se conoce: su historia data del juramento: de atrás, no tiene sino una memoria vaga de un tal Román antidiluviano; algo así como las reminiscencias de un alma trasmigrada á otro planeta.

El gobernador cree firmemente que siempre ha sido Gobernador; que aquello le viene por herencia y que trasmitirá la gobernación á sus hijos.

En todos los periódicos y en todos los discursos se oye llamar el *digno* Gobernador, el *ilustrado* Gobernador, el *activo* Gobernador, y esto le quita hasta la más vaga memoria del pobre Román.

Don Román cambia el andar, muda el gesto, alza la mirada y mantiene el cuello erguido. Habla más alto y con cierto énfasis altanero, poco simpático, pero muy oficial; en una palabra, el orgullo se ha apoderado del modesto y humilde Don Román.

Todos sus amigos se burlan y se irritan de aquel cambio. Yo lo encuentro muy natural: porque admito el corazón humano tal cual es.

Ni los códigos ni la crítica bastarán á reformarlo.

Por otra parte, Román, con sus ojos tímidos, su vestido descuidado, su voz suave y su andar humilde, estaba muy bueno para Román; pero un Gobernador parecido á Román, no encontraría quien le obedeciera.

El orgullo pues, es natural y está siempre á la altura en que colocan al hombre las circunstancias; por eso he dicho que dormita en el corazón para despertar y crecer en la ocasión propicia.

Pero observo que en el ejemplo se me ha ido el artículo, y que, en vez de desarrollar mi tema sobre el orgullo, he desarrollado un Gobernador.

Vale lo mismo para el lector, que puede cambiar el mote.

A mí me bastará con que lo haya entretenido.

EL NOMBRE

—

El nombre influye mucho en la suerte de los hombres y de las cosas.

Muchos hombres que no servían para nada, han debido su elevación únicamente á su nombre.

Y muchos, con grandes aptitudes, han muerto en la obscuridad por falta de un nombre.

Yo creo que si Napoleón se hubiera llamado Presentación, no habría pasado de tambor mayor ó de capellán de un regimiento.

Si Bolívar se hubiera llamado José Pérez se habría quedado siempre un excelente Don Pepe, y la Indepedencia de Colombia no habría pasado por su pensamiento.

En las mujeres hago una observación semejante.

Una mujer puede ser coqueta, vana y todo lo que sigue á estas flaquezas, con tal que tenga un buen nombre que la cubra.

He conocido algunas mujeres, livianas como

una pluma, y que sin embargo han sido señoras de gran peso en la sociedad, porque estaban bajo el pabellón de un nombre distinguido.

Aquí cabe muy bien aquel principio de derecho internacional—*el pabellón cubre la mercancía,*—poco importa que esté averiada.

El nombre es como la fisonomía, que se adelanta á producir buenas ó malas impresiones.

La mujer más bella perdería todos sus encantos si supiéramos que se llamaba Matea.

Empezad un billete amoroso con estas palabras:

Mi adorada Matea!

Estoy seguro de que no podríais concluírlo.

Muchas gentes dicen desdeñosamente,—*eso es cuestión de nombre,*—dando á entender que el nombre no vale nada, que es una cosa muy secundaria. ¡Grave error!

El nombre es parte integrante de las cosas.

Los políticos, que son los hombres más hábiles, han especulado mucho con los nombres.

Ellos tienen una baraja de nombres sonoros, de que se sirven según los casos, en variadas combinaciones.

Una carta dice—*Libertad,* otras—*Derecho—Justicia — Humanidad—Pueblo—Opinión—Soberanía—Lealtad—Sacrificios—Abnegación—Patria—Porvenir.*

¿Qué es todo eso?

—Una docena de nombres que representan otras tantas cosas imaginarias.

Pues bien, mezcladlos con unos verbos y unas preposiciones; ponedlos en un globo; dadle diez vueltas al manubrio; sacadlas al acaso y ponedlas en fila.

¿Qué tenéis por delante? leed:

—Un gran discurso político!

—¿Y detrás?

Una elocuente celebridad; un candidato para cualquier cosa.

¡Ah! y después dicen que los nombres son secundarios!

Lo secundario es el hombre que nació detrás de los nombres!

La revolución francesa, no habría podido divinizar el asesinato, la impiedad y el estrago, si no hubiera escrito en su bandera tres nombres prestigiosos.

—*Libertad! Igualdad! Fraternidad!*

Sólo el poder de la palabra *Libertad*, habría podido santificar la tiranía del Terror!

Sólo en nombre de la *Igualdad* habría podido sepultarse á María Antonieta en un ataúd de 20 francos!

Sólo la *Fraternidad* habría erigido en altar la guillotina para que media Francia sacrificase á la otra mitad!

A la sombra de esos tres nombres sublimes se han cometido, y se cometerán hasta el fin de los siglos, los más grandes escándalos.

Pero jamás se pronunciarán sin que palpite de entusiasmo el corazón.

Esas palabras son como flores que sobrenadan en un lago.

—Pero el lago es de sangre!

Aquí mismo, la revolución más sangrienta y más trascendental, no necesitó la fascinación de una idea para allegar prosélitos.

Sus caudillos salieron de los campamentos.

Le bastó un nombre: *La Federación!*

Ese grito sonó bien, y sin saber lo que significaba, los hombres volaron á buscar la muerte ó la victoria.

Un nombre pues, había armado la mayoría del país y empeñádola en una lucha heroica, pero

interminable, porque la minoría contaba con elementos poderosos para equilibrar el número.

Era necesario poner algo más en la balanza para decidir la contienda. ¿Qué será?

Nada mejor que otro nombre: *los godos!*

Mueran los godos!—gritaron y se hicieron superiores.

Apellidar *godo* al partido conservador, era sublevar contra él todo el odio tradicional que el pueblo conservaba á Morales, Boves y Antoñanzas; era restablecer la guerra á muerte; era decretar la victoria.

La revolución triunfó, y la Federación, que sólo se había tomado como bandera, como nombre sonoro, como grito de guerra, se estableció en el país y se ha conservado por el poder de su nombre, aun gobernando los mismos que la combatieron.

Tánto así vale un nombre prestigioso, que sus mismos enemigos no se atreven á borrarlo!

En los campamentos federalistas de las selvas, *godo* era sinónimo de *ogro*, y cuando cogían un prisionero, se admiraban de que no tuviera garras.

Y aquí en Caracas, el nombre de *federal* causaba tal asombro entre algunas gentes, que cuando entraron triunfantes, después del tratado de Coche, los muchachos los rodeaban para ver si tenían rabo.

En prueba de la importancia del nombre, obsérvese que el maromero se llama—acróbata; el prestidigitador—artista; las botillerías—restaurants; las posadas—hoteles.

Todo tiende á mejorar su condición, mejorando su nombre.

Las mujeres casadas abandonan el apellido

paterno cuando vale menos que el del marido, pero si vale más, cargan con los dos.

Los hombres no dejan de usar el apellido materno cuando vale más ó tanto como el paterno; pero cuando el materno quita, en lugar de añadir realce, se pasan sin él tranquilamente.

Gentes hay que cambian el de la madre por el de la abuela, cuando éste es mejor.

Generalmente no hay cosa que envanezca más que haber heredado un nombre ilustre.

Eso es muy justo, sobre todo cuando no hay otro mérito.

Sin embargo, yo creo que vale más ilustrar un nombre que heredarlo.

Prefiero las cosas que cuestan trabajo.

Cualquier necio puede ser un gran heredero.

Pero ningún necio fundará jamás un patrimonio de gloria que haga de su nomhre el blasón de una familia.

EL COMISARIO

—

Hé aquí el empleado más importante de este país.

Es la última rueda de la máquina gubernativa, y, sin embargo, es la primera con que tropezamos al movernos.

Es la más pequeña y la que pesa más sobre todo el mundo.

El comisario está en todas partes, aunque sólo se descubre en ciertos casos.

Dele usted un bofetón á cualquier pilluelo insolente y tenga usted *algo:* en el acto se presenta el comisario á llevarlo á usted preso ó á pedirle una indemnización que satisfaga la vindicta pública.

El comisario, aunque muy severo, prefiere cobrar en dinero los bofetones; no está por la pena corporal.

Líbreme Dios de pensar que el producto del bofetón vá á ser dividido con el muchacho! Nada de eso!

Todo queda en la comisaría!

En cambio el mismo pilluelo le rompe á usted las narices de una pedrada: sale usted con los chorros de sangre buscando al comisario y no se deja encontrar en ninguna parte.

Tres días después, cuando la tintura de árnica ha satisfecho la vindicta pública y deshinchado las narices, encuentra usted al comisario; pero ahora viene animado de un espíritu de tolerancia muy laudable, y le convence á usted de que el chico es un tronera sin mala intención; de que no tiró á pegarle á usted; de que fue usted quien metió las narices y de que él es un bribón.

En el diálogo resulta que el muchacho es hijo de una solterona muy honesta que vive al lado del comisario, y que probablemente le pagará la pedrada con costas, y tiene usted que sobreseer en el asunto.

Parece una exageración lo que voy á decir.

Nadie puede vivir tranquilo en esta tierra, si no está en buena inteligencia con el comisario.

Los ministros, el gobernador, el prefecto no tienen á su lado ninguna importancia: son muy secundarios.

La razón es muy sencilla.

Estos altos personajes no se acuerdan de que usted existe; al paso que el comisario no piensa más que en usted.

Desgraciado de aquel que se ponga de cuernos con el comisario!

Hoy lo multa porque no barrió;
Mañana porque no puso bandera;
Después porque botó agua sucia;
Otro día porque no concurrió á la patrulla;
Luégo, porque no concurrió á la milicia;

Y en último caso lo denuncia por sospechoso.

No hay más remedio que comprar la paz ó mudar de domicilio!

En los campos sucede todavía peor.

No hay más Dios ni más ley que el comisario: ejerce un poder absolutamente discrecional.

Todo el mundo está obligado á servirle de balde.

Hay que comprarle todo lo que él venda, aunque sea malo y caro; eso sí, el dinero se le entrega siempre adelantado para evitar equivocaciones.

En cambio hay que venderle todo lo que quiera comprar; pero en este caso no exige que sea de contado, ni siquiera á determinado plazo; él se encarga de fijarlo y no hay temor de que se cumpla.

Es preciso elogiar mucho su energía y los bienes que reportan el Gobierno y el vecindario de su autoridad.

Es indispensable beber con él siempre que se encuentre qué.

Eso sí, no hay que discutir sobre el pago.

El no permite jamás que usted deje de pagar.

Es obligatorio prestarle dinero cuando lo necesite: cosa que empieza á sucederle al recibir el nombramiento.

En este caso hay la ventaja de que no incomoda sino cuando viene á pedirlo, porque él no comete la imprudencia de volver á pagarlo.

En tiempos que yo no alcancé, la comisaría era una carga concejil que se imponía por fuerza á los ciudadanos. En el día, y desde que

yo hago memoria, es un empleo de lucro para el que sabe ejercerlo.

¿Pero qué mucho que lo disputen las gentes ignorantes que creen realzarse con ese átomo de autoridad, si yo conozco pueblos, donde un puésto en el Concejo Municipal, se codicia por personas de educación, como un premio de lotería?

Esa carga, reservada á los patriarcas en todos los pueblos de la tierra, la he visto comprada por personas para quienes debiera ser muy onerosa. Y no se crea que lo hicieran por vanidad, pues hoy no se vive de humo sino de algo muy sólido.

Ellos han encontrado el secreto de convertir en mina el árido Concejo y saben sacar de él, cuando no honra, pingüe provecho.

Gentes he conocido yo, que no han tenido más oficio ni beneficio que ser concejales, muy gordas y rozagantes.

Verdad es que esto no sucede en todos los pueblos del país, pero también es verdad que no es caso raro.

Lo peor que tiene el comisario es que, después de saborear la autoridad, no quiere volver á la triste condición de ciudadano: necesita seguir siendo *señor*.

Y no se contenta con mandar una cuadra ó un barrio; quiere extender sus dominios; está en asecho de una revuelta para subir un escalón.

Ya se cree con derecho á no trabajar, y todos sus pensamientos se encaminan á la perpetuidad del mando.

El comisario, pues, creado para garantía de los ciudadanos y resguardo inmediato de sus derechos, ha venido á ser una amenaza.

Cuentan los viejos que en tiempos antiguos los comisarios fueron hasta útiles, pero en el día, yo creo que, suprimiéndolos, daríamos un gran paso hacia la libertad y en favor del sosiego público.

Nada habremos hecho mientras tanto, con escribir códigos y consagrar derechos, ni con tener gobiernos eminentemente liberales. El comisario nos encierra en una órbita de hierro, donde no penetra la acción de las leyes.

Pero se creerá que yo he querido pintar un país inhabitable, dado que la plaga-comisario está diseminada en toda su extensión.

No es así: *mi comisario* es un tipo muy generalizado; pero entre los que ejercen este cargo, hay hombres honrados que contrastan con éste por su moderación y buena conducta.

Con esos no hablo yo, sino con los que deshonran el empleo.

Si en cada vecindario hubiera un solo ejemplar del tipo que dejo bosquejado, habría que emigrar de Venezuela.

Hoy, basta con emigrar de barrio!

1878.

LA HONRADEZ

—

Yo no conozco una picardía más grande que ser hombre de bien!

No comprendo cómo los pillos no han caído en ello.

¿Qué se proponen con sus pillerías?

¿Enriquecerse? ¿alcanzar una posición social?

Pues eso lo conseguirían más fácilmente siendo hombres de bien.

Los pillos no han calculado que mientras ellos están atisbando la ocasión de apoderarse de un negocio por sorpresa, al hombre de bien lo solicitan para entregárselo.

Por otra parte, los medios que emplea el pillo se van agotando; su camino es una pendiente que conduce á la abyección, á la miseria y á la cárcel.

Mientras que la esfera del hombre honrado se va ensanchando: él marcha en una carrera ascendente, á la fortuna y á la consideración so-

cial, que es la suprema corona del buen comportamiento.

Esto no quiere decir que algunos pillos no lleguen á adquirir fortuna y por consiguiente, respetabilidad, pero esas son *honrosas* excepciones de la regla.

En general, alcanzar una buena reputación es adquirir un capital.

Es más todavía:

Es comprar una bula para que todas nuestras acciones sean bien interpretadas.

Vaya un caso práctico.

Un hombre bien conceptuado ha tenido á su cargo una obra pública:

Al concluírla presenta una cuenta enorme:

Todo el mundo avalúa la obra por la mitad de lo que cuesta al erario.

—Aquí se ha robado mucho!—dicen algunos que no conocen al honrado director de la obra.

Pero la gente que lo conoce raciocina así:

«Don Honorato dice que ha costado el doble, y debe ser cierto, porque lo dice don Honorato.»

Entre tanto don Honorato se ha guardado ó ha podido guardarse, impunemente, la mitad de la suma que ha cobrado.

¡Oh ventajas de la hombría de bien!

Bernabé Díaz, aquel gran talento práctico, de grata memoria, que hablaba siempre aforismos y verdades extravagantes, decía que la honradez era contraproducente en ciertos casos.

—Jamás! le repliqué alarmado.

—Oyeme—me dijo—figúrate un hombre que ha sido administrador de una aduana:

Robó ó no robó: eso lo sabe él.

Pero el público cree que ha robado muchísimo.....

—Porque el público es muy mordaz—le interrumpí.

—Porque el público sabe; que el que anda con jabón, echa espuma, por lo menos cuando se lava las manos.

—¿Crees tú que al ex-administrador le conviene probar que no ha robado?

—Por supuesto!

—Disparate!—me replicó, riéndose de mí—debe darse tono de millonario para que todo el mundo lo considere y quedar de candidato para otro empleo más elevado.

Pero si deja ver que no robó, si se descubre que no tiene un centavo, todo el mundo lo tendrá por un imbécil y será declarado, para el resto de su vida, incapaz de ejercer empleos de confianza.

Yo me espanté de las ideas de Bernabé, porque yo todavía me espantaba de algunas cosas.

Pero después he visto tanto, tanto, tánto, como decía el otro, que he exclamado muchas veces:

—Bernabé tenía razón!

Con frecuencia oigo decir—*fulano es muy honrado*—de hombres ó mujeres de quienes yo tengo opinión contraria.

Eso me ha obligado á averiguar cómo debe entenderse la honradez.

En absoluto debe considerarse como una piedra preciosa, brillante por todas sus faces—es decir—la honradez es el conjunto de todas las virtudes.

Pero no se entiende así en el mundo—cada cual busca que la piedra brille por la faceta que le conviene—no importa que no esté pulida por las otras.

Para un comerciante la honradez consiste en pagar á tiempo.

Para probar la honradez de un hombre es necesario poner su firma en venta.

El precio que se obtenga, fija el valor de su crédito—del crédito se deduce la honradez—el efecto se convierte en causa.

Un hombre puede apalear á su mujer, abandonar á sus hijos, estafar en el peso y la medida, y á pesar de eso, ser muy honrado, porque paga con puntualidad!

Cuántos bribones hay que, robando á todo el mundo, se han puesto en capacidad de ser hombres de bien!

Y cuántos hombres, verdaderamente honrados, han pasado por pillos porque la desgracia los ha obligado á quedar insolventes!

Para los políticos la honradez consiste en la fidelidad á una causa: no importa que se abandonen todos los demás deberes.

Las mujeres, como las piedras, tienen también su faceta luminosa para juzgarse.

¿En qué consiste la honradez de la mujer?

Hé aquí una pregunta que le pone un tarugo en la garganta á cualquiera.

Ningún libro trae esta definición.

La honradez de la mujer consiste en una sola cualidad.

Una mujer puede ser embustera, irreligiosa, hipócrita y tramposa, y sin embargo de todo, ser muy honrada.

No sería extraño un marido que dijese—mi mujer derrocha mi patrimonio, descuida á sus hijos, es díscola y ociosa, pero todo se lo perdono porque es muy honrada.

Así pues, cada cual estima la honradez á su manera.

Casi es cuestión de conveniencia ó cuestión de gustos.

Sucede con esto como con las bestias.

Para algunos el mejor caballo es el más elegante.

Para otros, el más fino.

Para muchos, el más fuerte.

Conocí un viejo que decía—mi mula es tuerta, burda y fea, pero es muy buena, porque no se va de manos!

Cada cual piense lo que quiera.

El mundo siempre será el mismo.

Pero si algo puede servir de guía al hombre para proceder con acierto, es no olvidar nunca esta máxima:

—La mayor viveza es andar siempre por el camino real.

LA MEJOR CARRERA

—

Los padres se desvelan por dar á sus hijos lo que se llama *una carrera.*

Tontería! lo importante en la vida no es *tener*, sino *hacer carrera.*

Véase cuan pocos son los hombres que llegan á hacer fortuna con la profesión ú oficio á que se dedican.

Eso viene de que es muy raro acertar en la elección de una carrera que armonice con las disposiciones del individuo.

Por eso se ven con frecuencia:

Médicos, que no tendrían precio para militares, pues para matar á un pueblo entero, no necesitan más armas que una pluma.

Abogados, que pierden todas las causas, y por último la clientela.

Curas, que en vez de ser pastores, son lobos de su grey.

Comerciantes, que viven mientras tienen ca-

pitales extraños que consumir en sus especulaciones.

Y por el mismo estilo cien casos.

Al mismo tiempo se ve que son más los hombres que no tienen propiamente carrera, industria ni oficio, y que, sin embargo, viven mejor y se elevan sobre los que la tienen.

Estas y otras observaciones que me callo, han venido á darme el convencimiento de que la mejor carrera es no tener ninguna.

El que no sabe hacer nada, está en capacidad de hacerlo todo.

Pero el hombre que se dedica á un oficio, es un hombre perdido.

¡Desgraciado de aquel que aprende á hacer sombreros ó zapatos!

Tiene que morir en el taller.

Por grande que sea su aptitud para cualquiera otra cosa, al dar la menor muestra de ella, todo el mundo le grita: «Zapatero á tus zapatos.»

Si alguien, conociendo su probidad y su patriotismo, lo asoma como candidato para un puésto público, todo el mundo lo rechaza diciendo: «¿qué puede esperarse de un zapatero?»

La opinión se fija en cualquier holgazán, embustero, vicioso y algo peor, ¿por qué?

Porque entre sus muchas tachas, no está la de tener oficio! porque no ha cometido el crimen de aprender á hacer zapatos!

Tener oficio, pues, es renunciar á todo cargo honorífico; es desheredarse de todo derecho.

Por otra parte, desde que se aprende un oficio, se hace la intención de trabajar, y yo tengo visto que los que trabajan son tributarios de los que no trabajan, y vale más tomar plaza entre los señores que entre los vasallos.

Yo tengo tres hijos que son toda mi esperanza.

Desde que pensé abrirles camino por el mundo, destiné al primero á no hacer nada, y á los otros dos á que lo ayuden.

Por fortuna los muchachos tienen vocación para seguir mis ideas.

No quieren ir á la escuela: no quieren tomar la cartilla: tienen horror á las letras.

Están pues, libres de esa carrera, que es la peor de todas, en un país donde el hacer un verso, por malo que sea, ó un artículo como éste, es lo mismo que haber estado en presidio y quedar sujeto á la vigilancia de la policía perpetuamente.

Desde que presumo que mis hijos no sabrán nada, estoy tranquilo, porque los veo en camino de ser hombres importantes.

¿Para qué sirven las letras?

He conocido hombres de profundo saber, sumidos en la más espantosa miseria y relegados al más cruel olvido.

Acaso los hubieran empleado en el comercio ó en otra industria, pero *sabían tánto.....!*

En los puéstos públicos son más útiles los adictos que los inteligentes, y como hay tantos que se apresuran á protestar adhesión, sobre todo cuando no la tienen, nunca hay que apelar al recurso de emplear á un hombre, sólo por su inteligencia.

¿Para qué hacen falta las letras?

Conocí un maestro de escuela, que hacía la siguiente explicación:

Salchichón, es una palabra compuesta del sustantivo *sal* y del aumentativo *chichón*.

Y sin embargo, tenía tres medallas en el

pecho, en lugar de tener tres chichones por bestia.

Verdad es que el oficio no da para frecuentar los salchichones, y nadie conoce á fondo aquello que no practica.

Conocí un tribuno que escribía Gobierno con *v*, y á pesar de eso alcanzó los más encumbrados puéstos.

He visto diputados que no sabían firmar, y no por eso dejaban de ser hombres de importancia, y su voto decidió muchas cuestiones graves, y fue un voto valioso, como podrían atestiguarlo aquellos que lo compraron.

¿A qué seguir? Obsérvese que aquí, de los hombres sin carrera, sin educación para nada, es que se han formado los hombres más notables.

No se me arguya con Vargas y Guzmán Blanco que se formaron en las Universidades.

El primero, fue la excepción; el segundo, es un hombre excepcional.

Dos casos especiales no pueden destruír la regla.

«La mejor carrera es no tener ninguna.»

EL CARACTER

—

Un mal carácter es el dón más precioso que puede hácer á un mortal la Divina Providencia!

Se dice que la suerte del hombre depende únicamente de su carácter.

Esa es la verdad.

Pero créese generalmente que la felicidad consiste en la mansedumbre, la tolerancia y la conformidad.

Es un error gravísimo de que están sacando partido los bribones desde los primeros tiempos, con notable perjuicio de los hombres sencillos.

Yo voy á demostrar que el tener lo que se llama un *mal carácter*, es nacer predestinado para la dicha.

El hombre de mal carácter tiene una armadura que lo protege contra los ataques de todo el mundo. Es invulnerable—es un Aquiles sin talón.

No hay fortuna más envidiable que la de alcanzar el sobrenombre de *Ruibarbo*, *Saldehiguera* ó *Guayacán*.

Desde que se adquiere esa ventaja, ya se puede dormir con la puerta abierta.

¿Quién le pide una onza prestada á Ruibarbo?

¿Quién le pide una limosna á Guayacán?

Unos dicen: no quiero nada con ese hombre por no verle la cara. Otros dicen—por no oírle la lengua, y muchos—por no matarlo.

El hecho es que el respetable señor *Ruibarbo, Saldehiguera* ó *Guayacán*, acrecienta su fortuna sin encontrar nunca quien le quite un centavo.

En cambio, él invade los bolsillos ajenos y se lo toleran por evitar un desagrado.

La mujer, si la tiene viva por casualidad, es una Santa Rita.

Los hijos le adivinan el pensamiento.

Los sirvientes se anticipan á sus órdenes.

Si Ruibarbo se lanza á la política, alcanza un alto puésto.

Desde que toma asiento en una asamblea, todos los miembros se sienten coaccionados.

Nadie puede resistir su mirada fiera y encapotada; sus labios plegados desdeñosamente, dejando ver los colmillos como animal carnívoro; su pelo erizado hacia la frente como el puerco espín, su corbata ancha, como una faja y la levita abotonada.

El ciudadano Ruibarbo es el primer ciudadano.

Es preciso aplaudir todo lo que diga, antes de decirlo.

Un hombre que tiene cara de burro, debe ser muy sabio.

Un hombre que anda tan despacio, debe llevar sobre su cabeza la suerte de la patria.

Un hombre que no dice sino monosílabos, debe ser un pasmo de elocuencia.

No hay remedio, Ruibarbo es presidente de la asamblea por unanimidad.

Dígame ahora el lector, si una cara de herrero y un carácter detestable, no son los dones más preciosos que puede hacer á un mortal la Divina Providencia!

Yo creo que los que se han llamado desde los tiempos históricos *grandes caracteres*, no han sido otra cosa que caracteres amargos.

De esos genios insufribles es que se han formado los grandes hombres. El talento y el valor, solos, no habrían hecho nada.

Es á fuerza de rigor que han llegado á imponer su voluntad á los demás hombres.

Y después dicen los historiadores—Tenía un gran carácter—un gran genio!

Mentira! lo que tenía era un malísimo carácter—un genio atroz. Desde Nemrod hasta nuestros días, ningún hombre ha dominado á los demás por la dulzura del carácter ni por el semblante risueño.

***

Al que se vuelve miel, se lo comen las hormigas.

Tenga usted buen carácter y ya está libre de que su nombre llegue á la posteridad.

No pasará nunca de lo que se llama un pobre diablo.

En política, será escalón para que suban los otros.

Cuando más—instrumento.

En su casa, será usted el único que obedezca.

De su mujer para abajo, todo el mundo estará sobre usted.

En cambio, usted será el único que trabaje para todos.

Si llega usted á heredar una fortuna por casualidad, puede estar seguro de que no le durará mucho tiempo, porque todo el que necesite algo vendrá á pedírselo, en la confianza de que usted no lo dejará desairado.

Nadie le pagará á usted, porque usted será el acreedor de más confianza, y siempre lo dejarán para el último.

Y llegará el juicio final y lo encontrará de último, y no será usted nunca el primero, por más que lo digan las Sagradas Escrituras.

Le faltará á usted tiempo para ocuparse en servicio de los demás, y recogerá por premio, una cosecha espléndida de ingratitudes; y tendrá, al fin de sus días, un número de enemigos igual al de los servicios que haya hecho.

Dígame ahora el lector, si el tener un bello carácter que le haga simpático y accesible para todo el mundo, no es la desgracia más grande que puede afligir á un mortal!

***

Pero hay una cosa infinitamente mejor que poseer un mal carácter, y es—no tener carácter ninguno.

El hombre sin carácter no conoce la contrariedad; no tiene que luchar ni con su propia conciencia.

Porque siempre se cobija bajo el árbol que da más sombra.

Porque él vive doblando por el que cae y repicando por el que sube.

"El Rey ha muerto! Viva el Rey".

Porque navega siempre á favor de la corriente y no pretende nunca remontarla.

Para él todo hombre es justo y patriota, con tal que esté gobernando.

Para él solo dejan de tener razón los que mandan cuando caen, y eso, mientras no vuelven al poder.

¡Oh dichosos mortales los que no tienen el trabajo de formar juicio sobre los hombres ni sobre sus hechos, sino que marchan ciegos y, como fascinados, lamiendo la huella de los favoritos de la fortuna!

LAS REPUTACIONES

—

«No hay hombre grande para su ayuda de cámara».

El loco Landaeta, sin plagiar á Cervantes, decía,—cada hombre es lo que los demás quieren que sea.

Y tenía razón el loco!

La reputación no es otra cosa que el concepto que los demás forman de un hombre.

Favorable ó adverso, falso ó verdadero, el juicio público es uu fallo inapelable.

Pero como el error es el patrimonio del hombre, yo creo que la mayor parte de las veces se equivoca en sus juicios.

De ahí vienen tantas reputaciones usurpadas, tanto pedazo de barro vil convertido en celebridad por los caprichos de la fortuna, por el interés de los unos, la debilidad de los otros y la aceptación inconsciente de la gran mayoría.

Voy á probar lo que digo con ejemplos vivos, pero como nadie querrá servirme de modelo, tengo que presentarme yo mismo.

He leído en algunos periódicos, tratándose de mí—*el fecundo, el chistoso, el ilustrado escritor*, y por supuesto que, entre las gentes que no me conocen de cerca, habrá muchos que crean todo eso.

Pero yo, que sé cuál es mi fecundidad, y lo que puede esperarse de ella; que conozco que mis chistes, si algunos he producido, no son hijos míos, sino de las ridiculeces de los otros; que sé que toda mi ilustración se reduce á los epigramas de Quevedo, á las hazañas de Don Quijote, y á unos retazos de historia antigua, no puedo menos que reirme de la ilustración que me atribuyen amigos generosos ó equivocados.

Así es que cuando yo oigo decir que Don Fulano es muy *fecundo*, digo en mis adentros:—Será como yo; tendrá una larga familia.

Cuando oigo decir de un Don Sutano, á quien no conozco, que es muy *ilustrado*, digo para mí: —Habrá leído los refranes de Sancho, sabrá que hubo unos valientes llamados los Gracos y un tal Julio César, y habrá leído los Girondinos.

Con un retazo de Mirabeau y otro de Castelar, se hace pasar, cualquier charlatán, por un Cicerón en una asamblea de ignorantes y, sea dicho con perdón de nuestras asambleas, no es la sabiduría el mejor título para ocupar sus sillones.

Cuando yo formé parte del gabinete nacional, nadie me nombraba, particularmente en las peticiones, sin decirme: el *activo* ministro, el *probo* ministro, el *popular* ministro.

¡Oh celebrada actividad! Es la época de mi vida en que he dormido más! ¿Quién no duerme tranquilamente en el regazo del Presupuesto?

Mi *probidad* no quedó desmentida, pero tam-

poco quedó probada, porque en aquella época se hallaba el tesoro exhausto, y no se puede saber quién come turrón, cuando no hay turrón.

Además, en aquel tiempo estaba de moda la honradez; nadie robaba; de tal modo que, gentes que han mostrado después una excelente vocación para el *arte*, manejaron fondos públicos y no dieron nada que decir.

La gente creía, de buena fe, que era malo disponer del tesoro público, lo que resultó ser, á poco andar, la cosa mejor y más inocente del mundo!

¡Cómo se van perfeccionando las ideas!

El jefe del Gobierno con quien yo serví, salió de la presidencia á poner una escuela para ganar el pan.

Con semejante jefe, ¿qué recurso nos quedada á los subalternos?

Mi popularidad duraba, para cada conciudadano, hasta el día que llegaba á proponerme un contrato inaceptable, ó á pedirme un destino que yo no podía darle.

Por eso, cuando leo en los periódicos los elogios que se tributan á los altos mandatarios, suelto una carcajada para adentro y me digo:—Esas notabilidades deben ser como yo—y algo muy gordo y muy sonante debe estar buscando quien las encumbra tánto.

Esto no quiere decir que no haya magistrados muy dignos y elogios muy merecidos. Esos los pongo aparte, y como son pocos, no me cuesta mucho trabajo separarlos.

Hablando de sus candidatos, dicen los periódicos eleccionarios:—«La reputación de que goza nuestro jefe es debida á su talento, á su patriotismo y á sus ideas liberales y progresistas, nunca desmentidas».

No importa que sea un déspota; hay que engalanarlo con las ideas *liberales* y *progresistas:* sin esos relumbrones no puede atraerse la opinión del pueblo.

Es preciso convidar al toro con una muleta de vivísimos colores: el estoque está detrás.

Perdóneme el lector la inexactitud que hay en este símil—donde dice *toro*, en sustitución de *pueblo*, léase *buey*.

Cómo se ríe todo el mundo de esas reputaciones forjadas en frío, con periódicos insulsos; que se reparten gratis, y que todavía hay que pagar á los suscritores para que los lean!

Y qué quedaría de sus grandes cualidades, si llegara el candidato á triunfar y á ponerse en evidencia?

Un militar oscuro triunfa en una escaramuza, porque el enemigo tuvo más miedo ó menos pertrecho.

El parte oficial, escrito por un teniente que aspira á ser capitán, pinta la *batalla* como el suceso más trascendental del siglo, y hace del jefe un émulo de Alejandro.

Los periódicos oficiales copian el parte y lo aumentan y comentan en beneficio de su causa.

El general vencedor, se adueña de todo lo que el Gobierno ha dicho en provecho propio, y ya se cree dueño de la suerte de la Patria, y mira al Gobierno como á un protegido, que debe pagarle muy cara su protección, en honores, sueldos y regalías cuantiosas.

El vulgo lo mira tan altanero y tan galoneado, que comienza á creer que es un gran hombre y á tenerle miedo.

Cuando pasa por una esquina, preguntan los curiosos:

¿—Quién es ese?—Y responde úno que lo conoce:

—Ese? Ese es un demonio; ese es el General Cienfuegos; el que tomó las fortificaciones de Baruta á fuego y sangre y..... dicen que no amarró prisioneros.....

El auditorio se queda mudo de espanto, y la fama crece y crece.....

Pero un día, el Gobierno se cansa de su ambición y de sus exigencias, y le quita el empleo, y lo deja por los clubs haciendo discursos, conquistando partidarios con champaña, y contando hazañas que provocan la risa de sus oyentes—hasta que uno del mismo jaez, lo insulta y lo humilla, y viene á tierra aquella *gran reputación*, fundada en haber hecho correr en Baruta á unos hombres desarmados!

Y qué diremos de esos discursos de la corona, llamados por acá Mensajes, siempre tan *elocuentes*, tan *luminosos* y tan *patrióticos!*

Ah! Cómo han conquistado reputación de sabios y de talentosos algunos magistrados, valiéndose de plumas prestadas!

Y oiga usted la prensa ministerial y á los amigos del momento.

Qué talentaso! Qué rollo de documento! Qué pedazo de hombre!

Ya se ve! Quien tiene la llave de todas las mercedes, y las dispensa con largueza, no puede menos que ser un pasmo de sabiduría!

..... Pero llega el día en que ese mismo hombre, *tan eminente* suelta las riendas del Gobierno y las llaves del Tesoro, y entonces exclaman los mismos admiradores de la víspera:

—Qué vergüenza! Cómo ha podido este imbécil gobernar un país civilizado!

..... Ahora sí que tenemos presidente!

Y sigue la música, el incensario y los cohetes, hasta que comienzan á doblar las campanas.....

Así son los hombres. Fabrican *gigantes* por interés ó por simpatías y los exponen sobre pedestales de arena á la adoración de las multitudes.

Pero se acerca cualquiera al ídolo; lo examina con la lente de la verdad y no encuentra más que las miserias, fragilidades y pequeñeces que tenemos todos.

Hay sin duda muchas reputaciones merecidas; aquellas que se fundan en el verdadero mérito; aquellas que no imploran aplausos ni los necesitan.

Para ellas toda mi veneración.

LOS ADJETIVOS

—

El diablo mete su rabo en todas partes, hasta en la gramática.

El adjetivo es una invención de Satanás. El sabía muy bien que, introduciendo esa parte de de la oración en el lenguaje de los hombres, el infierno se llenaría de embusteros y de soberbios.

El adjetivo parecía destinado inocentemente para calificar las cosas y distinguir lo bueno, lo grande, lo útil, de lo malo, lo pequeño, lo inútil, etc.

En efecto, el mundo estuvo muy bien servido con aquel elemento gramatical, hasta que aparecieron la adulación y la perfidia, y en tanto que el interés no se había hecho señor absoluto del corazón humano.

De entonces para acá, los adjetivos sólo sirven para confundir todas las cosas y extraviar todos los juicios.

Ya no se puede saber, por los adjetivos aplicados, si las cosas ó las personas son buenas ó malas, útiles ó despreciables, porque las califica-

ciones no tienen nada que hacer con los méritos ó defectos de las personas ó cosas calificadas, sino con el interés de quien las califica.

Yo daría cualquier cosa por suprimir los adjetivos, para ver lo que quedaba de todas las grandezas de esta tierra.

¿Con qué materiales trabajarían los panegiristas de oficio, que, aglomerando adjetivos, sobre una pelota de barro, levantan un coloso sobre cimientos de ceniza?

¿Qué sería de esos fabricantes de necrologías en molde, que van eslabonando adjetivos, como chorizos, para hacer, de cualquier bribón muerto, una pérdida *irreparable*, por lo *humanitario*, lo *noble*, lo *patriota*, lo *hidalgo*, y por sus virtudes *eximias* y su talento *preclaro?*

¿Qué quedaría de esas viudas que nos pintan *acongojadas*, *amantísimas* é *inconsolables*, en tanto que no llegue un candidato á llenar el *inmenso* vacío que dejó el difunto?

Pero vamos á un caso práctico.

No hace mucho tiempo que leí en un papelucho el siguiente suelto de crónica.

—«Anoche fue obsequiado *espléndidamente*, con una *magnífica* serenata, el *celoso* y *honrado* comisario de este *importante* barrio, con motivo de ser los días de su *respetable* señora; tomaron parte en ella, *distinguidos* profesores, y ejecutaron, con *admirable buen* gusto, las más *escogidas* piezas de su *numeroso* repertorio. *Selecta* concurrencia llenaba la morada de la *apreciable* autoridad, quien hizo los honores de la fiesta con *exquisito tacto.*»

Casualmente yo era vecino del lugar y conocía mucho al comisario, por sus desórdenes y tropelías. A pesar de ser tan *celoso* y tan *honrado*, era el primer vagabundo del barrio.

Su señora, no obstante ser tan *respetable*, no

era casada con él, sino con otro, pero, por lo demás, era una buena mujer, bien parecida, oficiosa y caritiva. Y lo más original del caso es que no era su santo, porque aquel día fue San Casto, y ella no tiene nada que hacer con ese nombre; el suyo es Catalina, pero el comisario siempre la ha llamado *Cata*, por cariño, ó por dejar á su condueño la otra mitad del nombre. De aquí vino el error de los músicos y del vecindario, que la llamaban Casta, creyendo que el comisario, por ser medio luango, se tragaba una S.

Los profesores, á pesar de ser tan *distinguidos*, no eran más que dos guitarreros ó bandoleros de alcabala, y un clarinete que arrojaba humo, junto con los pitazos, á causa del mucho aguardiente que toma el *eminente* artista.

Las *escogidas* piezas del *numeroso* repertorio, no eran otras que *El Araguato*, (de Verdi me parece) y *La Cucaracha* (de Petrella, si no estoy equivocado).

La *selecta* concurrencia se componía de una docena de pilluelos de la vecindad, y de algunas zagalejas, de reputación nada dudosa, que vagaban por aquellos contornos, y se dejaron atraer por el sonido y el vapor del clarinete.

Los repetidos tragos hicieron su efecto: se armó una disputa entre el clarinetista y los bandoleros, sobre el motivo de una polka, y el comisario, ya cargado también, les cayó á planazos, con *exquisito tacto*, y terminó la *espléndida* fiesta como el rosario de la Soledad.

Después de este ejemplo palpable de nuestra perniciosa hipérbole, nadie me negará que los adjetivos sólo sirven para pervertir todo criterio.

El avaro más rüin puede comprobar que su corazón es *generoso* y sus sentimientos *filantrópicos*,

mostrando cien cartas de individuos que han pretendido explotarlo por medio de los adjetivos.

No he visto un solo Gobernador á quien no hayan calificado, durante su mando, de *infatigable, celoso, inteligente* y hasta de *pulcro* en el manejo de los caudales públicos; y después que han dejado el llamado *potro de tormento,* en sus discursos, ó mejor dicho, después de caídos, por que regularmente no se apean del potro por el estribo, sino por la cabeza ó por el rabo, he visto llamar á muchos *negligentes, arbitrarios, estúpidos* y hasta *ladrones.* Estos adjetivos hubieran pasado entre dudas, como los primeros, si no se hubieran empeñado ellos mismos en comprobarlos.

Así, pues, yo no hago caso de los adjetivos para saber las cualidades ó defectos de una persona; pero sí los tomo en cuenta para deducir las cualidades ó circunstancias de quien la alaba ó vitupera.

Por ejemplo—cuando leo en un remitido que tal ministro tiene una *estupenda* capacidad, que *es sagaz, expedito* y *levantado;* digo para mí—éste que firma pretende un empleo ó un contrato.

Cuando oigo alabar la *honradez* ó *escrupulosidad* de los empleados de un Resguardo; digo en mi interior—éste que habla es un contrabandista.

Cuando oigo decir que tal periódico es el más *ilustrado* é *independiente,* ya sé que estoy hablando con un colaborador.

Si me dicen que un comerciante es muy *decente* y *caballeroso,* anoto en mi cartera—Fulano fía y no cobra; va en camino del hospital, y este tunante lo está explotando.

Cuando leo en un diario, que un médico ha salvado la vida á un moribundo por ser muy *sabio,* muy *eficaz,* muy *humanitario,* agrego á mis

apuntes—Con estos adjetivos se paga la cuenta de honorarios.

Conmigo pierden su tiempo los que usan ese lenguaje hiperbólico. Yo los conozco.

Desde que alcanzo á ver saltando los adjetivos en un escrito, doblo la hoja.

EL AÑO NUEVO

—

De ayer á hoy no ha pasado un día completo, y sin embargo, parece que hay un siglo de por medio.....

Ayer era 1871.....

Hoy, esa cifra no tiene ninguna significación: son cuatro números grabados sobre una lápida para decir á las edades futuras:

«Aquí yacen los sucesos de 365 días!»

Parece que ningún lazo nos ligaba á ese año. Al espirar nadie lo ha sentido, ni siquiera porque se ha llevado consigo doce meses de nuestra existencia.

Ni una lágrima, ni una rama de ciprés han caído sobre esa lápida..... y todavía están calientes las cenizas que cubre!

El que tal día como hoy recibió los homenajes del mundo entero; el que fue esperanza de todos; el que presidió hechos tan notables como la creación de un grande imperio frente á la ruina de otro, más grande todavía; el que fue

primera palabra de todos los tratados; el que deja, en fin, á la historia, la obligación de inscribirlo en sus páginas inmortales, ha sucumbido, como acontece entre los hombres al que no ha de levantarse más, abandonado de todos!

La humanidad sólo tiene hoy flores para regar sobre la cuna del año que nace.

Reunida á su alrededor, harta de manjares, ébria de licor, danza al són de alegres panderetas:

¡Siempre la misma miseria!

—El menosprecio para el caído: el aplauso para el que se levanta!

Los hombres reciben el año nuevo con la sonrisa en los labios y el contento en el corazón.

Es un nuevo señor que se instala y es preciso rendirle homenaje.

¿Hay razón para esa alegría?

Nó; pero los hombres no se toman cuenta de su locura: ellos baten palmas ante el año nuevo para captarse la buena voluntad del tiempo que principia, para adular á la fortuna; acaso pretenden en su demencia cohechar á Dios, que es el supremo dispensador de todo bien.

Verdad es que nosotros debemos esperar que este año sea mejor que el pasado.

Muy poco trabajo le costará!

¿Qué nos ha legado 1871?

Divisiones sangrientas! rejuvenecidos los antiguos odios! triste luto! espantosa miseria!

Pero volvamos la vista á la familia universal.

Se viste de galas y prepara banquetes, para celebrar la llegada de un huésped á quien no ha visto nunca.

Se llena de regocijo como si el recienvenido trajera el remedio de todos sus males.

El adolescente temerario, que sueña gloria y fama y que se ve detenido por su corta edad, exclama alborozado: «Hoy tengo un año más!»

Infeliz, que cree tener lo que ha perdido.

El ignora que los años no se suman sino se descuentan:

Que tener un año más es tenerlo de menos:

Que alejarse de la cuna es acercarse al sepulcro!

Mirad aquella cándida virgen. Cuántas esperanzas cifra en ése año que tiene por delante!

Ella ve, en forma de arco íris, la portada de su juventud.

¡Pobre niña!

¡Quién pudiera detener tus pasos!

Más allá de esa portada seductora hay un desengaño para cada ilusión.....

El mismo año que celebras gozosa, verá correr tus lágrimas amargas!

Tierna planta, que ansía las dulces brisas de la primavera para coronarse de flores, sin saber que más allá viene el implacable otoño que ha de llevarse hasta su última hoja.....

Cuántos de los que reciben el año con la copa levantada, señalados por el dedo inflexible del Destino, no verán su último sol!

Mejor que los alegres brindis, sentaría en sus labios aquella fórmula antigua:

—*Año nuevo! los que van á morir te saludan!*

¿Quién podrá contar con este año cuya aparición nos llena de esperanzas?

Ciertamente que nadie; pero por más que se reflexione que el tiempo no nos pertenece, y

qne es como una cadena sin empates, engarzada misteriosamente, no podemos prescindir de hacer alto la noche del 31 de diciembre y de holgar un poco para continuar al día siguiente el camino de la vida.

Todas las cuentas se cortan; se da nuevo giro á los negocios; se trazan planes, se hacen propósitos diferentes.

No se puede seguir la marcha sin sacudir el polvo y acomodar la carga!

¡Oh año nuevo! goza de tu efímero imperio!

Tus días están contados!

12 meses más y ya dormirás en el olvido, al lado de 1871!

CARTAS GARAQUEÑAS

—

A JOSÉ ANTONIO ARVELO

—

He sabido en estos días «que estás vivo, aunque casado.» Al fin, si habías de morirte repentinamente, es mejor que hayas escogido la muerte conyugal, que es lenta y dulce, como la de las abejas ahogadas en la miel.

Dios te saque con bien de ese interminable laberinto, que tiene calles de flores y calles de espinas.

Tú no te perderás en él, pues, si el que no sirve para nada, sirve para casado, ¿qué será aquel que, como tú, sirve para todo?

Supongo que el matrimonio no te habrá desligado de los antiguos lazos de aquel amor divino, á que tu propia naturaleza te encadena.

Me figuro ver el gesto con que estará leyendo este párrafo tu cara mitad, creyendo que te hablo de aquel calendario de Manolas y Paquitas, cuyos halagos, interesados y falaces, te hicieron ver, al cabo de mil sinsabores, que no había más refugio en la tormenta de la vida, que los brazos de una esposa.

Me refiero á tu amor al arte y á tu admiración por los artistas; se entiende—los verdaderos artistas, no esas familias bastardas que, de propia autoridad, se han introducido en el gremio nobilísimo del genio.

Te hago esta explicación, porque no ha mucho tiempo que se anunció en el teatro una «Velada Artística» con grande aparato, y, sabes lo que nos dieron? Un hombre que comía candela, una mona bailarina y un ventrílocuo.

Dime tú qué arte habrá en hablar por el vientre, y mucho menos aquí, donde hay tantas gentes que hablan por el estómago?

No es precisamente porque el estómago pronunciá las palabras, sino porque suministra las ideas y hace mover la lengua.

Ponte á ver con cuidado las cosas, y te convencerás de lo que digo.

Cuando oigas á uno de tantos maldicientes furibundos, para quienes no hay nada bueno en el país, obsérvale el estómago, y verás que lo tiene completamente vacío.

Oyes á otro decir que las cosas pueden componerse, que el país va en vía de mejorar—Estómago que comienza á recibir caldos claros.

Otro, para quien todo está color de rosa, para quien el porvenir se asoma cargado de venturas—Estómago repleto.

Aquel otro, que comienza á ver sombras en el horizonte, que va perdiendo la fe, que tuvo

antes tan firme—Estómago que se va vaciando, porque tiene más salida que entrada.

No tengas duda, amigo mío: las funciones que en otros pueblos se atribuyen al cerebro, están aquí á cargo de los órganos digestivos.

Lo que llaman por allá *comer*, se llama aquí *pensar*.

Lo que se deriva por allá de una larga meditación, se deriva aquí de un buen almuerzo.

Y me gusta el cambio, porque es más fácil manejar el estómago que la conciencia.

Aparte de que, en los otros países, toda la gente llega á tener, más ó menos, lo que se llama *criterio*, mientras que aquí es cosa rara el tenerlo, y hasta perjudicial, tanto que, si algún individuo llega á persuadirse de que lo tiene, le oculta como un gran defecto, y procede en todo como el común de las gentes, por temor de que lo apaleen ó lo encarcelen.

Esto me trae á la memoria el cuento de aquel viajero que llegó á un pueblo, donde todos los habitantes tenían papera, y al verlo los muchachos con su cuello natural, comenzaron á tirarle piedras y tomates, y á gritarle—pescuezo de garrafón!—cuello de garza!—en tal extremo, que, si no huye, lo descuartizan, sin más delito que no tener papera!

Dime tú, ahora que sabes esta historia, si te atreverás á tener criterio. Algún tonto!

Pero temo que esta digresión, aunque estomacal, sea indigesta, y vuelvo á mis artistas.

Ya habrás aplaudido con calor á Guerra, el gran artista que honra tu hermoso suelo, y que acaba de abandonar nuestro escenario.

¡Qué notabilidad!

Lástima grande que todo tenga fin!

Don Ceferino Guerra, que ha recorrido entre

aplausos, los teatros de España y Sur-América, abrumado por los años y el incesante trabajo, tendrá que abandonar pronto su gloriosa carrera, cargado de honores y de condecoraciones.

Y á propósito de condecoraciones, ¿cómo anda ese ramo por allá?

Aquí se abarrotó por completo. Los diplomas llegaron á venderse como billetes de lotería. Se firmaban por resmas y se daban á pares.

Y todo el mundo es Popayán!

Condecorados andan por todo el orbe que, en lugar de medallas, debían tener.....

Qué bien cuadra aquí la antigua copla:

En los tiempos de bárbaras naciones
De las cruces colgaban los ladrones,
Y en el siglo llamado de las luces,
De los ladrones cuélganse las cruces!

Si esta feria hubiera continuado, la verdadera condecoración sería no tener ninguna.

Pero lo que acabo de lamentar es también una fortuna. Lo falso no perdura, y el desorden mucho menos, porque él mismo es generador del orden, como dijo alguien.

Tarde ó temprano las sociedades buscan su aplomo, bajo el imperio de la justicia.

Dudarlo, es no creer en la Providencia que rige las naciones, y cerrar los ojos ante la historia del mundo.

Pronto estará concluído el gran teatro que se destina á la ópera.—¡Qué obra tan colosal! Es más grande que Caracas.

Temo mucho que nos sobre teatro y nos falte gente para llenarlo, y dinero para sostenerlo.

Pero en fin, vamos por partes: ya se hizo el

teatro; la gente será después: es más fácil que una buena Compañía.

En último caso, hay un medio para arreglar los cosas.

¿Se ha de subvencionar una compañía para que trabaje? Pues subvenciónese también al público.—Entonces el teatro será un grano de anís.

Concluyo por hoy deseándote mucha suerte, mitad en salud—mitad en dinero.

1878.

ARTICULO DE COMERCIO

—

PESAS, MEDIDAS Y CALIDADES

—

El comercio es un campo de batalla,—en un bando los vendedores, en otro los compradores.

Estos eternos enemigos ofrecen una gran particularidad y es que, si no se aman precisamente, por lo menos no se aborrecen.

No se injurian, ni se repelen, sino se atraen, se galantean, se enamoran.

Son como los luchadores, que se abrazan para derribarse.

En los combates no brilla el acero sino la astucia.

El odio no ejerce ningún papel, porque la batalla no es del hombre, contra el hombre, sino del hombre contra el bolsillo, y los bolsillos no despiertan rencor sino avaricia.

No hay, pues, pasiones de por medio, sino intereses, pero como el interés anda siempre en desacuerdo con la justicia, la lucha tiene que ser eterna.

Sólo hay tres casos en que el comprador y el vendedor se entienden sin discusión.

1º Cuando no cuesta nada lo que se vende.

2º Cuando no se piensa pagar lo que se compra.

3º Cuando es otro el que paga.

Fuera de estos casos, que no son muy raros, tiene que haber lucha para fijar el precio convencional de las cosas.

He dicho *convencional*, porque yo sostengo que no hay valor intrínseco.

Cada cosa vale según la estiman el que la posee y el que la necesita.

No creo tampoco en la estimación de expertos, porque he visto algunos que no han sabido estimarse á sí propios.

He conocido peritos de oficio que, antes de fijar el precio de un objeto, han estipulado el suyo.

Son, pues, los contratantes los únicos avaluadores competentes.

Las exigencias del comprador han ido estrechando al vendedor y aguzando su astucia.

El uno se ha dado artes para reducir los precios, el otro para reducir la cantidad y la calidad de la mercancía.

Estas dos reducciones han venido á encontrarse en un término absolutamente proporcional.

Los precios han bajado, pero obsérvase que:

la libra de hilo ha bajado á 12 onzas;

la libra de velas á 8;

la arroba de pasas á 20 libras;

Y así sucesivamente.

Las telas de hilo bajan en razón de la mezcla de algodón que se les pone.

No ha mucho tiempo que comprando yò un quintal de clavos, disputaba con el vendedor en estos términos.

—Mi amigo: este barril de clavos no está completo.

—Sí, señor, me replicó, tiene noventa y cinco libras.

—Pues eso digo yo, que le faltan cinco.

—No, señor, porque un quintal de clavos pesa noventa y cinco libras, me contestó magistralmente.

Después de esta lección de aritmética, pagué mi dinero completo.

Desde ese día he variado mi modo de comprar.

Antes de preguntar cuanto vale una arroba de carne, por ejemplo, pregunto ¿cuántas libras de carne me da usted por una arroba?

Afortunadamente mi proveedor es hombre de conciencia y nunca me da menos de veinte libras—eso sí, completas.

Ya sé que su quintal tiene cinco arrobas, y puesto que es más grande que los otros, lo prefiero.

Una cosa parecida me sucede con los lecheros. ¡Oh! esas cantimploras ambulantes me dan mucho trabajo, no precisamente por la leche, sino por el agua.

Y no es que yo busque leche pura por las calles, que jamás pretendo imposibles: yo me conformo con que el agua sea pura, no de cloacas, y conque el poco de leche que le mezclen no sea vejetal.

Yo pregunto ¿cuánta leche contiene una bo-

tella de agua? Si tiene siquiera la mitad, es inmejorable.

Tampoco soy exigente con el vino: me conformo conque tenga buen sabor y no me haga daño.—Jamás he averiguado su pureza, y mucho menos desde que en la patria de las viñas he oído decir: «*aquí se hace vino con todo, hasta con uvas!*»

Tampoco sé si me gustaría puro: sospecho que no, y me fundo en un caso que me ha sucedido.

Hélo aquí: Me propuse hacer voto de pobreza, y como no había conventos, me hice agricultor, que era lo mismo para satisfacer mis deseos de andar descalzo y comer legumbres.

Entre otras provisiones que pedí á mi comisionista, me envió un gran pote de café molido, muy barato: procedía de una fábrica muy acreditada que le mezclaba, á lo sumo, dos tercios de maíz tostado.

Era, pues, un café muy regular: sin embargo, no me gustó: pensé rechazarlo, pero como un agricultor no es dueño de darse todos sus gustos, me resigné á tomarlo, contando con la ayuda muy eficaz de la cocinera y su larga parentela, para que se acabara pronto.

Al cabo de algunos días el café me parecía excelente: ya me había aquerenciado con su sabor de gofio.

Pero un día me supo amargo, detestable y no pude tomarlo.

Llamé á la cocinera y le pregunté:

—¿Qué diablos tiene hoy este café, que no puedo pasarlo?

—Nada—me respondió—es café de primera, acabado de tostar, porque el de maíz se acabó.

—Eso debe ser—le dije avergonzado—tengo que aprender de nuevo á tomarlo puro.

Si esto me ha sucedido con el café ¿qué me sucederá con el vino?

Pero veo que he escrito mucho y no he dicho nada, y temo que en las próximas elecciones me hagan Senador.

Yo pretendía demostrar que la calidad y cantidad de los objetos de comercio, tienen que estar en relación con el precio que se quiere pagar, y que, por tanto, lo que á la simple vista parece un fraude, es una convención entre compradores y vendedores—sin que esto quiera decir que las *convenciones* no sean fraudes algunas veces.

Lo bueno es caro, lo barato tiene que ser malo. La gente quiere lo bueno barato, pues no hay más remedio que convertírselo en malo; luego el fraude nace del comprador.

Vaya un cuento.

Yo tengo un pariente en cuya mesa suele haber más gente de la que invita á comer.

Cada vez que llega un huésped inesperado, toca la campanilla: ese campanillazo advierte á la cocinera que debe agregar una taza de agua á la sopa.

Cuando la reunión es numerosa, la sopa se convierte en un mar, donde el pescar un grano de arroz, es tan difícil como pescar una perla.

En el comercio cada peso que se rebaja es un comensal inesperado que llega.

Yo encuentro eso muy natural.

Lo intolerable es lo que sucede en otros países—que se marcan, por ejemplo, 28 varas sobre una pieza de género que sólo mide 25;

porque, mientras más vende el detallador, más pronto se arruina.

Yo respondo de que esto no lo hace ninguna de las respetables casas de nuestro comercio actual: pero hay quien diga que si llegara á suceder algún día, no sería la primera vez.

LA INSTRUCCION PRIMARIA

—

—En este país se nace con talento y disposición para todo—me decía Don Cándido en días pasados, y para probármelo me añadió:

—Vea usted á Pepe mi hijo; se dedicó á la relojería, y antes de tres meses, ya sabía darle cuerda á cualquier reloj por grande que fuera.

—¡Qué genio!—le dije yo.

—Sí señor, pues no es nada eso, sino que cuando su padrino fue gobernador, le dió un empleo en la gobernación, y mire, señor, desde el primer día entró ganando su sueldo admirablemente, como cualquier empleado viejo.

—Hombre! ese es un muchacho de esperanzas!

—Ay señor, si no hubiera caído aquel gobierno, ya Pepito hubiera llegado á gobernador, porque daba gusto verlo como venía tan entusiasmado con sus 40 pesos de sueldo cada quince días.

Yo me hubiera reído de Don Cándido, pero recordé que hay muchos Pepes en este país.

Aquí todos somos aparentes para los destinos públicos y cobramos un sueldo con habilidad. Venimos al mundo con esa vocación.

Les llevamos en eso mucha ventaja á los europeos.

Verdad es que no somos tan exigentes. Allá se necesitan conocimientos para el servicio público y es una carrera de honor.

Aquí es una carrera de baqueta.

Un hombre que sirva veinte años un destino público, queda más magullado que si le dieran veinte palizas. Cuántas genuflexiones! cuántos colores! cuántas protestas y contraprotestas!

Aquí, para desempeñar un destino con provecho, no es preciso entender una palabra de nada: basta con saber dar cuerda á cualquier reloj, con haber deseado el triunfo de la última revolución que se haya consumado en el país, y si ha estado en la cárcel, mucho mejor. Oh! la cárcel es la gran escuela: de allí se sale apto para todo.

Aquí no se forman hombres para nada.

Yo he conocido un ministerio de médicos; parecía una junta de sanidad: seguramente á eso se debieron los grandes males que sufrió la patria.

Antes hubo una Corte en que predominaba la misma ciencia.

En ese tiempo se analizaban las leyes por procedimientos químicos.

De ahí, que muchas veces se tragaban sus decisiones con la misma dificultad que las píldoras.

Cuentan que un individuo, al saber que ha-

bía sido nombrado para un empleo de hacienda, preguntó si era de caña ó de café.

Unicamente se han exigido algunas cualidades á los profesores de instrucción primaria. Ya se ve, es un ramo tan importante!

Y eso mismo no ha sido en todos tiempos, ni siempre se han exigido las mismas dotes.

Hubo un tiempo en que no se podía optar á una escuela, sin poseer tres cualidades.

La primera y principal era no tener qué comer.

Parece que este trabajo es como el canto, que no se ejecuta bien, sino con el estómago vacío.

La segunda era saber muy poco de leer ni escribir.

Los encargados de la instrucción se ceñían estrictamente al proverbio que dice: «*el mucho saber perjudica.*»

Si se tenía alguna instrucción, era tiempo perdido toda diligencia, aunque fuese muy sobresaliente en la primera cualidad.

Hubo individuo que comprobó haber vivido tres meses sin comer, con firmas de hombres muy verídicos y respetables, (que son los que comprueban todas las mentiras) y sin embargo, no logró la plaza porque era algo letrado.

Muy bien hecho! ¿Cómo podía enseñar á leer y escribir un hombre que sabía hacerlo?

¿Qué gracia habría en eso tampoco?

Lo que tiene mérito es—enseñar sin saber; eso es lo que prueba el talento patrio.

La tercera cualidad, y la más fácil por cierto, era tener hijos. Sin ser padre de familia no se podía ser buen preceptor.

Y es muy claro, que sin tener hijos no se puede educar á los ajenos.

Esto era en cuanto á los varones.

Para las hembras eran distintas algunas condiciones.

La no envidiable virtud de la pobreza, era siempre un gran título.

La ignorancia, tan indispensable en estos casos, era también muy importante, aunque no de absoluto rigor. Podía tolerarse un poco de instrucción en una maestra, con tal que no fuera mucha.

Pero la gran cualidad, la que por sí sola llenaba todas las condiciones, era el ser hermosa ó tener hija que lo fuese.

Debía de haber una belleza en la casa para que la juventud adelantara.

Eso es muy justo. Una maestra es un modelo, y un modelo debe ser siempre correcto en todos sus detalles.

Si á la belleza se añadía un carácter franco, la diligencia estaba muy adelantada.

Pero no estaba todo hecho; faltaba un corolario para triunfar de toda competencia.

—¿Cuál era éste?

—Contar con la protección, desinteresada por supuesto, de algún miembro del Concejo Municipal, del Gabinete ó de cualquiera otra corporación.

Si no había en algún alto cuerpo, algún miembro influyente que apoyara la solicitud, no se conseguía una escuela por nada de este mundo.

El favor valía más que todo merecimiento, como sucede siempre.

Por fortuna las cosas han variado. Las escue-

las principales están bien servidas, y hasta en los campos es fácil encontrar profesores que sepan leer y aun escribir con ortografía; y no serían casos raros, algunos verdaderamente instruídos.

Ojalá sigamos así para que no se anulen los esfuerzos, dignos de todo encomio, que hace nuestro Gobierno por salvar este país de los infinitos males que acarrea la ignorancia.

1880.

LA GUERRA CIVIL

—

Mi padre visitaba con frecuencia una propiedad que tenía en los Valles de Aragua, y siempre me llevaba consigo.

En aquel tiempo no había caminos carreteros.

Para ir de Caracas á La Victoria era preciso remontar y bajar las montañas que separan la hoya del Guaire, de las vertientes del Tuy.

Llamaban mucho mi atención, en aquellos deliciosos viajes, las casitas de los labradores, situadas en la falda de las montañas ó en el fondo de los estrechos valles.

¡Cuántas veces, á la salida del sol, me detuve á comtemplar el humo que salía perezosamente por entre la paja húmeda de aquellas pobres chozas escondidas entre bosques de mangos y naranjos!

¡Cuánto envidiaba yo la dicha de sus moradores que no tenían necesidad de aprender latín!

Llegué á ser hombre sin perder mis aficiones de niño.

Un día encontré ocasión, ó más bien pretexto, para visitar una de aquellas casitas, habitada por una familia humilde y bondadosa, compuesta del marido, la mujer y dos niños.

Servía de sala un árbol de mango, cuya copa, en forma de esfera, no dejaba pasar los rayos del sol.

En torno del árbol había construído Andrés un banco de bejucos, bastante rústico, pero muy cómodo é ingenioso.

—Esta es nuestra sala—me dijo—aquí pasa María las horas de calor. No tenemos nada mejor que ofreceros.

El sitio era pintoresco.

El patio estaba tapizado de greda amarilla y limpio como una sala.

En el centro había una cruz, rodeada de tiestos de flores que embalsamaban el ambiente.

Un chorro de agua cristalina, llevada por canales de yagrumo, caía cerca de la casa, debajo de una frondosa parcha.

Bajo los árboles frutales picoteaban las palomas, y escarbaban las gallinas la hojarasca, llamando sus polluelos á comer los insectos que brotaban á la superficie.

Después de un ligero descanso, bajamos hasta el río por un callejón de plátanos que orillaba la vega donde cultivaban legumbres y granos.

El riachuelo corría en bulliciosos saltos por entre peñascos azules, tallados al capricho de la corriente.

Arboles corpulentos entrelazaban sus brazos y formaban una bóveda sombría.

Nos sentamos sobre tres piedras, Andrés, María y yo, en tanto que los chicuelos perseguían á las sardinas que se acercaban á la orilla del remanso.

—Debéis vivir muy felices en este precioso campo—les dije.

—Hasta ahora, gracias á Dios, nada nos falta —dijo Andrés.—La tierra nos produce raíces, frutas y granos para alimentarnos y para criar los animales que nos abastecen de carne, y siempre tenemos algún sobrante que vender para las demás necesidades de la vida.

—Somos pobres—añadió María.—Ni siquiera hemos podido hacer una casita de tejas para nuestros hijos, pero como ni Andrés ni yo la hemos tenido nunca, estamos conformes con la que Dios nos ha dado y somos muy felices.

Me refirieron detalles de su manera de vivir que me encantaron.

En resumen: había en aquel riconcinto del mundo, oculto entre dos cerros, cuanto es necesario á la felicidad del hombre—*Dios, amor, salud y conformidad.*

Me hicieron partícipe de un almuerzo sencillo, que envidiarían los potentados de la tierra; si ellos supiesen que se puede comer sin mantel y sin zozobras, en lugar de pan francés, trufas y postres, yucas asadas, blancas como la nieve, arvejas tiernas, desgranadas á la mano, leche fresca, plátanos maduros untados de miel y crema, y frutas sazonadas, que aún venían goteando la savia del árbol que las produjo.

Me despedí de aquellas buenas gentes, con dolor. Ellos me hicieron demostraciones de simpatía y me exigieron que no dejase de pasar un rato con ellos cada vez que volviera por allí.

Les prometí hacerlo así de todo corazón.

Nada podía ser tan grato para mí como respirar algunas horas el ambiente de felicidad que rodeaba la humilde morada de aquellos laboriosos campesinos.

Yo veía allí realizado el idilio que soñaba mi imaginación de 20 años!

.....

Algunos meses después regresaba yo de Aragua, inquieto por una revolución que había estallado en el interior de la República.

Al llegar á la puerta que daba entrada al camino de la casa de Andrés, encontré á María con los brazos descansados sobre la primera tranca, y acompañada de sus dos hijos.

Al verme brotaron dos gruesas lágrimas de sus ojos y me dijo:

—Os trae la Providencia! Hace ocho días que vinieron por aquí los soldados del Gobierno y se llevaron á Andrés, á pesar de mis súplicas, y á todos los hombres del vecindario: me ofrecieron que volvería dentro de tres días..... y no ha vuelto! Yo vengo todos los días á esperar su llegada ó la de algún pasajero que me traiga noticias. ¿No sabéis nada?

—Lo único que sé es que el orden público se ha alterado y.....

—¿Pero qué tiene que hacer mi marido con el orden público ni con las cosas de la ciudad? ¿No es una crueldad dejar en desamparo á una pobre mujer y á dos criaturitas inocentes?

Y diciendo esto, rompió el llanto y se abrazó con sus dos hijos que lloraban también.

Después de dar á María esperanzas que yo no abrigaba, me despedí, ofreciéndole hacer diligencias por la libertad de su marido.

En efecto, lo primero que hice al llegar á Caracas fue solicitar á Andrés; pero desgraciadamente había marchado para Oriente en un batallón de reclutas.

.....

Seis meses después, cuando la paz estaba casi restablecida, volví á los Valles de Aragua.

Avido estaba de saber noticias de Andrés y de su afligida familia.

Encontré el tranquero con un botalón caído; el caminito enmontado; las sementeras amarillentas y cierto aire de tristeza y abandono en todo el recinto.

Bajé hasta el rancho con el corazón oprimido.

María estaba sentada en el banquito del mango con la mano en la mejilla.

Al sentir los pasos de mi caballo se levantó sorprendida, y, cuando me reconoció, se cubrió la cara con la falda de su delantal negro y bajó la cabeza sollozando.....

No respondió á mi saludo: se contentó con extenderme la mano, sin verme.

Cuando le pregunté por Andrés, se dejó caer sobre el banco y desató el llanto con la fuerza del más intenso dolor.

Sin articular una palabra, sacó un papel del bolsillo de su delantal y me lo entregó.

Era una carta con orilla negra, muy ajada y con señales de haberse humedecido con lágrimas.

Decía así:

«Hermana mía!

No hallo palabras para decirte que en una batalla que tuvimos, no sé con quién, salió herido nuestro pobre Andrés.....

La herida fue tan noble, que, dos días después..... Aún no puedo contener el llanto cuando recuerdo sus últimos momentos.....

Te llamaba á voces.....—María! María de mi alma! Hijos queridos de mi corazón! os dejaron sin padre! Recibid mi bendición por última vez.....

Al momento de espirar, tenía los ojos animados y una sonrisa plácida corría por su semblante, como si estuviera viendo á los seres queridos que invocaba.

Cuando se le cayeron los párpados, cayó también, inerte, la mano que había levantado para bendecirlos.

Ruega por él, y cuenta con mi apoyo si el Dios piadoso me salva la vida, y los crueles hombres permiten que vuelva á consagrarla á mi pobre madre, á tí y á tus hijos.

Te abraza, tu hermano

Juan.»

La lectura de la carta me dejó atónito.

Para terminar aquella escena muda y dolorosa, prometí á María volver dentro de pocos días y me despedí con el alma traspasada de dolor.

Cuando salí de aquel hogar que había conocido tan feliz, y que encontraba sumido en la mayor desolación, no pude menos que exclamar:

Oh injusticia! Hasta cuándo se sacrificarán víctimas inocentes en el altar de las pasiones ajenas!

¡Oh Caín! todavía vives!

¡Oh Abel! todavía tu sangre se derrama sobre la tierra!

LOS AÑOS

—

Hé aquí los implacables enemigos del hombre.

Y cuando digo *hombre*, pongo en primer término á las mujeres.

¡Oh! ¡las mujeres no pueden soportar el almanaque!

Tengo una hermana, mayorcita que yo, que vive furiosa con los años míos.

Ella no puede tolerar que yo diga mi edad.

Sus razones tendrá, y yo las respeto.

Cuando cumplí los cincuenta, dí una fiesta de familia: todos mis parientes y amigos me hicieron algún presente, menos ella.

—¡Buena cosa celebras!—me dijo con amargura—tus bodas de oro con el dolor y los afanes.

Aquellas palabras me llegaron al alma.

Pensé en todos los sufrimientos pasados y en todos los que han de formar el cortejo de los últimos años.

Tenía razón mi querida hermana.

Entonces comencé á meditar.

—Qué son los años?

—La terrible escofina que va destruyendo lentamente, pero sin descanso, nuestra existencia física y moral.

Los años van envejeciendo el cuerpo y precipitándolo en la tumba día por día.

Ellos se llevan una á una todas las alegrías del alma.

La esperanza de este año es el desencanto del que viene.

Lo único que nos dejan es la experiencia.

Si yo amara las metáforas, compararía la vida á un árbol que brota flores de esperanza en la primavera, y cuaja en el otoño el fruto sin valor de la experiencia.

No hay nada más inútil que la experiencia:—cuando se necesita no se tiene, y cuando se tiene, no se necesita.

Ni hay nada más amargo tampoco.

Cuando se llega á conocer el mundo; cuando se adquiere idea exacta de las cosas y se conoce el valor de los hombres, no se puede amar la vida ni estimar la humanidad.

Ya lo dijo un pensador:—«Mientras más trato á los hombres, más quiero á los perros.»

Ahora comprendo por qué pintan al amor niño, inocente y vendado.

El día en que abra los ojos, arrojará el arco y emprenderá carrera pidiendo socorro.

Los viejos no pueden amar: la sabiduría esteriliza el corazón.

En la juventud es cuando se forman los lazos dulcísimos del corazón; lazos que no podrán ser desatados sino por la muerte.

***

Los años son tan malos, que, aunque pasan volando, no se va ninguno sin dejarnos estampada la huella de sus pasos, tanto en el cuerpo como en el alma.

En la niñez, cada uno nos deja un conocimiento triste ó una duda en la mente.

En la juventud nos deja un deseo más, una pasión, una necesidad.

En la edad madura nos deja un desengaño, una desconfianza, un odio, una arruga más.

En la vejez, una dolencia, un desencanto, una tristeza más; en cambio de un diente, una esperanza, una creencia y unos cabellos menos.

Yo quisiera ser como una amiga mía que ve los años con la mayor indiferencia.

Para ella no existen: pasan por sobre ella como si fuera por la acera del frente: siempre tiene la misma edad, y procura representarla.

Pero los años saben vengarse del desprecio con que ella los trata.

Cada uno le hace, al pasar, un descalabro.

Y ella sostiene la lucha del modo más bizarro.

¿El tiempo le vuelve los cabellos canos? pues el cosmético se los ennegrece.

¿El tiempo le arranca los dientes? pues el dentista se los repone más hermosos que los naturales.

¿El tiempo le ha puesto la cara como vejiga de guardar tabaco? pues la modista le proporcionará un velillo mágico que la embellecerá, y no

dejará ver la *pata de gallina* á la mirada más indiscreta y perspicaz.

Los años llegan á verse combatidos por todas partes; pero, ¡no importa! Cuando no tengan más armas para luchar contra mi amiga, llamarán en su auxilio á la muerte con su avanzada de pesadumbres y dolores incurables.....

Hasta allí llegarán los arbitrios, las artes y la estrategia.

Contra la implacable destructora de todo lo que alienta, no hay resistencia posible.

Su mano fría levanta el velo que cubre todas las farsas y patentiza todas las verdades.

LOS QUINCALLEROS TURCOS

—

Con este nombre designamos la funesta invasión de buhoneros que está llegando de Palestina.

Cuando vinieron los napolitanos, pensé que no podía caer sobre el país una plaga más terrible.

Después vinieron las langostas, y me parecieron los napolitanos unos excelentes sujetos.

Ahora han venido los turcos y encuentro que las langostas son unas mariposas inofensivas, comparadas con ellos.

En efecto :—las langostas dejan abonado el campo que devoran; al paso que los turcos son, como el caballo de Atila, que «donde ponía los cascos, no volvía á retoñar la yerba.»

En Europa dicen, que para luchar con un genovés, se necesitan siete judíos, y para cada napolitano siete genoveses; yo añado,—que para cada turco se necesitan setenta napolitanos y setenta genoveses.

En Caracas no se puede dar un paso, sin tropezar con una mujer que lleva un muchacho de la ma-

no, otro á caballo en el cogote, y una caja de baratijas colgando por delante.

A esta caja le sirve de firmamento, otro muchacho que se oculta en el voluminoso vientre.

El espectáculo no puede ser más repugnante, ni más ajeno de nuestra cultura y de nuestra riqueza.

Estamos acostumbrados á que la miseria, si acaso existe, viva entre sombras, y no azotando las calles, plazas y paseos.

Esta gente viene de la cuna del cristianismo, y son creyentes fanáticos; pero tienen otro fanatismo más arraigado que el religioso—el fanatismo de los centavos!

Llevan á la iglesia la caja de quincalla, y serían capaces de vender un par de botones, en el momento más solemne de la misa, si encontraran un comprador.

No pueden negar que descienden de aquellos mercaderes que Jesús arrojó del templo.

Ellas venden en todas partes, á todas horas, de día y de noche. Lo que no se ha podido averiguar es, á qué horas comen, y en qué día del año se lavan las manos.

Se sospecha que puede ser el 30 de febrero.

Los franceses trasportaron á la Exposición de París una calle del Cairo, para presentar una muestra de las costumbres de aquel pueblo.

Aquí hemos querido imitarlos convirtiendo la umbrosa alameda de San Jacinto en un mercado del Cairo.

Y tan á lo vivo está, que se siente hasta el mal olor.

Aquello está poblado de chiquillos, porque todas las turcas son casadas. Cómo nó? si son del único lugar del mundo donde hay más hombres que mujeres!

Dicen que allí es preciso encargar las esposas

desde que nacen, como si fueran terneras para cría.

Y que, á pesar de que el matrimonio no es hijo del amor, sino de la naturaleza, hay fidelidad en las esposas.

Yo lo creo; porque la Palestina es el único país donde se ha apedreado á la mujer adúltera.

No sé si las costumbres de hoy son las mismas de los tiempos bíblicos; pero sí sé que estas criaturas tienen mucho adelantado para ser virtuosas;—porque llevan una corteza que les sirve de armadura para proteger la honestidad.

—¿Adivináis de qué?—De sucio!

Y qué diremos del macho? de ese holgazán, inútil para todo trabajo, que vive sentado sobre las aceras, obstruyendo el paso, con las piernas abiertas, y en medio, la caja maldita de cachivaches?

Ellos han cambiado su traje oriental, por una caricatura del europeo, y así es como publican mejor su origen.

¿Quién no conoce desde lejos, la patria de un hombre, ennegrecido por el polvo, y por el humo del cachimbo; que lleva unos botines descuadernados, que han calzado á otros pies; sin medias; con unos pantalones estrechos, que no cubren los tobillos, y un saco informe de lana, tirado sobre los hombros, que revela haber servido á tres generaciones, por lo mugriento?

—Y eso se llamará *inmigración?*

—Eso se llama, *plaga*—eso se llama, *azote!*

—No!

El inmigrado es el hombre laborioso que viene á tomar parte en las faenas del progreso; que viene á producir y no á esquilmar; que viene á unirse con nuestras familias, para ser mañana uno de nosotros; que nos trae buenos ejemplos y costumbres sanas; que nos inicia en los adelantos de otros pueblos, y

que gana pan y caudales, enseñándonos á ganarlos nosotros.

Ese merece nuestra protección y nuestro cariño.

—¿Pero, á qué progreso concurre esta clase de turcos?

Ellos son incapaces de labrar la tierra ó de aplanar nuestras montañas, para acortar las distancias. Se han resistido á la maldición del paraíso, y prefieren no comer, antes que ganar el pan con el sudor de su frente: ven con indiferencia todo lo que no sea su rastrera especulación: son cifras negativas en el guarismo de la población laboriosa.

—¿Qué producen?

Nada; porque no conocen artes, ni industrias, ni oficios.

—¿Cuál de ellos formará una familia en el país?

Son incapaces de asociarse á una mujer que no se mantenga por sí misma. Todos los encantos de Venus y las delicias del hogar, valen menos para ellos que un plato de macarrones.

—¿Qué ejemplos pueden darnos?

—Nacidos en climas donde la indolencia es característica; donde la ociosidad es el único deleite; habituados á la sobriedad forzosa de los pueblos indigentes, sólo pueden darnos ejemplos de molicie y de abandono.

—¿Qué costumbres pueden traernos?

—Ellos no practican ninguna; porque viven errabundos, como gitanos en medio de los pueblos civilizados.

—¿Qué pueden enseñarnos?

Ellos no saben nada, sino explotar la sencillez, la urgencia ó la caridad. ¿Nos enseñarán á no comer? á no vestir? á no lavarnos? á formar un capital con todo lo que robemos á la salud, al bienestar y á la decencia?

Nosotros no queremos aprender esas cosas.

Nuestras aspiraciones son más elevadas; nuestra índole es más noble, más generosa.

Yo rechazo esa inmigración que sólo viene á corrompernos y á explotarnos.

Ya tenemos explotadores bastantes para poblar la Palestina.

Nuestro Gobierno debería cerrar los puertos á esa clase de inmigrantes.

La ley debería prohibir ese tráfico ambulante y perjudicial.

Que cada cual pague una patente de industria, y se establezca en lugar fijo.

Eso sería una protección para el comercio honrado.

Mucho la merece y la necesita.

SEMBLANZAS DE MI TIEMPO

—

HIPÓLITO

—

Nadie conoce por otro nombre al General Hipólito Acosta, Jefe de la policía de Caracas desde 1870, y oficial subalterno desde mucho antes.

No creo que haya en el país un empleado que cumpla mejor su deber, ni otro hombre que le aventaje en astucia para el dificultoso empleo que ha ejercido.

No es amigo ni enemigo de nadie: cada ciudadano ó ciudadana es para él un número de la gran cifra de la población: algunos de esos números tienen una crucesita arriba y otros la tienen abajo. El solamente entiende sus jeroglíficos.

Hipólito no habla nunca, no hace más que ver y oír; en cambio tiene una memoria privile-

giada y un olfato de perro cazador. Nadie encuentra las huellas de un crimen más pronto que él.

Si hubiera nacido en Francia habría llegado á la categoría de Mr. Macé; aquí no ha podido ser más que Hipólito; y por premio de sus servicios, lo han destituído, porque el Gobierno ha entrado en nuevos rumbos políticos.

Los antiguos servidores son sospechosos: la lealtad al deber no es título valioso: lo que vale es una protesta vil de adhesión personal, aunque sea mentira.

Hipólito ha sido un centinela que ha velado veinte años para que la ciudad duerma tranquila.

Ha sido una máquina, siempre armada, para pillar á los criminales.

Pero, como las trampas dispuestas para coger ratones, cogen también á todo animal que toca el resorte, sucedió que Hipólito no sólo encarcelaba á los pendencieros, á los borrachos pobres y á los ladrones (rateros, se entiende), sino también á los conspiradores llamados por el Gobierno *enemigos del reposo público* ó *del orden social*, por más que á veces hayan sido enemigos del reposo sepulcral ó del desorden público.

En un país donde el escenario de la política cambia con tanta frecuencia; donde se pasa tan pronto de la cárcel al Gobierno, como del Gobierno á la cárcel; apenas hay hombre público que no haya caído alguna vez bajo la mano de Hipólito.

De ahí viene que su nombre causará pavor á muchas gentes.

Pero yo voy á probar que Hipólito es un excelente sujeto, digno de que se le recuerde con gratitud y no con enojo.

Jamás dió señales de ejecutar con placer una

orden de prisión, ni lo hizo con dureza: al contrario; disimulaba la inflexibilidad de su deber con la cultura de sus maneras: dulcificaba su amarga misión con una sonrisa llena de rubor y de benevolencia.

Veamos un caso práctico.

Recibió orden de prender á un sujeto, que llamaremos don Vicente, para la claridad del diálogo, como podríamos llamarlo don Valentín ó don Ramón.

Hipólito lo dejó almorzar tranquilamente en el seno de su familia y dormir la siesta.

A la hora de salir á sus quehaceres ó á sus andenes, se situó en la esquina de *Sociedad* por donde acostumbraba pasar don Vicente.

Al divisarlo se dirigió á su encuentro con la calma propia de quien camina sin ningún interés.

Llegado frente á don Vicente, lo saludó, descubriéndose cortesmente y le dijo en tono afectuoso.

—Me alegro mucho de verlo con salud.....

—Gracias, mi querido Hipólito—contestó don Vicente sonreído.

—Y aprovecho la ocasión—añadió Hipólito—para decirle que el Gobernador me encargó que, si me encontraba con usted, por casualidad, le dijera que le hiciera el favor de pasar por allá.

Don Vicente palideció, y se quedó viendo á Hipólito para descubrir la significación de aquel recado, como quien pretende ver una sardina en el fondo del mar, y luégo, tartamudeando, contestó:

—Dígale al Gobernador que pasaré luégo por su despacho.

—Está muy bien—dijo Hipólito, como si estuviese conforme con la respuesta, y después de una

pausa, que atormentó á don Vicente más que un cañonazo, añadió:

—Pero, me parece que es para un asunto urgente, porque me ordenó también que, si me encontraba con usted, lo acompañara.....

—Entonces.....? preguntó don Vicente, más pálido que la pared del frente—quiere decir que voy preso?

—No señor—tartamudeó Hipólito á su vez,—preso nó..... lo que está usted es citado por el Gobernador.

—Pues vamos!—dijo el preso con un tono endemoniado, y siguieron juntos.

Hipólito, siempre cortés, le dió la acera. Cualquiera habría podido pensar que era para llevarlo entre la espada y la pared, como dice el refrán; pero yo respondo que fue pura galantería.

Don Vicente preguntaba á su acompañante para qué lo llamaría el Gobernador, pero el otro no sabía el objeto ni cosa ninguna.

Cuando llegaron á la esquina de San Francisco, hizo don Vicente ademán de cruzar hacia la Plaza Bolívar, lugar de la Gobernación, pero Hipólito se le atravesó dulcemente, y le dijo:

—No es por aquí por donde debemos ir, sino para abajo.

—Pues, no dijo usted que el Gobernador quería verme? replicó don Vicente, abriendo los ojos como asombrado.

—Sí, señor, pero él no está en la Gobernación sino allá abajo.

—Y dónde es *allá abajo?*—dijo don Vicente, cambiando en cólera su asombro.

Hipólito se puso rojo como un camarón; todo el rubor de su alma le salió á la cara; pero no pronunciaba por nada de esta vida la palabra pa-

vorosa, (*la Rotunda*) sino le decía suavemente—sigamos por aquí *para abajo:*

La pareja siguió su marcha hacia el Sur.

Soriano, que estaba en la puerta de su joyería, abrió un palmo de boca al ver venir á don Vicente, pero al encontrarse con un relámpago de los grandes ojos de Hipólito, se cambió en espanto su admiración y dejó caer la sortija que estaba limpiando.

Al llegar á la puerta de la Rotunda, Hipólito se detuvo, se quitó el sombrero, y con un gesto que indicaba contrariedad dijo á su compañero.

—Si usted gusta, pase adelante.

Don Vicente atravesó el fatídico umbral apretando los labios como para contener una imprecación.

Hipólito hizo una señal al carcelero y luego dijo al preso:

—Si usted quiere mandar algún recado á su familia, estoy á sus órdenes.

Don Vicente le suplicó llevar á su señora su bastón con puño de oro y una cartera repleta de billetes de Banco.

Hipólito, que es digno de tal confianza, le ofreció cumplir el encargo y se retiró asegurándole que *aquello* sería por muy pocos días.

Así cumplía aquel hombre su ingrata *misión:* jamás un ultraje, jamás una violencia.

La puerta de hierro giró sobre sus ejes y un desgraciado más penetró en aquel sitio frío y pavoroso, destinado por la fatalidad á ser mansión del crimen y de la virtud al propio tiempo.

Entre tanto Hipólito iba tranquilamente preparando un lance igual, y esperando el próximo día de llevar al Gobernador por orden de don Vicente.

Estaba tan acostumbrado á los cambios de la fortuna!

Para él todo era lo mismo: obediente como una máquina, no tenía que ver quien era el que tocaba el resorte, ni sobre quién caía el disparo. Hacía su oficio, y dejaba la responsabilidad á los superiores.

Yo no he querido hacer la defensa de un hombre caído, sino pintar un carácter sin olvidar el respeto debido al hombre y á la verdad.

Pero me ocurre preguntar:

¿Puede reemplazarse á un hombre como Hipólito Acosta?

¿La perspicacia natural y los conocimientos adquiridos en veinte años de Jefe de la policía, pueden ser despreciados por un gobierno sensato?

¿Las reacciones políticas tienen algo que hacer con la seguridad pública?

Los ladrones nocturnos están muy alegres con la demolición de las estatuas de Guzmán Blanco. Pronto comenzarán á correr sobre los tejados y á forzar cerraduras.

Por eso gritan duro—¡Abajo el tirano!

El tirano para ellos, era Hipólito!

Cuando muere el gato, los ratones hacen el gasto del velorio con mucho gusto.

Caracas: 1890.

EL AVARO

—

La Fortuna mitológica tenía los ojos vendados.

Era una divinidad ciega que corría sobre una rueda, repartiendo favores al acaso.

La Fortuna de los tiempos modernos tiene los ojos abiertos, y reparte sus tesoros entre los más laboriosos, los más inteligentes, los más audaces y los más miserables.

Estos últimos, más bien que de la Fortuna, son favoritos de una divinidad infernal llamada la Avaricia.

Desde que nace un niño con la conciencia ancha, los ojos de águila y las uñas largas, comienza á sonreirle la Avaricia y le dice al oído este consejo.

—«Quítale á todo el que puedas y no le des á nadie».—

Por eso, el que ha de ser avaro, lo es desde que nace; si es mellizo, deja sin parte al hermanito: si nace solo, acaba con la pobre madre.

Más tarde, en la escuela, come de las golosi-

nas de todas sus compañeros, y oculta las suyas para comérselas á escondidas.

Cuando llega á la edad de trabajar, hace el primer negocio consigo mismo.

"El alma propone al cuerpo el siguiente pacto:

—Cuerpo mío; prométeme que sufrirás todo género de privaciones;

que te alimentarás con poco, y ese poco de un valor ínfimo;

que sufrirás el frío en el invierno, sin necesidad de abrigo;

que soportarás el calor del estío sin pedir refrigerios;

que vestirás con telas burdas sin cuidarte de la moda;

que aceptarás las injurias, si de ello reportares beneficio;

que serás incansable en las fatigas, y sobrio en el dormir."

El cuerpo conviene en todo lo que el alma le exige, y á su vez, le propone:

—Alma mía: prométeme, en cambio, que pondrás á tu sensibilidad un blindaje de acero;

que no tendrás piedad de ninguna miseria;

que no sufrirás por dolores ajenos, ni harás ningún esfuerzo para aliviarlos;

que no derramarás una lágrima sino cuando puedas derivar del llanto alguna utilidad.

Prómeteme que no darás entrada al amor sincero y abnegado, y que sabrás fingirlo cuando te convenga;

que si llegas á rendir culto á la belleza, por imitar á los demás, cobrarás muy caro el incienso que quemes en sus altares, y marcarás en el reloj de la conveniencia la duración de tus obsequios;

que no verás la probidad, la abnegación y la lealtad, como virtudes meritorias, sino como cir-

cunstancias que deben aprovecharse en la ocasión y menospreciarse á su tiempo;

que no te dejarás obligar por la gratitud en ningún caso;

que no darás valor al beneficio recibido, y que sólo tendrás palabras dulces—óyelo bien—*palabras* para halagar la esperanza del que pueda servirte mañana.

Prométeme, en fin, romper la balanza de la justicia, y no aceptar como equitativo sino aquello que favorezca tus intereses, y no detenerte en medios para obtener cuanto apetezcas.

Cuando hayas reunido, para mi regalo, todas las comodidades de que hubieres privado á los demás;

cuando poseas, convertidas en oro, todas las lágrimas que hayas hecho derramar; cuando hayas llegado á la cúspide de la opulencia, levantaremos un castillo colosal, sobre todas las miserias, todos los dolores, y todas las tristezas que haya producido tu severidad, y lo circundaremos de pararrayos para que no lo destruyan ni el fuego del cielo, ni las maldiciones de los hombres.

Entonces, alma mía, ocultaremos nuestra dicha en la más alta de sus torres, muy lejos de la tierra, para que no turben nuestro reposo los suspiros, los ayes, ni los gemidos de la desgracia.

Allí me regalarás con todos los goces de que te prometo privarme:

Desde aquella inmensa altura arrojaremos, de cuando en cuando, puñados de monedas sobre las miserias de la tierra, y escogeremos el sitio y la ocasión para dejarlas caer donde hagan mucho ruido y haya mucha gente que aplauda.

Los hombres no tienen memoria y pronto habrán olvidado lo que llamarán tu crueldad.

Devolveremos á los más necesitados, algunas

migajas de pan, y vendrán, como los pajarillos, á cantar á nuestras rejas.

Al cabo de poco tiempo te habrán perdonado, y alcanzarán, con sus ruegos, que Dios te perdone también."

—El alma promete hacer todo lo que le exige el cuerpo.

El pacto queda sellado: el porvenir es seguro!

Satanás, oculto, asiste como testigo á aquella conferencia espantosa, y suelta una carcajada que llena de alegría los infiernos.

Así es como se han formado esos monstruos nacidos para labrar la propia y la ajena desgracia.

Pero rara vez permite Dios que coronen sus deseos.—Los más de ellos, antes de fabricar el castillo colosal y la torre altísima tienen que cavar su sepultura.

El uno víctima de la dispepsia producida por una alimentación escasa y nociva.

Otro á causa de la debilidad cerebral, consecuencia de la eterna meditación y la soledad.

Otros de muerte trágica, víctimas de la traición y para provecho de herederos lejanos á quienes ni siquiera conocían.

Quisieron economizar hasta el afecto y no formaron familia—el amor les pareció una prodigalidad;—sin ver que, si el hogar es caro por costoso, es aún más *caro*, por dulce y benéfico.

Cuántos tesoros representa el amor de la familia!

LA LOTERIA

—

A mí me importa muy poco la guerra que hacen á la lotería los grandes economistas.

Yo me atengo á lo que dice mi cocinera, que es una autoridad muy respetable en materia de economía.

Desde que se establecieron las loterías, me dice todos los días—que los comestibles se van encareciendo, que la carne ha subido, etc., etc.

Eso es, para mí, más terriblemente cierto, que todo lo que diga Smith, y de ello deduzco que la lotería no es cosa buena.

Smith saca sus conclusiones de cálculos numéricos; yo saco las mías del estómago, que es de donde sale la tremenda verdad de nuestra existencia.

Desde que hay billetes de lotería, todas las familias han tenido que disminuir su alimentación, porque es preciso contribuír involuntariamente á aumentar la de los loteros.

Nosotros nos vamos arruinando, en tanto que ellos viven entre el lujo y los placeres.

Eso es muy natural, y está apoyado por insignes teólogos que han dicho: *Es justo que viva del altar, el que al altar sirve.*

Las loterías sirven: para estimular el fraude; para fomentar la ociosidad; para distraer brazos de las industrias útiles, y para hacer despreciar las economías lentas, presentando á la codicia, la posibilidad de una riqueza fulminante; y es muy justo que vivan de las loterías, aquellos que las instituyen y fomentan.

Pero volvamos á la cocinera, que es la persona principal de las familias, sobre todo—cuando tiene relaciones de crédito en el mercado—como decía el inolvidable Bernabé.

La mía es una excelente mujer, que anda al rededor de medio siglo; que se confiesa en todos los jubileos, oficiosa y honesta, y que, aunque tiene tres hijos, hermanos de madre, nunca se ha casado, porque dice, con cierta malicia, que allá en sus lejanas mocedades, vió *tantas cosas!..... tantas!* que no quiso nunca compromisos de por vida.

Esta mujer en sus relaciones amorosas, inventó la fórmula de las *pólizas tontinas*, que después han explotado, con tanto éxito, las compañías de seguros de vida.

No es una gran aritmética, pero entrega siempre sus cuentas muy completas.

—*Carne*,—dice,—*ocho reales.*

Y es correcto: seis que vale la carne, y dos décimos de billete, que le ha dado el mismo carnicero, son los ocho reales completos.

El carnicero, que es un tunante, ha tenido cuidado de tranquilizar la conciencia de la po-

bre mujer, á buena cuenta de que fuera escrupulosa.

El le ha dicho, muy en reserva:

—Te voy á rebajar todos los días dos reales en la carne, á condición de que los tomes en billetes: te los rebajo á tí, no es á ese bribón, á quien estás engordando con tu exquisito sazón: me da dolor ver á una mujer como tú, llevando candela de Enero á Enero, como una condenada, y quiero hacerte feliz con un premio gordo.

La cocinera dudó al principio, pero después, el orgullo en fermentación y los halagos de una fortuna próxima, la convencieron por completo.

La arenga hizo su efecto, y ha servido para muchas cosas:

Primero—Para que la buena mujer me robe todos los días dos reales, sin el menor escrúpulo de conciencia, puesto que es un regalo que quiere hacerle el pesador de carne.

Segundo—Para que ella descubra que su marchante se interesa mucho por su suerte, y que yo soy un bribón, cosa muy distinta de lo que ella creía antes de haber billetes.

Tercero—Para que cada vez que mata una gallina, aparte la presa más gorda y el caldo más jugoso, para hacer una fineza al marchante, que tiene tan alto concepto de su *exquisito sazón*, desde antes de probar su comida.

Cuarto—Para que comprenda que una mujer como ella, no debe llevar tanta candela en esta vida, habiendo premios gordos que pueden hacerla feliz.

Por supuesto que, desde el día en que tiene esta riqueza en perspectiva, ha cambiado completamente de carácter: es una tigra lo que tengo en la cocina: no se le puede hacer la más

leve indicación, sin que salga resongando entre dientes—*el día que me saque el premio, le voy á tirar los tizones encima.*

¡Oh poder del dinero! que hasta vislumbrado en sueños engañosos, tornas en soberbio, al que ha sido humilde, y haces duro y cruel, al que fue siempre benéfico y generoso!

Otro tanto me pasa con el sirviente, con la lavandera, y con todo el que puede darme un recorte.

Y no son los subalternos solamente, los que han perdido la cabeza; conozco señores, con tamañas barbas, que contraen deudas, contando con la lotería, y que malbaratan los medios positivos que tienen para pagarlas, en probar la suerte.

Hasta en el amor, juega la lotería un papel importante.

Una señorita decía á otra:

—Me aseguran que te casas, María.

—Sí, querida, muy pronto.

—De veras? ¿ya Luis fijó plazo?

—Sí.

—¿Para cuando?

—Para cuando se gane la lotería!

—Pues, hija, te felicito. Tu mamá debe estar muy contenta?

—No tanto! ¡las madres son tan deconfiadas!

—Adiós María. (Ah! si Ernesto comprara billetes)—murmuró entre sí.

Lo que es la flaqueza humana! al mismo tiempo que se burlaba de la necia credulidad de su amiga, cruzaba por su mente un rayo de la misma esperanza!

El mayor peligro que ofrece la lotería, es ganar la primera vez: desde ese día, el favore-

cido comienza á ver lo que es remotamente *posible*, como muy *probable;* y si gana una segunda vez, entonces cree que lo *probable* es *infalible*, y malgasta cuanto tiene, por alcanzar aquella visión que va corriendo eternamente delante de sus pasos.

No comprenden que para que haya un afortunado, es preciso que un millón de infelices, contribuyan, no sólo á la fortuna de aquél, sino á la de los Empresarios.

Y esto, presuponiendo la buena fe de los que intervienen en el sorteo, que yo no pongo en duda. Dios me libre!

Y qué diremos de lo material del asunto; de esa multitud de chiquillos y de adultos, que atormentan por las calles ó interrumpen la más seria conversación, para meter por los ojos sus billetes, sin ningún miramiento?

¿Y de esas mujeres que pasan la noche encendiendo velas á Santa Rita, y el día buscando la lista y releyéndola, sin llegar á convencerse de que no han ganado?

—Y tan cerca que estaba mi número!

Por *uno* no he ganado..... ¡mi número es 520 y ha salido el 1.520!.....

Estos impresores se equivocan mucho: voy á buscar otra lista.....

Y cuando encuentra la otra lista, la arroja con indignación, exclamando:

—También está equivocada! malditos impresores! mire usted que hacer todas las listas iguales!

No hay poder humano que la convenza de de que no ha habido un error en su perjuicio. Su dilema es este—ó han puesto el *uno* de más en la lista—ó han puesto el *uno* de menos en el billete.....

En esto pasa un chico billetero y le grita en la oreja—*¡¡ Billeeetes !!* y olvida su querella, y sale tras el muchacho, semejante al toro, que abandona al picador que ha derribado, para atender á la carpeta del chulo.

Dejo este artículo á la mitad por no cansar al lector, como estoy cansado yo.

Si es jugador á la lotería, le pido perdón, por haber pretendido arrebatarle una esperanza, cuando quizá no tenga otra en este pícaro mundo.

Valencia: marzo de 1890.

LA CRISIS

—

Quiero tratar hoy sobre la crisis, ó más claro—sobre la miseria pública.

Es tan serio el asunto, que no puede tratarse sino con seriedad.

La cuestión es esta.

—¿Por qué estamos pobres?

Cualquier gracejo responderá.

—Porque no tenemos dinero.

—Y por qué no lo tenemos?

La causa salta á la vista.

—Porque gastamos más de lo que ganamos, ó porque ganamos menos de lo que necesitamos.

No hay más que falta de equilibrio en el presupuesto.

Ajústese la salida á la entrada y el mal quedará remediado.

Nuestra caja es como un estanque que tiene la llave abierta.

La entrada es inferior á la salida.

El agotamiento es infalible si no torcemos un poco la llave.

Pero nosotros encontramos más cómodo esperar siempre un aguacero para llenarlo.

Sobre todo, en verano, es cuando más contamos con las nubes.

Y sucede muchas veces que llueve, y que, con recursos inesperados, mantienen algunas familias, por medios ficticios, una posición, si nó holgada, al menos durable.

Pero también sucede que no llueve.....

¿Y entonces.....?

Ahora, por ejemplo, se ha declarado una sequía espantosa!

No hay una nube que prometa refrescar el tiempo, sin embargo de que el horizonte no está claro.

Los estanques están casi todos vacíos.

En algunos pocos se ve un sedimento verde, donde todavía pueden refrescarse los labios.

En otros hay un aguaje sucio, lleno de zapos y sanguijuelas.

—¿Sabéis lo que puede sacarse de ese fango?

—Medios violentos, arbitrios indecorosos, recursos de la desesperación que cierran todas las puertas para el mañana.

Apenas hay unos pocos estanques llenos..... y cuán grandes son!

Tienen las llaves cerradas: no destilan una gota!

—¿Qué líquido es ese, tibio y amargo, que los llena?

—Ah! es llanto de muchas angustias y sudor de muchos afanes.....

Estos estanques son.....

No los envidiéis.

Vale más morir de sed, que saciarla con lágrimas.

Volvamos á la cuestión.

Estamos pobres; es una cruel verdad por más que el país esté mil veces más rico que antes.

Hoy tenemos, como pretexto, la baja del café para explicarnos el abatimiento de todas las industrias.

Ciertamente es una causa agravante, pero la verdadera causa es otra:

—El alza de nuestra soberbia!

Este mal proviene de cierta época remota que yo no quiero fijar.

El patriotismo, los errores, las ambiciones legítimas, los deberes sagrados y los odios feroces, en espantosa confusión, produjeron choques violentos, y, como consecuencia, cambios de fortuna, riquezas destruidas y riquezas improvisadas.

Los que no sabían cuánto trabajo cuesta levantar una pirámide grano á grano, no tuvieron dolor de tirar á la calle la riqueza fraudulenta que la casualidad había puesto en sus manos.

Entonces comenzó el lujo entre nosotros, y esta sociedad cambió de repente sus costumbres sencillas.

Los hombres laboriosos sintieron humillada su modestia, y para ponerse al nivel de los favoritos del acaso, comenzaron á imitarlos en los cuantiosos gastos.

¡Cosa singular!

Los ladrones no tuvieron pudor de ostentar sus riquezas; y los ricos tuvieron vergüenza de no parecer ladrones.

El mundo moderno no tiene en cuenta el origen de las riquezas.

El corre nivel sobre las cifras que representan las fortunas para fijar las categorías sociales.

Así han venido confundiéndose en estrecho abrazo, y acatándose recíprocamente, los advenedizos y los hombres de bien.

Entretanto, los que no han sido llamados á la distribución del cuantioso botín y los que no han tenido buen éxito en sus labores, luchan por parecer ricos, y hacen gastos superiores á sus fuerzas: empeñan lo porvenir; enajenan su tranquilidad y comprometen su decoro.

Hé ahí, pues, la explicación de nuestro malestar.

Todos queremos vivir en la misma esfera, y por cierto en la más elevada.

Los ricos que van cayendo en la miseria, agobiados por el peso de sus derroches, y los pobres que se van hundiendo día por día, batallando entre la soberbia y la impotencia, se lamentan y vociferan poseídos de una desesperación infernal.

¿Qué piden esos gritos salvajes que parecen rugidos de animales feroces?

—Guerra!—Confusión!—Anarquía!

—Insensatos!

¡Queréis remediar el mal renovando las causas que lo han producido!

Nuestras desgracias comenzaron con la guerra que anuló el derecho de propiedad. Se acabó el estímulo del trabajo; faltó la fe en sus resultados y se agotó la riqueza.

Acordáos de aquellos días tenebrosos!

La escena pasaba en nuestras llanuras, pobladas de rebaños.

Una tropa de ginetes, armados en nombre de la *libertad* y del *derecho*, invadía la propiedad de un ciudadano laborioso, y, á despecho de toda súplica, lo despojaba de la mitad de sus bienes.

Detrás de estos venían los defensores de *la propiedad* y de *las leyes*, y se llevaban la otra mitad.

Otro tanto sucedía á la riqueza agrícola y á la riqueza mercantil.

El Derecho de un lado y *la ley* del otro, como dos puñales, dieron muerte á la propiedad.

¿Y habrá quien quiera renovar esos tiempos aciagos?

¿No habrán pasado para siempre esos días de sangre, de lágrimas y de miserias?

Yo quiero creer que sí, aunque sea mentira!

Prefiero vivir engañado.

Limítese cada cual á la esfera de sus facultades.

No haya para derrochar rivalidad, sino emulación para producir.

Piénsese en que las privaciones de hoy aseguran el bienestar de mañana; y en que un bienestar anticipado y ficticio, nos condena infaliblemente á la miseria.

LOS RETRATOS

—

La pintura tiene dos faces: una artística y otra industrial; por la primera se conquista gloria; por la otra se gana fortuna.

Cuando el pintor no logra hermanar estas dos faces, no llega nunca á grandes alturas.

En el estrado social no hay puésto para el talento que no produce dinero.

Para ser reconocido como hombre de ingenio, es preciso llevar camisa limpia, ropa nueva y dinero suficiente para no necesitar de nadie.

Un hombre de talento en la miseria es una especie de apestado, de quien huye la amistad, cortesana siempre de la fortuna.

Nadie se atreve á aplaudirlo por temor de que le imponga una contribución.

Los rasgos luminosos del ingenio pobre, se llaman *chifladuras.*

El alejamiento que le impone la pobreza, se traduce por *locura.*

A cuántos *locos* he conocido que no tenían

más enfermedad en el cerebro, que un talento superior, reconocido por los mismos que lo escarnecían!

Mezquinos hombres! tributan homenajes al crimen afortunado, y no tienen piedad, siquiera, del mérito en desgracia; al contrario, lo pisotean para hundirlo en el polvo de la ignominia!

Quieren que desaparezca aquel proceso viviente contra la injusticia humana!

Pero ¿en qué berengenal me voy metiendo? si yo lo que pretendo es hablar de los retratos! Perdonadme, lector benévolo.

Volvamos á la ruta perdida.

Conocí en La Habana á un joven pintor de gran talento, que habría llegado á ser una notabilidad, si hubiera comprendido la parte económica del arte, pero era demasiado honrado, para adquirir fortuna.

Sin elementos para la alta composición, se había dedicado al ramo de retratos, en que era una maravilla, por la exactitud con que copiaba todos los pormenores y la expresión de la fisonomía.

Esa fue su desgracia.

Un retrato exacto no será nunca agradable al original.

La gente que se hace retratar, no quiere quedar muy parecida, sino *bien parecida.*

Nuestro pintor era incapaz de profanar el arte, alterando la verdad.

De ahí que todas sus obras eran rechazadas; que su reputación bajaba un grado por cada retrato que hacía, y que todo cliente que llegaba al taller, era un enemigo más para el día siguiente.

Viéndolo tan contrariado, le dije algunas veces.

—«¿Cómo queréis que vuestros retratos agra-

den, si persistís en copiar los originales con una exactitud intolerable?»

Dejad de hacerlos parecidos y ya ganaréis fama y dinero.

Rebajad mucho los años, sobre todo á las mujeres: no copiéis nunca las arrugas: suprimid las patas de gallina: si encontráis una verruga, sustituídla con un lunar: no entréis nunca en detalles desfavorables: tomad sólo las líneas caracteristicas de la fisonomía y los contornos que la hermoseen: dulcificad todas las asperezas: si encontráis una facción perfecta, explotadla cuanto podáis y duplicad el tamaño de los ojos, sin alterar la forma del óvalo: haced las pestañas largas y crespas, y las pupilas brillantes; inventad una sonrisa plácida, que os costará poco y podéis venderla cara: si se presentan orejas muy grandes, recortadlas, que no verterán sangre; si vienen narices tuertas, enderezadlas: poned todas las canas negras, que así las usamos ahora; dad un bonito color á la tez y suavizadla: haced todo eso, y yo os garantizo que nadie rechazará vuestras obras, que ganaréis mucho dinero y la reputación de ser el más fiel copista del mundo.»

El pobre muchacho se reía de mi discurso, y tomaba por broma lo que yo le decía con la mayor seriedad y buena fe.

¿Qué le sucedió?

—Lo que sucede en este mundo falaz, á los que aman la verdad á todo trance—que pereció por ella.

La clientela se acabó, el taller quedó desierto; el astro que se levantaba quedó sepultado entre los vapores de la vanidad ajena, y la combatida llama del ingenio se apagó entre las lágrimas y las miserias propias; y un día, desesperado, arrojó al fuego los pinceles y renegó del arte.

Este fracaso se explica.

Todo el mundo tiene de sí propio, en cualquier ramo, y muy particularmente en materia de belleza y donaire, una idea muy superior á la que forman los demás.

Aparte la humana soberbia, la costumbre de verse todos los días en el espejo, desde la más remota infancia, familiariza al individuo de tal modo con sus defectos, que no los conoce.

Lo que es para los demás una deformidad, una negación de estar hecho á *imagen y semejanza del Creador;* es, para él, la cosa más corriente.

Entre la persona y su espejo hay como un pacto que pudiéramos llamar *inofensivo,* lo cual salva á los espejos, con frecuencia, de ser destrozados.

Ese pacto no existe con la lente inflexible del fotógrafo que reproduce la imagen, estampada en tintas oscuras y en brillantes luces, que son como un reto al vanidoso original.

Por fortuna para el retratado, es él mismo quien paga, y tiene el derecho de imponer condiciones.

Si el fotógrafo no altera el negativo, hasta negar todas las verdades injuriosas que publica, pierde su trabajo, porque no le reciben el retrato.

Como la fotografía no es más que industria, bien puede faltar á la verdad, sin menoscabo de los fueros del arte.

Conozco, por las mías propias, todas las flaquezas humanas, y, para evitar desagrados, ajusto previamente con el retratista una propina de cuatro bolívares por cada año que me rebaje.

El último retrato me costó, después de larga disputa, veinte pesos de propina!

El operario no quedó contento; y hay gentes

tan malas y tan envidiosas que dicen que lo robé! Pero todos irán ahora buscando su taller!

Si hubiera un Mefistófeles que hiciera efectiva la rebaja de los años, cuántos hombres y cuántas mujeres le pagarían, no con el alma, como Fausto, sino con el caudal, que estiman más que á su alma los que refunden toda la vida en el orgullo de su persona y en los placeres de la materia!

EL ROBO

—

Predicaba cierto sacerdote condenando el robo, como el pecado más abominable.

Un individuo que escuchaba muy atento, dijo á otro que le quedaba al lado.

—No hagáis caso de este padre, que está de acuerdo con los ricos; el robo no será muy santo, pero tampoco es malo; y si lo fuera, sería para los robados: á mí nunca me ha hecho daño.

Efectivamente: conozco gentes que no han hecho nunca otro negocio y no tienen por qué arrepentirse; están muy gordas y muy distinguidas y honradas por la sociedad.

Dicen que en los pasados tiempos fue un crimen tomar lo ajeno; pero esos tiempos deben de ser tan remotos, que yo los creo anteriores á la creación de Adán.

No hay cosa que enaltezca más á los pueblos y á los hombres que los grandes robos.

Cuando el robo es pequeño, cuando se come-

te por hambre, entonces sí merece todo el rigor de las leyes; pero es por bajo, por humillante.

Recorro la historia, y encuentro que el robo ha dado siempre celebridad.

¿A quién le ha ocurrido decir que Páris debió ser azotado por el robo de Helena?

El robo de las Sabinas ha sido siempre un gran acontecimiento, pero nunca un crimen abominable.

Verdad es que estos robos de mujeres deben ser juzgados por una jurisprudencia especial; porque, en el mayor número de casos, es el objeto robado quien persigue al ladrón, y no parece racional que la justicia lo persiga también.

Nadie puede ser castigado dos veces por un mismo delito; y por un delito tan inocente! Amar y dejarse amar!

Pero, volviendo á mi cuento, ¿qué han sido los conquistadores desdé que el mundo es mundo, sino unos insignes ladrones?

¿Con qué engrandecieron á Roma los capitanes victoriosos, sino con los tesoros de los pueblos vencidos?

Y los españoles ¿para qué emprendieron el descubrimiento de la América?

Dicen sus historiadores, que fue para traer al Nuevo Mundo su Dios, su lengua y su civilización.

Mentira! Para hacer tantos bienes no se emprende un viaje tan largo, por rumbos desconocidos. Esos grandes sacrificios sólo se hacen para ejecutar un mal, bajo las instigaciones del odio, de la venganza ó de la codicia.

Vinieron en solicitud del fabuloso *Dorado* y de nuestras Sabinas.

El pobre Colón era el único que venía de buena fe, buscando nuevos mundos y nuevas glo-

rias para la opulenta España; y ¿qué le sucedió? —Que los ladrones lo hicieron morir de miseria y de tristeza!

¡Destino incomprensible el del hombre justo!

¡Ah! yo creo con firmeza en otra vida; porque no es posible que triunfen definitivamente en este mundo el crimen y la mentira, sobre la virtud y la buena fe!

Los franceses fueron más tarde á España para robarle el producto de sus gloriosas conquistas.

Sin el *2 de Mayo*, sin *Bailén*, ¿qué habría sido de España?

Y después fueron los alemanes á Francia, y humillaron el pabellón invicto que había flameado sobre media Europa.

¿Quedarían satisfechos los vencedores con aquella gloria incomparable?

Nó! faltaba mancillarla con la exacción de 5.000.000.000 de francos: ¡cinco mil millones! no alcanzan los números para escribir la cantidad, y, sin embargo, alcanzó el dinero para pagarla!

Con aquella suma fabulosa, extraída del suelo francés, quedó borrada la ignominia de la derrota.

¡Dichoso pueblo, aquel que tiene oro bastante para lavar su afrenta y rescatar su gloria!

¿Por qué discuten los ingleses sus límites con nuestra Guayana?

¿Será por un pedazo de tierra insalubre y despoblado? ¿Será por llevar *su fe*, *su lengua* y *sus costumbres* á las tribus salvajes que lo recorren?

—Nada de eso!

Suprimid el oro de aquella región privilegiada, y no vendrá la diplomacia *de precisión*, á disputar nuestros derechos.

El oro ha sido el gran aliciente de los pueblos conquistadores: la codicia ha producido más héroes que el patriotismo y el honor.

El individuo sigue las mismas ideas de la colectividad; por eso, el mayor afán de los hombres, es repletar sus arcas, con el sudor de las frentes ajenas.

Honor, ley, conciencia, todo se atropella.

La propiedad es un robo,—dicen hoy los anarquistas, pensando distribuirse los bienes ajenos. Si llegaren á invertir el orden social, y á consumar sus planes, invertirán también los términos del principio para declarar que—*El robo es una propiedad.*

Y sentarán una verdad. La posesión tranquila es un derecho. ¿Quién les disputará *sus propiedades?*

Los expoliados, impotentes y acobardados, se contentarán con maldecirlos desde lejos, pero de cerca, les rendirán homenaje.

Estamos en el siglo del oro; nadie quiere vivir sino en la opulencia; de ahí los atentados contra la propiedad pública y la particular.

Cada nación tiene su *Panamá;* pero no siempre castigado.

Hay mucha gente para quien lo más inocente del mundo es apropiarse los caudales públicos.

Vaya un caso práctico.

No hace muchos años que fue nombrado un amigo mío para regentar una Aduana.

Era un joven de familia distinguida y que gozaba el buen concepto heredado de su padre.

Al publicarse el nombramiento, recibió, entre muchas felicitaciones, las que voy á copiar textualmente.

Amigo mio: Pintan calva la ocasión; no pierdas tiempo en buscarle pelo.

Fulano.

Para los tontos no hay gloria. Avíspate!

Sutano.

Acuérdate de mí cuando estés entre la miel.

Laura.

La patria premia los méritos de tu familia, poniéndote en camino de labrar tu porvenir. No desdeñes sus favores.

Tu tío.

Espero que, al separarte de tu nuevo destino, puedas decir como aquel otro:—«No me llevo un grano de arena del Orinoco.»—Harás muy bien; déjale toda su arena, pero tráete todo el oro que puedas.

Tu padrino.

Enriquécete, si puedes, pero no avergüences á tu familia haciendo ostentación de una fortuna mal adquirida. Nadie te despreciará pero muchos te odiarán por envidia. Evita el escándalo.

Tu cuñado.

Quien roba al Gobierno no peca ni venialmente; no hace más que tomar del patrimonio común, la parte que le pertenece.

Tu antiguo profesor de moral.

No tiene mucho de extraño el modo de pensar de los anteriores sujetos; pero lo que espanta es, que su querida mamá, la que le enseñó el Ripalda, la que debió inculcarle una recta moral, como base de la educación y fuente de

la felicidad en la vida, le escribiese tambien en estos términos.

«Ha llegado tu cuarto de hora, mi querido Angel. No imites á tu papá, si no quieres también dejar á tu familia en la miseria..... ¡Dios lo haya perdonado!!

Tu mamá.»

El niñito se llamaba Angel, y como un ángel se condujo:—como el ángel Luzbel.

Traicionó la confianza del Gobierno; defraudó las esperanzas de los que le creían hombre de bien; atropelló á todo el que no quiso entrar en complicidades vergonzosas; mancilló el nombre de su familia; insultó la moral con escándalos ruidosos; y se fue de allí maldecido y execrado.

¡ Desgraciado joven!

¿Sabéis á dónde lo llevó tan deplorable conducta en poco tiempo?

Me da pena decirlo, ¡oh compasivo lector.....

Temo enterneceros.....

—Pues fue,..... á un destino más elevado y de mayor confianza!!.....

Y al saber su nombramiento exclamaron los periódicos asalariados de aquella época nefasta.

—*Acertada elección!*

—*Felicitamos al país!*

—*Es un joven de gran porvenir!*

—Quién no estalla de indignación y de vergüenza!

LAS NECROLOGÍAS

—

La muerte no es, como se ha dicho, la última calamidad de la vida, sino la penúltima.

Hay otra, después de la muerte.

Esa última calamidad es una mala necrología!

La muerte impone respeto á todo el mundo, menos á esos furibundos necrólogos, especie de cuervos literarios, que andan olfateando cadáveres para satisfacer su hambre de publicidad.

Los que escriben necrologías, por lo regular, no piensan tanto en elogiar los méritos del muerto, como en hacer ostentación de los suyos.

Lo que parece una lágrima sobre una tumba, suele no ser más que un grito de la vanidad.

Otras veces el homenaje rendido á un muerto, no es más que la adulación á un vivo.

Sin embargo, los necrólogos son de grande utilidad.

—¿Qué sería de la fama de tantos bribones muertos, si los panegiristas de oficio, no hubieran

desfigurado su historia, para rehabilitarlos ante la posteridad?

Cualquier renegado puede morir en opinión de santo, con tal que deje en su testamento con qué pagar media docena de necrologías.

Esa manda testamentaria le valdrá más ante el juicio de los hombres, que las 30 misas de San Gregorio, ante el Juez infalible.

¿Sabéis por qué?—porque á los hombres se engaña, pero á Dios nó!

Las necrologías son la puerta más accesible del Parnaso.

Casi todos los poetas ramplones han hecho su entrada por esa puerta sombría.

Yo soy uno de tantos.

Siendo muy joven, sacrificaron, en las cercanías de Puerto Cabello, á un pobre oficial en una emboscada.

Aunque yo no lo conocí vivo, su cadáver me conmovió, y escribí cuatro disparates.

Cuando yo me ví en letras de molde, me sentí henchido de vanidad.

No me cansaba de deletrear mi nombre al pie de aquellas líneas, llenas de puntos suspensivos.

Había dos renglones así:

—¡*Oh alevosía* ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! !

—¡*Oh crueldad* ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! !

Estas dos hileras de admiraciones me parecían una calle de sauces, y como á mí me gusta tanto el campo, me paseaba por ella y exclamaba:

—¡Quién creyera que yo tenía tanto talento! Qué lástima que no hubieran asesinado á este oficial cinco años antes, para haber hecho este descubrimiento más temprano.

Y volvía á leer el periódico y seguía mi soliloquio.

—*La patria ha perdido una de sus más legíti-*

mas esperanzas.—Qué párrafo! ¿qué dirá mi dulce novia cuando sepa todo lo que yo tenía guardado?

Estuve tres días creyendo que nadie pensaba sino en mi talento, y que todo el que me veía pasar decía—«ese es el autor de la necrología».

Después supe que nadie la leyó; pero el impresor no perdió su tiempo, porque yo la leí diez veces por cada habitante de la ciudad.

Esto le sucede á todo el que lanza al vacío su primera necrología.

Cada vez que encuentra una persona acatarrada, con los ojos colorados y sonándose las narices, dice en su interior.—«Ese acaba de leer mi necrología,»—y cuando ve que nadie le habla de su escrito, se lo explica así—«No quieren enternecerse».

Las necrologías son la manía de nuestros tiempos.

He visto una escrita por cuatro individuos.

No era preciso ver las cuatro firmas, para adivinar que allí se habían empleado fuerzas colectivas. Un hombre sólo no habría coordinado tantos desatinos, por mucho talento que tuviera.

Ví otra autorizada con los nombres de dos bárbaros. Sin embargo, era una obra maestra de literatura.

Se conocía que en aquella sociedad había un socio comanditario que daba el capital y dos que daban la cara.

Yo creo que hay gentes que están deseando la muerte de cualquier prójimo, por el piadoso placer de decirle que era *buen esposo, buen hijo* y *buen ciudadano.*

No importa que haya sido soltero, y huérfano, y que su muerte haya rescatado á un pueblo

de sus desafueros: tiene que entrar en el molde, quepa ó nó.

Yo no critico las necrologías, sino los desatinos y las impropiedades que se escriben bajo ese título.

Muy justo es que se rinda tributo de alabanza á la virtud.

Es una deuda que la sociedad debe pagar al mérito muerto, para que sirva de estímulo á los que viven; pero se necesita discreción, verdad y buen gusto.

Escribir vulgaridades, es mancillar, más bien que enaltecer una memoria venerable.

Confundir en una pauta común al que mereció reproches y al que mereció alabanzas, es desacreditar los juicios póstumos, es acabar con la sanción moral.

ARTICULO DE COMERCIO

—

EL COBRADOR VIAJERO

—

Cincuenta años atrás, llamaban *cometas* á los cobradores que recorrían los pueblos del interior.

Entonces eran casos raros, porque los comerciantes pagaban con la mayor puntualidad. Ahora los cobradores son astros que giran eternamente de pueblo en pueblo, y los verdaderos cometas son los buenos pagadores. Por fortuna no faltan honrosísimos ejemplares de esta clase, á quienes rendimos el homenaje debido á la probidad.

El cobrador es un joven caraqueño, ó educado aquí, que monta en una mula gorda y bien aperada. Lleva botas jacobinas y grandes alforjas llenas de ropa, papeles, cepillos y perfumes.

En el carriel lleva la libreta donde están ano-

tados los deudores, y la hoja de servicios de cada uno.

La llegada de un cobrador es un acontecimiento que, aunque semanal, siempre alarma.

Desde que se dice que hay cometa en el pueblo, todos los comerciantes desean saber á qué Casa pertenece.

Unos á otros se preguntan—¿quién es el recién llegado?—es alemán?—es francés?—es calvo? —tiene barbas?—de qué color es la mula?

Pero nadie sabe; porque ha venido tan empolvado y tan oculto, exprofeso, con el quitasol, que no se ha dejado tomar las señales fisonómicas.

Entretanto los deudores morosos, que no son pocos, están preparando excusas, y buscando modos de ocultarse.

Pero siempre hay en todos los pueblos comerciantes honorables que no tienen nada que temer. Uno de ellos va al hotel muy temprano y aprovecha la ocasión para saludar al nuevo huésped y averiguar su nombre, si no lo conoce, y el objeto de su viaje.

Al salir de allí, todos van á informarse con él, y cada cual sabe á qué atenerse.

Mientras toma café, toma también informes con el posadero, (que es muy ladino) del lugar en que vive cada relacionado; de su situación, de su conducta, etc., etc.

El posadero le da buenos informes de todos, en cuanto á su conducta, sin embargo de que, á muchos de ellos, no les daría un desayuno; pero le exagera mucho la mala situación de los negocios, la miseria del pueblo, la ruina de los campos por la sequía, y la peste en los ganados.

El cobrador tiene mucho interés en saber de un señor de apellido Obejón, que es su principal

deudor, y pregunta al patrón si se halla en el pueblo.

El posadero no se atreve á saber tanto..... le dice que puede ser; aunque él se pasa la vida por los campos, y que hace muchos días que no lo ha visto. Esto, sin embargo de que estuvieron hasta media noche juntos, en un golfito religioso, con el señor Cura y otro comerciante.

Sin perder momentos le hace avisar al señor Obejón que hay moros en la costa.

Como guerra avisada no mata soldados, el señor Obejón instruye á su mujer y al dependiente de lo que han de hacer y decir, y se oculta detrás de la armadura.

El cometa comienza á recorrer el vacío, representado en la caja de sus deudores.

Llega el turno á la casa de Obejón.

Aquí tiene que habérselas con su esposa, Doña Bárbara, que es una señorota grande, gorda, bigotuda y bachillera.

Puede decirse que el cometa va á caer sobre la osa mayor.

El caraqueño saluda á la varonil patrona con una cortesía humilde, como quien va á suplicar un favor; cosa muy natural en un país donde el deudor está por encima del acreedor; de donde resulta que los hombres taimados, en lugar de acumular méritos, acumulan deudas, para alcanzar consideraciones.

—¿Puede usted decirme, señora, si el señor de Obejón se halla en casa?

—No señor—dice la señora, remedando el acento del joven—él ha salido; está por los potreros, recogiendo un ganado para llevarlo á Caracas.

El cobrador toma un caldo de sustancia—¡hay ganado!—dice interiormente.

—Si yo pudiera ver á su marido ¿Están muy lejos los potreros?

—No señor: aquí en el Orinoco.

—En el Orinoco! á cien leguas de distancia!

—Es muy cerca: mi marido y yo vamos en ocho días cada rato.

—Pero dígame, señora, ¿regresará pronto?

—Sí, señor, para entrada de aguas debe estar en Caracas.

—Pues, señora, viene pronto. Estamos en diciembre, no faltan más que enero, febrero, marzo, abril y mayo; apenas son cinco meses—dijo el cobrador con ironía.

Entretanto la armadura de la tienda se estremecía con los esfuerzos que estaba haciendo Obejón para contener la risa.

El cobrador, mohino, entregó una carta á la señora y se marchó.

De allí pasó á la casa de otro deudor.

Este le dijo la penuria en que estaba por las malas ventas; que había ofrecido vender su caballo de silla para entregarle su valor.

El cobrador, que era amigo de los caballos, se animó de repente, y quiso verlo para tomarlo por su cuenta, si le convenía.

—Vamos á verlo—dijo el otro, y le presentó un caballo de buen porte.

Examinándolo el caraqueño, que no era tan lerdo, se fijó en los ojos, y preguntó:

—¿Qué tiene en este ojo?

—Una nube.

—¿Y en este otro?

—Otra nube.

—¿Luego está ciego?

—No señor; usted sabe que las nubes son pasajeras.

—Pero mientras pasan, ¿por dónde ve este caballo?

—El ve claro; acérquele usted una rama de malojo y verá como la muerde.

El cobrador, que no quería gastar, á más de malojo, un oculista, resolvió aceptar promesas y dejar el caballo.

De otro relacionado recibió un burro sin orejas y otro despaletado por doscientos pesos, y todavía se quejó el pagador de la dureza del cobrador!

Otro deudor, aunque tenía con qué pagar, no lo hizo por bribón, y porque era cuñado del Alcalde, y, por consiguiente, inmune.

¿Quién se atreve á demandar á un hermano del gobierno?

Eso sería atentar contra el orden público.

No tendría carcelazo más seguro.

Así fue este cometa recorriendo, en una órbita de ochenta leguas, más de veinte pueblos, en que se repitieron escenas semejantes.

Si tuvo con qué comer, lo debió á muchas cantidades que recibió de los buenos relacionados, que no estaban en la lista de cobros.

Esto sucede todos los días, y, sin embargo, se habla de la prosperidad del Comercio, y se le imponen todas las cargas sociales!

1880.

ANGEL CAÍDO!

—

Hacía algún tiempo que mi amigo Hugo de Nerval no me escribía.

Lo dejé recien casado con una linda muchacha de Trieste, á quien se había unido por amor.

El era rico; ella no aportó más caudal que la belleza y una educación esmerada: cantaba con primor, hablaba cuatro idiomas, bailaba con elegancia y poseía el arte de agradar.

No sé cuál era su educación moral y religiosa.

Vivían en un hotelito de Passy, que él había comprado para convertirlo en nido de amor.

La luna de miel estaba en todo su auge; y, según me escribió varias veces, prometía no llegar nunca á la menguante.

Pasaron cinco años.....

Volví á París y una de mis primeras diligencias fue solicitar á Nerval.

Allí estaba; en su casita de Passy, pero no

era el mismo joven que dejé, lleno de vida, alegre y elegante.

Ahora estaba taciturno, pálido, desalentado: profundas arrugas le surcaban la frente, y anchas ojeras circundaban sus ojos, como si el insomnio y los pesares, antes que los años, estuvieran destruyendo aquella naturaleza vigorosa.

A pesar de todo, me recibió con exquisita cordialidad, hasta el punto de parecerme que se disipaba un tanto el velo de tristeza que le cubría el semblante.

Le pregunté por Emma, su esposa, y me respondió lacónicamente:

—Está bien,—sin darme las gracias por el cumplimiento.

En aquel instante noté en su fisonomía, un movimiento extraño, como el reflejo de algún recuerdo sombrío.

Indudablemente: allí había ocurrido una desgracia:—¿cuál sería?—¿habría muerto la señora? No me atreví á preguntarle.

Al lado del saloncito en que estábamos se hallaba la alcoba conyugal.

Desde el puésto que yo ocupaba, se veía el lecho nupcial, cubierto con una cortina blanca, cuya abertura estaba prendida con un lacito negro.

Ya no había duda para mí.

Además: se notaba en el mobiliario que podía verse en la alcoba, cierto arreglo que indicaba la falta de movimiento: la ausencia de todo calor humano.

Para reanudar la conversación, que se había cortado en absoluto desde que pronuncié el nombre de la señora, le pregunté cuántos hijos tenía.

—Tengo dos solamente, gracias á Dios,—me dijo con desconsuelo.

A este tiempo llegaban los dos niños, acompañados por una aya normanda, ya entrada en años, de aspecto noble y bondadoso.

El varón tomó la mano de su padre y la besó con respeto.

La hembrita levantó la cabeza y lo besó en la mejilla cariñosamente.

Nerval no pudo ocultar dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos. Tuvo necesidad de enjugarlas.

—Excusad, amigo mío, esta debilidad,—me dijo—Cuando conozcáis los dolores íntimos de mi alma, comprenderéis por qué me conmueven las caricias de mis hijos. Id, queridos míos, dijo á los niños; saludad al señor que es mi amigo.

Los niños vinieron á mí, y yo los acaricié con tristeza.

Estaban pálidos; sus manecitas tenían la frialdad del mármol, y en sus ojos se leía cierta sombra de tristeza que velaba la dulce alegría de la inocencia.

Cuando los niños se retiraron, me dijo Nerval:

—Comprendo que estaréis impaciente por saber la razón del cambio que notáis en mí y en cuanto me rodea.

Venid conmigo: es preciso principiar por ver la casa y mi manera de vivir.

Está todo muy distinto de cuando partisteis para América.

En aquel tiempo florecían entre estos muros el amor, la dicha y la esperanza.

Hoy..... sólo quedan dolorosos recuerdos de aquella felicidad perdida para siempre.....

Esta es la alcoba de la que fue mi esposa.....

—Y ¿cuándo.....?—quise interrumpirle, pero él me detuvo al comenzar.

—Tened paciencia hasta el fin: ya lo sabréis todo.

Aquí está el lecho vacío y enlutado: allí el ropero, y los muebles de su uso personal.

Todo está como ella lo dejó.

Sólo yo entro en esta habitación, cuando los días son claros, como hoy, y abro las ventanas y las puertas para que penetre un poco de aire.

Venid al otro lado.

Aquí está mi cama, en medio de las cunas de mis hijos.

Como no tienen madre, hago que duerman junto á mí para velar por ellos en la noche.

Aquella buena mujer que entró con ellos, los cuida en el día, los viste y los asea: ella los quiere como deben querer las madres, porque los ha visto nacer: todo lo sacrifica por ellos; y algunas veces creo que su abnegación nace, más que del afecto natural, de un sentimiento piadoso, que yo le agradezco profundamente, que ellos le recompensarán y que Dios le premiará.

No podéis imaginar el tormento en que me ponen esos pobres niños cuando me preguntan dónde está su madre.

Yo les digo que ha ido á un viaje muy largo, por tierras lejanas, pero que volverán á verla algún día.

Hace pocas semanas padeció la menorcita un ataque de angina muy doloroso, y me partía el alma diciendo con frecuencia:—¡Ay! querido papá! ¡qué bueno que viniera mamá!

¡Pobrecita! ella contaba con que el cariño y los cuidados maternales debían aliviarla.....

.....

—Hasta aquí tuvo fuerzas Nerval para hacerme la relación de su desgracia. El dolor ahogó su voz.

Instado por la curiosidad, me aventuré á preguntarle por segunda vez:

—¿Y cuánto tiempo hace que murió vuestra esposa?

—¡Ah! si hubiera muerto, mis lágrimas serían menos amargas, y mi dolor tendría el consuelo de la resignación!

—Y ¿qué?—le dije temblando.

—Hace cuatro meses que abandonó el domicilio conyugal, legando á sus hijos el desamparo y el oprobio!..... .....

.....

Entonces comprendí las arrugas de aquella frente joven, y la palidez enfermiza de aquellas inocentes criaturas!

El *Angel* de aquel hogar no se había remontado al cielo, sino había caído en las profundidades del infierno!

Caracas: 1897.

EL BOMBO

—

Si por alguna cosa deseara yo ser jefe de un gobierno, sería por meter á la cárcel á todo el que me soltara un bombo.

No hay cosa que haga más daño á los gobernantes que la eterna alabanza.

Cierto escritor contemporáneo ha dicho, que la adulación es un tapiz de jabón que se extiende á los pies de los poderosos para que resbalen y caigan.

Pero ellos no lo creen así; el jabón les parece un alfombrado de flores.

Un magistrado me explicó este fenómeno de apreciación, diciéndome:—«*No se ve lo mismo de abajo para arriba que de arriba para abajo*».

Cuando úno está abajo grita ¡ libertad ! y cuando está arriba grita ¡ orden!

Y desde entonces he llegado á desconfiar hasta de mí mismo.

No estoy muy seguro de que, llegando á las alturas del poder, no premiaría con una Aduana al

primero que me llamara *hombre providencial* y *única esperanza de la patria.*

¿Por qué he de ser yo diferente á los demás?

Sigamos observando *desde abajo.*

Cuando un gobernante tiene asegurado el aplauso, no medita ninguna resolución.

Si los desatinos, las injusticias y las arbitrariedades han de ser celebradas como obras meritorias, ¿para qué empeñarse en evitarlas?

El hombre es débil, y sólo encuentra criterio honrado y claro en aquellos que lo alaban. Y siempre cree que la censura es producto de la pasión y de la envidia.

Es preciso que la censura desapasionada no se duerma, porque los mandatarios que no oyen más que el coro de los aduladores se creen infalibles.

No ha habido un solo tirano que no se crea infalible.

Esto no quiere decir que todos los infalibles hayan sido tiranos; muchos de ellos no han podido pasar de insignes mentecatos.

El elogio desmedido engendra dos hijas gemelas— la presunción y la soberbia.

Decid á una mujer que tiene los ojos muy hermosos, y ya la pondréis á bailar las pupilas hasta perder toda gracia.

Habladle de sus labios preciosos, como dos corales, y en el acto sacará la lengua, como la culebra, para darles lustre.

Dedid á un hombre que tiene la voz muy sonora y el acento muy agradable, y comenzará á oirse á sí propio, y se volverá impertinente y amanerado.

Y si esto pasa en asuntos tan triviales como los ojos, la boca y la voz ¿qué sucederá cuando se trate del talento, la sabiduría, la popularidad y

otros motivos del orgullo humano y de las aspiraciones á la inmortalidad?

Convenceos:

Si amáis á una mujer y tenéis interés en conservarla discreta y pura, no le digáis que tiene la garganta y el pecho como una Venus, porque, desde ese día, estará pensando en vestidos que trasparenten sus encantos.

De allí al abismo no hay nada.

Si creéis en la honradez, en la inteligencia y sano criterio de un magistrado, no lo emborrachéis con el incensario, porque, cuando el humo funesto lo haya inflado como un globo, humillará á los mismos que lo enaltecieron, se creerá superior á la nación y dueño de ella, dará de puntapiés á las leyes y las pospondrá á sus caprichos.

Los aduladores son traficantes en sangre humana y en honra nacional: ellos son los que han envilecido á los pueblos, levantando ídolos de barro que los humillen y empobrezcan: ellos son los que han convertido en vergüenza y azote de las naciones á hombres que, acaso no eran malos, y que hubieran podido engrandecerlas, y pasar á la historia como bienhechores, y no dejar un recuerdo execrable, como el de Judas, para ser eterno baldón de la humanidad.

GUESTIÓN ECONÓMICA

—

La cuestión económica está sobre la mesa.

Esa es la cuestión universal.

El dinero es la eterna preocupación de los gobiernos y de los pueblos.

El que acuñó la primera moneda, ha hecho más daño á la humanidad, que el que exprimió la primera uva.

Nuestros más inteligentes financistas han tratado de conjurar, por diferentes medios, la crisis que nos consume.

Respeto debidamente sus opiniones y la lealtad que las preside, pero, á mi modo de ver, los remedios son más peligrosos que la enfermedad.

Prefiero las medicinas caseras, que no matan cuando no curan.

Yo llamaría al peón guarda-toma del acueducto de Macarao, que, probablemente, no ha leído más libro que el silabario, y le diría:

—Ven acá, contéstame delante de estos señores: ¿Qué haces tú cuando se escasea el agua, y

notas que el estanque se te va quedando vacío?

Estoy cierto de que me contestaría, en tono despreciativo.

—Mire usted que simpleza! En primer lugar, reparo bien el fondo para ver si hay alguna cangrejera que tapar; y después, voy cerrando la llave hasta que salga menos agua de la que va entrando.

Hé aquí resuelta la dificultad por un ignorante!

Si hubiera interrogado á un físico, me habría contestado así:

—Si se escasea el agua por falta de lluvias, yo mandaría disparar contra las nubes cañonazos de dinamita hasta que se desgajaran las cataratas del cielo.

—Qué hombre tan sabio!—exclamaría la turba mercenaria que vive de aplaudir desatinos.

Algunos economistas no están por cerrar la llave ni por tapar cangrejeras, sino por disparar cañonazos al cielo.

Ellos quieren *crear fondos*, para sostener las necesidades, que yo llamaría—*fastuosidades* públicas.

Crear fondos! Esa idea me recuerda el Génesis.

Sólo Dios ha podido decir—*Fiat lux*—y la luz fue hecha.

¿Sabéis lo que significa crear fondos?

Es lo mismo que decir: amontonemos dificultades y compromisos para mañana; vivamos expléndidamente y el que venga atrás que arree.

Eso han hecho nuestros financistas de los tiempos pasados:—crearon fondos bastantes para hacerse millonarios y para echar sobre nosotros el compromiso de pagar anualmente cerca de quince millones por intereses.

Lo que crearon fue la ruina de la patria por cien años!

Si nosotros siguiéramos el funesto ejemplo creando fondos para pagar intereses, para sostener el tren oficial, demasiado costoso y algo superfluo, y para convertirnos también en millonarios, vendríamos á parar en un pueblo desenfrenado, compuesto de indigentes y bandidos que no encontraría quien lo levantara, ni siquiera quien lo conquistara.

La actualidad es víctima, sin ser en modo alguno responsable, de la situación que nos abruma.

Ella no es más que la infortunada heredera del desorden, las prevaricaciones, el boato y los derroches de sus predecesores.

Funesta herencia!

Es de aquellas que nunca se reciben sino á *beneficio de inventario.*

Y así parece que ha sucedido sin decirlo. ¿Nada aparece en la caja? pues con eso mismo se paga.

¿Y cómo ha de pagar de otra manera quien no ha encontrado ni siquiera un pueblo en marcha normal, saludable y vigoroso, sino un pueblo anémico, sin fe, sin ilusiones, con el comercio paralizado, la agricultura en ruina, las artes en agonía, las ciencias desdeñadas por improductivas, las industrias en retroceso, cada hombre un desencanto, cada palabra un lamento.

El pecado viene de atrás, pero la penitencia nos toca á nosotros.

Reunid las cantidades que cuestan al país sus conductores de muchos años para acá, sus protegidos y los especuladores extranjeros y nacionales.

Haced la cuenta por millones, que es la unidad de los modernos Cresos, y decid:

Presidentes.....	tantos	millones
Ministros.....	cuantos	»
Recaudadores.....	»	»
Allegados.....	»	»
Favoritos	»	»

Y si no lo lleváis á mal, poned una partida de *favoritas.*

Cuando tengáis esa suma enorme, agregad los intereses que se han pagado por ella y os asombraréis al encontrar *quinientos millones.*

Si esa suma no hubiera salido de las cajas, allí estaría, ó por lo menos, el país estaría libre de la deuda que el fraude y las torpezas le han echado encima, y tendríamos institutos nacionales de crédito para levantar la agricultura; para redimir al artesano nacional, eterno tributario del extranjero, que vejeta doblado sobre el banco, sin más esperanza que la mendicidad; para indemnizar al criador de tantos perjuicios, facilitándole vías para la exportación de su producto; en una palabra: para convertir en prosperidad general el estado de abatimiento en que nos encontramos.

¡Quinientos millones!

Y no quiero hacer cuenta del dinero gastado en pólvora y plomo por gobiernos y pueblos para sostener la lucha entre el orden y el desorden.

Tampoco quiero reducir á valores la sangre vertida, contingente que hace falta al desarrollo de la riqueza general.

Nó, yo no quiero valorar en oro la sangre de mis compatriotas; ella no puede estimarse sino midiendo la lluvia de lágrimas que ha esterilizado la tierra venezolana.

El mal está hecho.

No podemos hacer comparecer ante la justicia á los delincuentes.

La equidad demanda que, de no ser todos, no sea ninguno.

Para reunirlos sería preciso convocarlos con la trompeta del juicio final.

Hay muchos muertos ya.....

Sobre las tumbas no deben caer sino palabras de olvido y de perdón, cuando nó gemidos y oraciones.

Borremos lo pasado, para que no esté presente el ejemplo corruptor.

Si amamos la patria, y en ella á nuestros hijos, abramos vías nuevas que conduzcan al bien.

Nuestro único remedio es *la economía.*

Sigamos el ejemplo del guarda-toma:—Tapemos las cangrejeras y cerremos la llave para que la salida sea menor que la entrada.

Celebremos una tregua con los explotadores mientras nos reponemos.

Después tendrán mayor cosecha.

¡Ah! si me dejaran reformar el presupuesto!

1898.

LOS OREJONES

—

Algunos políticos se parecen á los dátiles y á los higos, en que no desarrollan todo su jugo sino cuando están pasados.

Otros son como los duraznos, las manzanas y los membrillos, que, como no tienen bastante almíbar, sólo pueden ser disecados, conservando de este modo, el aroma y el ácido, bajo forma y color distintos.

Las frutas conservadas así, que nos vienen de otros climas, se llaman *orejones.*

A mí se me parecen á las frutas disecadas ciertos políticos acomodaticios que llamaré también *orejones.*

El orejón de frutas se hace de aquellas que son desechadas en el mercado porque tienen alguna picadura y, antes que se pudran del todo, se convierten en orejones.

Así mismo los orejones políticos se forman de aquellos hombres que no hallan colocación en su partido, porque tienen alguna *picadura,* y cuando

se van á podrir en la inacción y el abandono se pasan á los contrarios.

El orejón de frutas se vende por libras y el orejón político se vende también por *libras*.

Uno y otro se revenden después por onzas.

El orejón de durazno no se estima como fruta fresca ni como fruta pasada, porque, aunque participa de ambos estados, no tiene las condiciones meritorias de ninguna de las dos.

Así mismo el orejón político no pertenece á su partido primitivo ni al que adopta nuevamente. No es más que neutro.

Cuando los orejones de frutas, todavía frescos, llegan al país donde son importados, hacen gran papel y andan en el comercio de mano y en todas las fruterías se anuncian como gran novedad.

—¡Orejones de ultramar!—pero, al colocarlos entre las frutas aromáticas y frescas, empiezan á exhalar cierto olorcillo á moho que descompone las otras frutas y es preciso retirarlos de los aparadores.

El orejón político, cuando llega al partido donde acaba de incorporarse, es recibido con agasajo.

—Se ha convertido un pecador!—Pero, al colocarse entre los nuevos compañeros, empiezan todos á huírle, porque le notan un olorcito á murciélago, y acaban por arrojarlo de la comunidad.

Un ciego toma un orejón de durazno, lo huele, lo lleva á la boca, lo saborea y dice:—huele á durazno, sabe á durazno; pero tiene cierta elasticidad impropia de la fruta primitiva; este es orejón.

Cualquiera que oye hablar á un advenedizo ó leer sus producciones, dice:—eso está bueno, están bien expresadas las ideas, se comprende el objeto que se desea, pero noto cierta ductilidad ex-

traña, algo de esforzado; se conoce que no hay ingenuidad nativa, parece producto de un tránsfuga, de un orejón.

El orejón de frutas tiene pocos días de brillo, al favor de la novedad, para después pasar enmohecido á ser pasto de las aves caseras.

Así mismo el político tiene su época de brillo, favorecido por intereses transitorios, y después, amellado como instrumento viejo, se encuentra desechado por los unos, menospreciado por los otros y humillado ante su propia conciencia.

En política no se sabe quién tiene razón.

Cada cual estima las cosas según su criterio ó sus intereses.

Por situarse en un bando, ó en otro, nadie puede ser condenado.

Lo malo es engañar á los dos.

Pero no confudamos á los especuladores que van saltando á derecha é izquierda, como el caballo del ajedrez, con aquellos que, siguiendo las evoluciones de la política, van alejándose de sus primitivos compañeros, sin renegar de las ideas fundamentales que los reunieron un día.

Este alejamiento se parece al de las ramas de un árbol, que, aunque nacidas del mismo tronco, van abriéndose hacia los distintos radios de la circunferencia, efectuando en cada horqueta una nueva bifurcación, hasta que se alejan completamente las unas de las otras, pero conservando todas el aroma, el sabor y demás propiedades del tronco fundamental que las sustenta.

APÓLOGO

—

Cuentan las crónicas de España que hubo un especiero en Galicia, gran conocedor del comercio que ejercía.

En cierta ocasión, colocando sus especias en envases separados, hizo trasegar en un solo barril, inadvertidamente, un saco de cominos al propio tiempo que un saco de anís.

Cuando notó el error, se tiró de las orejas el gallego y exclamó:

—¿Qué diantre vamos á hacer con estos granos mezclados?

En efecto: no podía vender la mercancía ni por una cosa ni por otra.

Y como no quería perderla, puso dos mujeres á separar los granos con un trabajo inmenso.

A pesar del interés que pusieron en hacer bien la separación, no lograron evitar que algunos granos de comino, más redondos que los otros, se fueran entre el anís, y que algunos granos de anís, más largos, pasaran entre los cominos.

Terminada la operación á contentamiento del dueño, comenzó á detallar sus especias.

¡En mala hora lo hizo!

Al día siguiente le cayó encima una lluvia de reclamaciones y de improperios.

—¡Bribón!—le decía uno—usted me ha engañado: estos cominos huelen á anís!

—¡Falsificador!—le decía otro—usted me ha robado: este anís huele á cominos!

—¡Señores!—les repuso el gallego—tengan calma; no los he engañado; reparen bien los granos; yo no les he vendido una cosa por otra.

—Huela usted—le replicó uno de ellos, y le estrujó el paquete de cominos en las narices.

—Oigan ustedes—dijo el gallego, estornudando.

—No es cuestión de oídos—le gritó un cocinero, que entraba de gorro blanco y largo delantal con un guisado de pollo en una mano y un puding en la otra—pruebe usted este guisado, y dígame si no le sabe á puding; y pruebe este puding, y dígame si no le sabe á guisado! Usted me paga daños y perjuicios,—y le tiró los dos platos á la cara.

Por fin vino la policía al olor del guisado y á los gritos de la muchedumbre amotinada, y llevaron al especiero á la cárcel, y le obligaron á reparar los daños y perjuicios.

Allá en sus horas tristes, el gallego, que era medio poeta, escribió esta moraleja:

Pues, señor: está probado
Que no se deben unir
Los olorosos cominos
Y el aromático anís;
Pues si se juntan un día,
Aunque pasen años mil,
El anís huele á cominos
Y el comino huele á anís:
Y si alguno lo dudare
Remírese en mi nariz.

EL RELOJ DE DON AMBROSIO

—

Cualquiera que se detenga á contemplar las agujas de su reloj podrá exclamar:

—¡Ah pícaro! cómo te vas llevando la vida instante por instante!

Pero á nadie le ocurrirá decir:

—¡Ah ladrón! ¡cómo te vas llevando la herencia de mis hijos, minuto á minuto! ¡Cuánto me costará, en el trascurso de los años, el haberte cuidado con el mayor esmero, el haberte dado el calor de mi sangre y juntado tus latidos á los latidos de mi corazón!

Nadie hará semejante reflexión!

¿Quién puede pensar que su reloj, el compañero inseparable de sus días, el que vela á la cabecera de su cama durante el sueño; el que lo lleva con precisión á las citas amorosas, y le cuenta, con reserva, los instantes pasajeros de todos sus placeres, es al propio tiempo, un ladrón que lleva en el bolsillo?

Y sin embargo, no hay nada más positivo, como lo voy á probar con un relato histórico.

Cierto amigo mío, que cuenta á la fecha, ochenta y tres años, y que se propone contar muchos más, de donde se deduce que es muy fuerte en cuentas, me preguntó, ha pocos días, la hora que marcaba mi reloj.

A mí me causó extrañeza que no llevara su reloj consigo, persona que tanto lo necesita por el género de negocios á que se dedica, y le pregunte:

—¿Ha olvidado usted su reloj?

—No—me contestó—no lo olvido nunca; es la prenda que tengo más presente; le debo tánto, tánto.....!

—¿Cómo así?

—Pues muy sencillo: yo no he tenido reloj en toda mi vida, y jamás he dejado de ser puntual á una cita. Me han bastado el reloj de la torre, los de las boticas y el de cualquier amigo, en casos muy raros, como el presente.

—¿Es posible?

—Sí señor! ¿para qué se necesita reloj? La hora de comer, la indica el estómago—la de dormir, la advierte el sueño—la de pagar, la repican los acreedores—la de misa, las campanas y así.....

—Es inaudito, don Ambrosio! un hombre tan rico sin reloj!

—Sí, señor; será inaudito y todo lo que usted quiera, pero, por eso soy rico, y por eso legaré á mis hijos medio millón más que los que se hayan permitido el lujo de usar reloj durante 63 años.

—No comprendo; explíqueme usted ese misterio.

—Pues oiga usted y anote—dijo don Ambrosio, con calma.—Cuando yo tenía veinte años, heredé un reloj, que fue propiedad de mi tío el Canónigo Madariaga.

En aquellos tiempos, el tener reloj era cosa tan rara, como el tener ahora buena fe: No lo poseían sino los médicos, los curas, los alcaldes y algunos capitalistas.

Yo, triste dependiente de una casa mercantil, no podía usarlo. Me habrían botado á la calle por altanero.

Me parece que estoy oyendo al amo decirme:

«—Mire usted que mocozuelo, ¡atreverse á tener reloj, para estar viendo si salimos un poco tarde!

A la calle! á la calle!—»

Entonces había orden y respeto: ahora, cualquier vagabundo tiene un par de relojes.

Afortunadamente se me presentó el sacristán mayor de cierta parroquia, quien, juntando gotas de cera, había reunido cien pesos, y me los dió por el reloj.

Desde que los recibí, me propuse colocarlos á ganar interés y no tocar jamás sus rendimientos, á fin de legar á mis hijos, si me casaba algún día, el reloj del Canónigo, en la forma y del tamaño que se encontrara á la época de mi muerte.

He cumplido hasta hoy mi propósito, y el reloj ha crecido tánto, que no podría cargarlo la mula más resistente.

—¿Cómo es eso?

—Muy fácil. He mantenido los cien pesos colocados al uno por ciento de interés mensual, durante sesenta y tres años.

Los intereses acumulados cada doce meses los

he colocado al mismo tipo en el año siguiente, y de ese modo, he obtenido el siguiente resultado:

A	los	10	años	tenía...	$	310,50
«	«	20	«	«		964,44
«	«	30	«	«		2.995,35
«	«	40	«	«		9.303.04
«	«	50	«	«		28.893,78
«	«	60	«	«		89.739,63
«	«	63	«	«		126.077,70

Que vienen á ser en lenguaje moderno *quinientos cuatro mil trescientos francos* ó más claro—medio millón colmado.

—¿Es posible, don Ambrosio? ¿Esos números son exactos?

—Como haber Dios!

—Es increíble!

—Diga usted, ahora, como me dijo al principio en tono burlón.—*¡Es posible, don Ambrosio, un hombre tan rico sin reloj!*—pues por no haberlo tenido, es que puedo sumergirlo á usted en un baño de relojes, donde le llegue el agua más arriba de la nariz!

—¡Me deja usted estupefacto!

—Porque la gente de ahora no entiende de economía, sino de lujo: todo el mundo quiere ser *caballero, elegante sportman, smart* y qué sé yo cuántas necedades más.

Calcule usted cuántos cientos de pesos ha despilfarrado cada venezolano, y encontrará la clave de nuestra miseria. Y, si quiere subir más alto, calcule las sumas derrochadas por nuestros gobiernos, y las extraídas del tesoro público por sus administradores, y dígame si Venezuela no debería ser el pueblo más próspero del globo!

—No, no, don Ambrosio, en cuentas de gobierno no entro yo.—Están prendiendo mucha gente.—Ahí viene Hipólito, casualmente, dígale que le saque esa cuenta.

1899.

LA CASA DE EMPEÑOS

—

Las casas de empeños son termómetros para medir la miseria de un pueblo.

Aunque parezca extravagancia, tuve cierto día la curiosidad de penetrar en los misterios de la desgracia.

Para lograr mi objeto, me fuí á visitar una casa pública qua tiene en el frente este rótulo:

AGENCIA DE NEGOCIOS

y que yo cambiaría por este otro:

NEGOCIOS DE URGENCIA

Declaro que me quedé asombrado.

Allí estaba la crucesita de oro que el padrino había regalado á la ahijada en memoria del bautizo.

¡Con cuánto dolor no habría sacrificado la

amorosa madre aquella prenda que le recordaba uno de los días más felices de su vida!

¡Oh! la necesidad impone sacrificios muy crueles.

Junto á la cruz, estaba un medallón de oro, que aún conservaba el retrato del marido ausente.

Acaso la atribulada esposa no se había atrevido á separarlo del relicario.

¿Creería que arrancarlo del marco en que la afectuosa mano del esposo lo había colocado, era como separarlo de su corazón?

¿O pensaría que el medallón valía más con el retrato?

¡Pobrecita! ella ignoraba que en la balanza del interés los afectos no aumentan el peso ni el valor del oro!

Más allá estaba un anillo de compromiso, con la fecha memorable y querida, atado á la colcha que había cubierto el lecho nupcial el día de la boda, luciendo el monograma bordado en oro.

Aquellos dos objetos estaban comprendidos bajo el mismo número, y representaban el dolor de dos almas, fundidas en una por el amor, y condenadas al martirio por los rigores de la suerte.

Pero los hijos pedían pan, y era forzoso conseguirlo en cambio de lágrimas.....

Y era preciso, además, dar las gracias al usurero!

El sarcasmo añadido á la opresión!

—¡Qué casualidad!—me dijo el prestamista, radiante de gozo.—Ya tengo la colcha muy bien vendida á un banquero para regalarla á una bailarina cuyo nombre tiene las mismas iniciales.

¡Horror!—exclamé en mis adentros.—Del tá-

lamo nupcial, sagrado, como el ara de la fe, va á descender hasta el lecho de todas las impurezas!

¡Oh Muerte, sublime redentora! si no aniquilas á los opresores, ¿por qué, á lo menos, no redimes á los oprimidos?

Sea el mundo sólo para los despiadados y destrócense como lobos hambrientos!

Pero, como siempre, junto á las notas tristes que conmueven el alma, se encuentra el ridículo, que provoca la ironía; allí en un saloncito inmediato, estaba el mobiliario de una escuela.

Presidía la terrible palmeta junto al pizarrón; después, mesas de escribir, bancos, muestras, tinteros y colgadores.

—¿Y esto?—pregunté asombrado.—¿Tiene usted escuela? ¿Enseña usted lo que sabe?

—No, señor,—me contestó el israelita.—Es que los preceptores tienen sus días sin sol. Cada vez que se atrasa el pago del sueldo, por fuerza, han de vender algún mueble, para no morirse de hambre. Cuente usted las mesas de escribir: cada una representa un sueldo no cobrado.

Cuando el Gobierno mande pagar lo atrasado, vendrán los preceptores á rescatar sus muebles; y si no vinieren nunca, aquí quedará eternamente prisionera la instrucción primaria, por más que sea obligatoria y gratuita.

—Según veo,—le interrumpí riéndome,—lo *obligatorio* es para los alumnos, y lo *gratuito* para los profesores.

—Algunas veces puede entenderse así.

—Desgraciados profesores!—exclamé—ellos, que dan el pan del alma, no obtienen en cambio ni el mezquino pan del cuerpo!

Y seguí recorriendo los armarios.

Allí estaba la sagrada imagen de la Virgen, junto al cuadro desvergonzado de la bacante.

La vara de marfil con puño de oro del joven libertino, junto á la vara de medir del artesano sin trabajo..... todavía llena de cal!

El espejo veneciano que reprodujo fastuosas orgías, resto del esplendor de una meretriz abandonada, junto á la humilde máquina de coser de la infeliz obrera.

En el estante de los libros se hallaba, en contubernio mudo, la sagrada Biblia con las Confesiones de Rousseau, la imitación de Cristo con La Doncella de Orleans de Voltaire, Los Mártires y Graziela con el Vientre de París y Naná.

Así como viven en el mundo confundidos la virtud y el crimen, la humildad y la soberbia, la opulencia y la miseria, las esperanzas alegres y los recuerdos tristes; así se han reunido en aquel infierno de la desgracia millares de objetos, adquiridos, algunos con afrentosos servicios, otros con crímenes infames, y los más con trabajo perseverante y sacrificios sublimes; pero cada uno representa en la «Casa de Empeños,» la desesperación de un momento, la miseria, el dolor!

Cuando salí de aquel bazar de las angustias, sumido en tristes reflexiones, pasaba un joven, enriquecido al acaso con el sudor del pueblo.

El polvo que levantaban los cascos de su soberbio peruano me manchó el vestido.....

¡Anda!—dije para mí:—algún día vendrán tus joyas á reunirse con el espejo veneciano de la meretriz abandonada!

¡Igual origen, igual fin!

LA LIBRE-PENSADORA

—

A MI DISTINGUIDA AMIGA DOÑA SOCORRO C. DE MICHELENA

—

Me habéis inspirado este artículo, y os lo dedico como homenaje que tributo á vuestras virtudes.

Su nombre de pila era Josefa, pero ella encontró preferible hacerse llamar Corina.

—Josefa!!—solía decir, haciendo una mueca,—Josefa.....!! ¿á quién le ocurre poner á una niña el nombre de Josefa.....?

Pero nací el día de San José, y mi madre habría creído cometer el mayor sacrilegio cambiándome el nombre que me tocó en la lotería del almanaque.

Josefa.....!! Afortunadamente no nací el día de San Pánfilo!

¡Oh preocupaciones! ¡cómo llegan hasta labrar la desdicha de una hija!

De hoy más no permitiré que me llamen sino Corina.—

El rasgo que dejo bosquejado, da idea del carácter de cierta amiguita mía, educada por una madre buena, pero débil.

Ha aprendido piano y canto, dibujo y francés, juega trapecio, monta en bicicleta y ha leído todas las novelas que han estado á su alcance.

Cansada de ficciones, según dice, se ha dedicado á estudios más serios.

Pero hay libros, como hay manjares, que no son para todo el mundo.

Conozco personas que se enferman al probar un pastel trufado.

Así mismo, hay cabezas que se perturban con ciertos libros.

Esto no prueba que los pasteles ni los libros son malos, sino que los primeros no sirven para estómagos delicados, ni los segundos para cerebros débiles.

Corina ha leído unos capítulos de Renán y de Zolá, y se ha trastornado.

Se cree superior á las otras mujeres, aunque sólo se diferencia de la generalidad en que no cose ni reza.

A la iglesia sí va, cuando tiene traje ó sombrero nuevo que lucir.

Ultimamente ha descubierto que, para alcanzar reputación de talentoso, es preciso no tener fe; que para ser verdaderamente sabio, es preciso aprender á desconocer á Dios; y, finalmente, que más allá de la piedra del sepulcro no hay nada!

Los consumados sabios que han comprobado la inmortalidad del alma, han perdido su tiempo con Corina.

Nadie le quita de la cabeza que ella y su gata están animadas por el mismo espíritu, y que van á tener el mismo fin.

Se ha declarado, pues, libre-pensadora.

—Esa es la moda,—dice;—ese es el progreso, y no quiero quedarme estacionada.—

Yo siento mucho tener que contrariarla, pero declaro que, por más que sea de buen tono el *libre pensar*, es moda que no sienta bien á las mujeres.

Las modas son privativas de cada sexo.

Es verdad que se usan las mangas muy anchas, tanto en la conciencia como en la ropa; pero vaya usted á ponerle á su levita las bombas que usa su mujer en los brazos!

Figúrese usted á un hombre con moño, con un corset muy ajustado y el pecho relleno de algodón.

Le tirarían piedras.

Tome usted la fotografía de su novia con un cachimbo en la boca, un revólver al cinto y un vaso de ginebra en la mano, y estoy seguro de que le devolvería el anillo de compromiso.

La mujer debe ser la contraposición del hombre.

Al hombre no le está vedado escudriñar los archivos de la historia, ni traspasar todos los horizontes para buscar nuevas verdades.

La mujer tiene bastante espacio para ser feliz dentro del círculo de sus deberes domésticos, limitado por estos cuatro puntos cardinales:—*El amor, la moral, la caridad y la fe.*

La mujer no necesita descubrir nuevas verdades; ella tiene bastantes con las que le enseñó su madre.

Las madres nunca engañan, ni tienen reservas para sus hijos.

Cuando la mujer invade los dominios del hombre, abandona los atributos de su sexo y pierde todos sus encantos.

La mujer que discute dogmas, que arenga en la plaza ó que se mancha de sangre en las batallas, no ha sido nunca el tipo de los ensueños amorosos del hombre.

El ideal que el hombre adora en sus sueños, desde que siente los primeros impulsos del amor, es un conjunto de piedad, dulzura, sencillez y benevolencia.

Lo que se ama es la bondad y la nobleza de los afectos; la belleza y la sabiduría se admiran solamente.

Por eso *Las Amazonas* de Arturo Michelena, una de las voluptuosidades más grandiosas que ha producido el genio, estremecen la carne, exaltan la admiración y el entusiasmo, pero no conmueven el corazón.

Al paso que *la Venus* de Milo, más desnuda que las *Amazonas*, hiere principalmente el corazón, porque es la imagen del recato en la belleza.

En las ideas de Corina ha influído mucho el trato de un tío suyo, amigo mío, hombre de gran talento, y tan aferrado á las ideas modernas, que se empeña en desviar á sus hijas del sendero de la fe cristiana, por donde las encaminó su madre, que ya no existe.

Yo le pregunto á este amigo:

—¿Con qué pensáis sustituír una creencia tan consoladora?

Suponed que fuera una fábula la historia del Cristo, escrita por los evangelistas que la presenciaron y refrendada por la sangre de millares de mártires, ¿qué mal sobrevendrá á vuestras hijas

por seguir la sana doctrina que el Divino Maestro predicó?

Suponed que no ha existido María, la virgen de Nazaret, ¿qué peligro hay para vuestras hijas en llorar sus amarguras, en imitar su humildad y en implorar su protección?

¿Pretendéis, por ventura, que retrocedan al culto de aquellos dioses crueles y sensuales destronados por el Cristo?

¿Queréis que no tengan ninguna creencia?

Si la vida no es más que oscuridad, llena de angustias y dolores, ¿por qué os empeñáis en apagar el faro de la esperanza que se divisa en los confines de nuestra existencia?

Si vivimos agobiados por el trabajo, burlados por los caprichos de la suerte, afligidos por la injusticia, ¿por qué las desalentáis, pretendiendo destruír el cielo prometido, donde serán consolados los que lloran en la tierra?

Nó, amigo mío. Si no podéis creer, dejad á lo menos que vuestras hijas crean.

La fe que les infundió su madre, las hace muy felices.

La duda, en que las sumerjen vuestros discursos, las llena de intranquilidad.

El día en que pierdan también á la Madre que les queda en el Cielo, y no tengan á quién volver los ojos en sus tribulaciones, quedarán en espantosa soledad, serán muy desgraciadas.

Permitidme que os diga al oído las siguientes reflexiones:

Las mujeres religiosas siempre tienen moralidad.

Las mujeres que no tienen moralidad son siempre irreligiosas.

Y es claro.

La moral es el primer precepto de la religión.

La religión es un freno insoportable para la gente que corre desbocada por los caminos de la disolución.

Yo os lo aconsejo.

No arrojéis nunca de vuestro hogar al Crucifijo que veneraron vuestros padres y que los confortó en la última agonía; á su amparo florecen la paz y el amor; ningún escudo protegerá mejor la honra de vuestra familia.

EL GRAN GALEOTO

—

No ha muchos días que estuvo á visitarme un antiguo condiscípulo y amigo muy estimable, con quien suelo gastar chanzas pesadas.

—Llegas muy á tiempo—le dije—porque hace poco rato que estuvo por aquí Hipólito, y me dejó el encargo de decirte que pasaras *por allá.*

—Y tú también Justo!—exclamó en tono ágrio —parece que todos mis amigos están empeñados en que me prendan!

—Alto ahí, señor mío—le respondí enseriándome.—No admito, ni por un instante, que me supongas malos deseos hacia tí. He usado una chanza inocente y nada más.

—No te enojes, mi querido Justo; oye lo que me pasa, y me excusarás.

Todo el mundo sabe que fui enemigo de Guzmán mientras gobernó. Tomé parte en cuantas revoluciones se le hicieron, y estuve diez y siete veces en la cárcel, siempre con razón; pero, como todo pasa en la vida, Guzmán pasó, y ya

no pensé más en conspirar. De buen ó mal grado, me he ido acomodando con todas las situaciones que le han sucedido y me he retirado de la política completamente.

Sin embargo, cada vez que hay una revolución, la gente se acuerda de que estuve por veinte años en la lista de los que debían ser presos, y aunque la policía ha borrado ya mi nombre de la lista, la gente no quiere borrarlo.

Ayer fué un día terrible: entré al Club y al momento se me acercó un amigo diciéndome:

—Hombre, Pedro, no te presentes en este lugar tan público; están prendiendo mucha gente; el Prefecto entra aquí á cada momento, y puede acordarse de tí.

—Pero, querido—le contesté—si no tengo nada que hacer con la revolución, ¿qué tiene que hacer el gobierno conmigo?

—Ya nos conocemos; *cochino que come pollo*..... vete chico; aquí te comprometes y nos comprometes..... Vete á la Plaza Bolívar.

—Pues señor, no quiero hacer daño á nadie; me iré á la plaza.

Y me fuí en efecto.

Al pedir una silla, retiró la suya un viejo millonario que acostumbra sentarse en el punto que elejí.

—Mal va esto,—dije en mis adentros.

A poco se acercó un amigo, que parece estimarme mucho.

—Pedro! tú aquí? tan cerca de la policía!—Mira, aquel oficial no te quita la vista desde que llegaste.

En efecto el oficial me estaba viendo á mí ó á una muchacha de reputación nada dudosa que estaba detrás. No supe lo cierto, pero to-

mé el consejo, y me fuí, buscando la calle del comercio.

A poco andar se me acerca un primo y me dice.

—Acorta un poco el paso, que se te conoce que andas conspirando y llamas mucho la atención.

Déjate de bromas—le dije, pero acorté el paso, porque yo mismo estaba ya temiendo ser conspirador.

—Pero entonces me encuentro con otro que me dice.

—¡Cómo se conoce que vas reventando de buenas noticias: no puedes ni caminar!

Válgame Dios, Andrés, que ya no sabe úno ni cómo caminar—y sigo mi paseo, sonriéndome de pensar en tanta majadería.

A dos pasos me dice otro amigo:

—¡Qué cara tan risueña trae usted! ¡Cómo se conoce que han subido los bonos de la revolución!

—Me venía riendo—le contesté—de tanto necio como usted encuentra en esta ciudad—y seguí con la cara que puede tener quien se convence de que ha nacido en un pueblo de idiotas.

—Qué cara tan amarrada trae usted, señor don Pedro;—me dice otro—va usted diciéndole á todo el mundo que ha perdido toda esperanza.

—Sí, sí, amigo mío; he perdido toda esperanza. ¿Qué puede esperarse en una tierra de gitanos adivinadores?

En llegando al teatro resolví ir á pasar la tarde con una tía que vive cerca y me dirigí á su casa.

Allí me aguardaba otra calamidad!

En toda la puerta encontré á un viejo simplón que me dijo al oído:

—Pase de largo; esta casa es sospechosa; dicen que aquí se reune el comité todas las noches.

—Por Dios! don Cosme,—le dije molesto—si aquí vive mi tía de setenta años, que pasa las noches en una partida de tresillo con cuatro viejos muy respetables!

—Sí, señor; yo conozco esos tresillos—y se alejó dándome una palmadita maliciosa en la espalda.

Ya ves, Justo, lo que me pasa; ahora comprenderás por qué recibí tu chanza con amargura.

—Lo comprendo perfectamente, mi querido Pedro, y te pido mil perdones. No sería nada que los amigos te dijeran al oído las majaderías que me has referido, sino que cada uno de ellos, para echarla de sabilucho, va diciendo, á todo el que encuentra:

—«Pedro va á ser un *gran cacao:* está metido hasta las orejas: no sale del Club, y cuando no está en el Club, está revolviendo la Plaza Bolívar.

—Esto se está poniendo muy feo: ayer encontré á Pedro por la calle del Comercio, más veloz que una bicicleta.

—Algo muy serio se está preparando: encontré á Pedro hoy con una cara de conjurado que me dió miedo.

—Todo va viento en popa: Pedro anda por ahí con una cara de pascuas que va diciendo á todo el mundo que tiene buenas noticias.

—Crea usted que esto se hunde: ayer encontré á Pedro andando muy despacio: cuando usted lo vea andar despacio, es porque la cosa va volando.

—Pedro no sale de casa de su tía Ursula, una vieja goda que alumbra á Fernando sépti-

mo; ella preside el comité y da cuanto le pidan para la revolución.»

Tal es la vida social, amigo mío. Por necedad, y alguna vez por mala fe, tánto dirán tus amigos que conspiras, que despertarán las sospechas de la policía y darán contigo en la Rotunda; y cuando te veas entre gentes extrañas, con quienes no tienes ninguna comunidad de ideas, exclamarás para consolarte:

—¡Oh insigne Echegaray! Hé aquí tu Gran Galeoto!!

12 de mayo de 1898.

LA GUERRA

—

Corrían brisas primaverales sobre la tierra, esparciendo calor vivificante.

Crujía el bosque al reventar de los botones.

Las aves, en giros vagabundos, batían las alas y pïaban alborozadas.

Todo en la naturaleza era sonrisas, y en las almas, alegría y esperanzas.....

De repente trueno pavoroso hiende los aires y nube negra y roja oscurece los dorados rayos del sol.

Lluvia de sangre va á caer sobre la tierra.....

No más verdes capullos ni botones sonrosados!

Cuando la tierra se empapa en la sangre caliente de sus hijos, no produce sino abrojos y cizaña.

El árbol de la libertad y del amor no cuaja preciados frutos regado con lágrimas.

Sólo prospera al favor de brisas apacibles y de cultivo cariñoso!

Hermanos en la patria! cubrid con piedra sepulcral vuestras esperanzas!

Madres! llorad por vuestros hijos.

Hijos! llorad por vuestros padres!

AMIGOS Y ENEMIGOS

—

Cierto amigo mío, que tiene mucho talento y que, por lo tanto, dice muchas extravagancias, se expresaba así en el wagón que nos llevaba para Antímano.

—«Los amigos hacen siempre más daño que los enemigos.»

—No estamos de acuerdo—contesté:—yo creo en la amistad, porque tengo amigos, y, en fin, porque para tener alguna creencia consoladora en este pícaro mundo, es preciso creer siquiera en el afecto.

—Yo no te digo que no creo en la amistad ni en el afecto; lo que sostengo es que la gente que nos quiere más, es quien nos hace más daño.

—Pues no lo comprendo.

—Te lo explicaré con un ejemplo:

Supongamos que tú eres un hombre excelente. Es una suposición, no vayas á envanecerte.

Tus antepasados no tuvieron nunca roce con los caudales públicos, por lo cual, no te dejaron más herencia que la obligación de trabajar para vivir; eso sí, un nombre muy limpio, tanto como la caja.

A fuerza de constancia has llegado á labrarte una posición independiente: has alcanzado los dos supremos bienes de la vida:—el aprecio de los que te tratan y el olvido ó indiferencia de la multitud.

Nadie te envidia, ni te aborrece, porque no estás más alto que nadie.

Los gobiernos van pasando y cambiando de bandera, y jamás te han hecho un mal, ni siquiera el de nombrarte Comisario de policía.

Pero llegan unas elecciones y se dice que van á ser libres,—hasta el gobierno lo dice, y promete neutralidad: la bola rueda, y hay quien lo crea. Como es una cosa que no se ha visto nunca aquí, y probablemente en ninguna parte, la *ciudadanía* se despierta, se alborota, forma sociedades y elige candidatos.

La gente que más te quiere, es decir: *tus amigos*, se acuerdan de tí y lanzan tu nombre á la publicidad.

Como es un nombre enteramente nuevo, en la política por lo menos, la gente se pregunta: —¿quién será este bribón?

Y ya comienzan á caer sospechas sobre el limpio nombre que llevas.

Se funda un periódico para hacer la propaganda; en la primera página aparece tu retrato; tu mujer, aunque es muy partidaria del papel y contribuyó á su fundación, con tus propios fondos, y probablemente con tu consentimiento, encuentra el retrato muy feo, y se desespera, y rabia, y maldice al litógrafo, y lo llama animal,

y comienza el periódico á causar el primer disgusto en el hogar.

En una serie de artículos, escritos por plumas de alquiler, que lo mismo alaban que vituperan, se comprueba que el candidato es un grande hombre, cosa que tú no habías sospechado, y que eres el primer poeta y el primer orador de la América latina.

¿Crees que te han hecho un obsequio?

Pues nada de eso! Lo que han hecho es crearte multitud de enemigos, porque todos los que hacemos versos, de Delpino para abajo, nos creemos ofendidos; y todo el que ha dicho un discurso, aunque sea en la escuela federal del Hatillo, se siente deprimido.

Otro partidario, que espera ser arzobispo, si llegas al poder (aunque no es sacerdote), te llama financista, y dice que tú eres capaz de esas grandes combinaciones que llaman atrevidas, y que á veces lo son.

¿Crees que te han elevado con el elogio?

Pues, mira; han acabado contigo, porque no habrá un solo mercachifle enriquecido vendiendo ochenta libras por un quintal, que no te denigre y te llame ignorante; no habrá un solo bolsista que haya hecho fortuna con papeles falsificados, que no se burle de tu rectitud, ni un solo usurero cruel, que no llame hipocresía tu buena fe.

La opinión en tu favor va creciendo, porque tus enemigos te están ayudando con sus ataques, sin sospecharlo; y al fin, se forma un partido respetable que pone en duda el triunfo de cierto candidato que, aunque no es oficial, tiene todo el apoyo del gobierno, en prueba de neutralidad.

Los periódicos contrarios te llaman intruso,

anarquista, perturbador del orden establecido, enemigo del progreso, y, por último, te denuncian como conspirador.

Tus partidarios se exaltan, y comienzan á tomar actitud amenazante: hay entre ellos quien diga que por las buenas ó por las malas llegarás á donde se proponen.

El gobierno, atento á las delaciones de los periódicos, comienza á temer por la seguridad pública, según dice, y por la suya propia, aunque no lo dice.

Es lo cierto que un día muy temprano, cuando vas á tu escritorio, te encuentras con Hipólito muy sonreído, y..... ¡chupulún! á la cárcel!

Tu familia se desespera, tus negocios se arruinan, tu salud se quebranta para siempre, tus ilusiones se desvanecen; tu fe en la opinión, en la justicia, en las instituciones, en el derecho, en la libertad, se acaba. En fin: en la cárcel naufragan todas tus creencias.

¿Te quejarás de la injusticia? No tienes razón: quéjate de tus amigos, de los que te aman; ellos son quienes te han metido á la cárcel; ellos, que te sacaron de tu feliz obscuridad y te pusieron de blanco, para que se cebaran en tí la envidia emponzoñada, el interés cruel, la calumnia impía.

—En ese caso—le contesté—puede suceder así, sin culpa de los amigos, pero hay otros.....

—¿Otros?—me interrumpió.—Mira: si triunfara un día tu partido, si subieran al poder tus amigos, te dejarían olvidado en un rincón, porque tú eres demasiado modesto; y el Presidente sería demasiado amigo tuyo para recelar ningún mal de tí. Sin ninguna pena podrá menospreciarte, porque tú, su amigo, no lo llevarás á mal. Los honores, las distinciones, los favores, serán

repartidos entre los vociferadores, entre los que se hacen temer, es decir, entre los que no son amigos.

—Si el gobierno te debe, pospondrá tu crédito para congraciarse con sus enemigos, dándoles la preferencia.

Pero no te olvidará del todo: te recordará cuando necesite un empréstito, que no podrás negar, porque eres amigo, porque eres de la casa.

—Pero por Dios, querido, acabarás por convencerme de que debemos temer á los que nos aman. Y si es así, ¿qué debemos esperar de los que nos aborrecen?

—De los enemigos es de quienes debemos esperar todo bien.

No sé quién ha dicho: «No se puede llegar á ser grande sin tener enemigos.»

Y le sobraba razón; porque un hombre que no cuenta enemigos no debe tener ningún mérito.

El que no provoca envidia, no sirve para nada.

Me fijo en la envidia, porque la considero fuente de todos los odios: es el pecado más antiguo; nació en el paraíso; Caín no podía soportar la virtud de Abel, y lo mató.

Siempre que oigas hablar mal de un hombre, puedes estar seguro de que vale algo.

Insultar á uno es predisponer á los otros en su favor.

A Cristo lo crucificaron sus enemigos y ¿qué hicieron, humanamente hablando?—convertir la Cruz, de suplicio ignominioso que era, en signo de redención.

Hay muchas reputaciones que se han encumbrado al favor de los ataques de sus detractores: sin la ayuda de los enemigos no habrían salido del nivel común.

No te inquietes por la mala voluntad de los hombres; procura no merecerla, sino que sea producto espontáneo de las almas ruines.

El odio es á los hombres lo que el gas á los globos: sin él no se levantan.

Cuando aquí llegaba el discurso, se detuvo el tren en la estación de Antímano donde debía desmontarse mi amigo. Al despedirme le dije:

—Permíteme escribir lo que has dicho; tuya será la gloria de la observación, si es meritoria; no me reservo más que la parte mecánica del escribiente.

EL TENIENTE PERDIGÓN

—

En los anales de nuestras guerras civiles, no hay un hecho de armas más extraordinario que la batalla de Santa Inés.

Es tan importante, que, cuando algún veterano quiere probar que se ha visto en muy grandes peligros, dice simplemente:

—Yo fuí de los derrotados en Santa Inés.

Conozco un tal teniente Perdigón, que todavía no ha pasado el susto después de cuarenta años.

El recuerdo de aquella espantosa jornada es el mayor timbre de su vida militar, y se ha grabado de tal modo en su memoria que no habla de otra cosa.

Dios libre á usted de encontrarse con el teniente, en la estación de La Guaira, frente á la casa que tiene por nombre «Santa Inés», en memoria de la hija mayor de quien la fabricó.

En el acto le dirá á usted, declamando:

—¡Qué nombre! ¡Cómo despierta en mí, re-

cuerdos de días heroicos! ¡Ese nombre huele á pólvora y á sangre caliente! Le voy á contar á usted: en diciembre de 1859 fue la batalla de Santa Inés..... Oiga usted como pasó.....

Afortunadamente pita el tranvía, usted se monta sin haberlo pensado, y se salva de mil descargas de fusilería y de artillería y quien sabe de cuantos lanzazos.....

*

Nombra usted la palabra más común, hablando con el teniente Perdigón, por ejemplo: *membrillo.*

—¡Ah!—le dirá él.—No hable usted de membrillos, hombre. Si usted hubiera estado en Mérida podría decir membrillo con propiedad.

—El año 1859 estuve en la Cordillera, después de la batalla de Santa Inés, ¡qué batalla!.....

—Sí señor—le interrumpe usted por salvarse —la conozco.

—¡Qué va usted á conocer! Figúrese usted que yo iba en la brigada del coronel Jelambi..... Ya va usted á ver lo que es un militar pundonoroso.....

—Señor, estoy de prisa; hágame usted el favor de reservarme para otro día el placer de oír su relación; y se va usted.

*

En una presentación ocasional dice un amigo:

—El teniente Perdigón; el señor Pedro Maica.

—¡Maica!—exclama perdigón, abriendo la bo-

ca como para tragárselo.—¿Es posible que usted se llame Maica?

—Servidor de usted.

—Usted debe ser pariente del comandante Maica, á quien le debo la vida.

—Vamos, hombre, échenos ese cuento.

—Cuando el glorioso desastre de Santa Inés, venía yo corriendo desde Curbatí: había botado las espuelas, las pistolas, la espada, la cobija y cuanto podía estorbarme: en una encrucijada, de repente, oigo un tropel de caballos y me agazapo entre una cepa de gamelote. Verme aquellos ginetes y venírseme encima el de adelante fue todo uno: era un joven aindiado con una lanza de media vara que me puso en las costillas.....

—¿Y no lo atravesó?

—No, señor.

—Pues, ciertamente, le debe usted la vida.

—No es así, señor; sino que era comandante de un escuadrón de los nuestros, y al reconocerme, me montó en ancas de su caballo y me salvó de que me mataran los enemigos.

—Pues, señor teniente, está usted hablando con un sobrino del comandante Genaro Maica.

—Déme usted un abrazo, y véngase conmigo para contarle toda esa historia.

—No se moleste usted ¡cuántas veces me la habrá contado mi tío al suave vaivén de los chinchorros en su quesera!

*

Con el teniente Perdigón se necesita un diccionario sin palabras para poder hablar.

Si nombra usted el *calor*, le contesta:

—¡Calor! si usted hubiera estado en las montañas de Barinas en 1859, cuando la batalla de Santa Inés, podría hablar de calor.

¿Habrá nada más bello ni más inocente que la nieve?

Pues Dios libre al más afamado poeta de decir, en presencia de Perdigón, *la casta nieve,* porque le caerá encima y le dirá:

—¡Qué sabe usted si la nieve es casta ó no es casta! Si usted hubiera pasado el páramo de Mucuchíes sin cobija, vestido de andrajos como íbamos todos los que tuvimos la gloria de salvarnos en Santa Inés, no diría usted que la nieve es *casta,* sino todo lo contrario, ni andaría usted buscando comparaciones para presentarla como lo más bello del mundo; muy lejos de eso, diría usted lo que decía yo en aquellos momentos: maldita sea la casta nieve, y maldito sea el inclemente granizo, y maldita sea la Federación, y maldito sea el centralismo, y maldito sea Rubín, y maldito sea Zamora, y maldito sea todo el que, de algún modo, tenga parte en que yo venga pasando este páramo nevado, con tanto frío, muerto de hambre, y sin tener siquiera un trago de aguardiente.

*

Y no hay escapatoria con el teniente Perdigón.

Por donde quiera que usted le salga, él lo esperará en Santa Inés, y acabará con usted, para vengarse de Zamora.

¡Hay tanto teniente Perdigón!

Unos que han tenido antepasados ilustres; otros que han ejercido altos empleos; otros que

tuvieron parientes ricos; otros que han pronunciado discursos. etc.

A todas manos le dirán á usted:

—Cuando mi abuelo hizo tal hazaña.....

—Cuando el Libertador almorzaba con mi tía.....

—Cuando mi tío el Arcediano, en tiempo de Carlos IV.....

—Cuando mi tía sacaba las onzas al sol.....

—Cuando yo, desde el ministerio, imprimía el sello de mi carácter á la política.....

—Cuando terminé mi discurso en la escuela municipal, tembló el pueblo de Los Teques.....

*

¡Y después dicen que los viejos son decrépitos!

¡Cuántos decrépitos hay que parecen viejos antes de tener años!

1898.

PESADILLA

—

Después de uno de esos días aciagos, en que todo conspira á ponernos de relieve la corrupción de la época, y toda la hez que hay en el fondo del corazón humano, no parecerá extraño que mi espíritu abatido y mi cerebro calenturiento, no me permitieran conciliar sueño tranquilo.

En vano apelaba á los recuerdos agradables, y me fijaba en aquello que es bálsamo de todas las heridas y manantial, siempre fresco, de alegrías para mi corazón,—los seres queridos de mi hogar!

Seguían chocándose en mi pensamiento las mil ideas que me atormentaban, tristes unas, amargas otras, desesperantes todas.

Yo no sé si estaba dormido ó despierto en mi sillón de estudio, pero yo he visto pasar ante mis ojos multitud de sombras, que representaban las ideas que me habían dominado en el día.

*

Pasó primero *la Verdad.*

Era una criatura bella, con formas de mujer y vestiduras de arcángel: tenía alas y diadema.

Dejaba ver en la majestad de su figura que no era hija de los hombres.

La llevaban maniatada, de pie sobre un carro, tirado por leones, que rugían volviendo hacia ella la cabeza.

La escoltaba inmennsa muchedumbre, ostentando trajes de todos los pueblos de la tierra.

En las primeras filas iban reyes, magistrados, guerreros, tribunos y mujeres que revelaban distinción en su porte.

Después seguían gentes de todos los gremios sociales.

Cada uno arrojaba sobre la prisionera el lodo que encontraba á su paso, y *La Verdad* volvía la mirada tranquila, como si aquellos ultrajes fuesen más bien una ovación.

En medio de la multitud iban grupos de niños y de gentes sencillas que marchaban tristes, sin comprender el objeto de aquella que parecía fiesta infernal.

La Verdad, dirigía algunas veces su mirada compasiva á aquellos grupos inocentes y hacía ademán de hablarles, pero los reyes y los mandarines hacían redoblar los tambores; y los rufianes, y los aduladores, y las mujeres prostituidas por el oro de los amos de la tierra, vociferaban y maldecían para ahogar la voz de *la Verdad.*

Entonces cruzaba por su faz divina una sombra de las tristezas de la tierra, y dos lágrimas rodaban de sus ojos.

—¿A dónde vais?—pregunté, conmovido, á uno que iba y venía, agitando una bandera negra

con manchas de sangre, y que sublevaba las pasiones con discursos envenenados, y ensañaba el odio con gritos de muerte y de exterminio.

—A la roca más escarpada, al abismo más profundo para arrojar á esta hipócrita y mordaz—me contestó,—y brillaron sus ojos como dos brasas del infierno y crujieron sus dientes, agudos y separados como los del chacal.

Insensatos! exclamé en mi interior, en vano pretendéis huír de su mirada severa y de sus juicios infalibles! La verdad no perece nunca; desde la más profunda sima se alzará su voz hasta el cielo para condenar vuestras iniquidades! Podéis engañar á los hombres, pero jamás á Dios: ni siquiera á vosotros mismos, porque dentro de vosotros ha creado Dios un tribunal donde constantemente oís la voz de la verdad! ¿Dónde hallaréis un abismo bastante profundo para ahogar vuestra conciencia?

La Verdad siguió con su escolta de verdugos.

*

Un silencio profundo sucede á la algazara de aquella muchedumbre.

Todas las miradas se fijan hacia el Oriente, donde aparece una carretela de oro, tirada por veinte caballos que devoran el espacio y levantan remolinos de polvo.

Los penachos y el brillo de los arneses deslumbran como el sol.

Sirve de auriga *la Fama* que trae en una mano, las riendas y en otra, su clarín.

De pie sobre aquel carro triunfal, entre flámulas y gallardetes multicolores, aparece *la Mentira*, coronada de piedras preciosas; la faz riente; como rosas las mejillas; sueltos en largos rizos los

abundosos cabellos y el seno descubierto como una bacante.

Mientras agitaba alegre banderola, arrojaba flores artificiales del cesto inagotable que tenía á su lado.

Hurra estruendoroso resuena en el espacio al penetrar entre la multitud: el eco se dilata prolongándose hasta llegar á los confines de la tierra: y todas las manos se agitan en señal de alegría.

La carretela hace alto y la muchedumbre se arrodilla.

Tropa vil de sátiros, medio desnudos, coronados de yedra, danzan alrededor del carro, al són de alegres panderetas. Ofrendas sin número son depositadas á los pies de aquel ídolo del siglo.

Después de estas ceremonias, *la Mentira*, agita su banderola en torno de la multitud; los caballos relinchan y parten como rayos entre la lluvia de flores que brota de todas las manos.

Nuevo víctor retumba en los aires mientras se pierde en el horizonte la carretela deslumbrante.

La multitud quedó en silencio, como extasiada. Sólo de un pequeño grupo que había permanecido de pies, mientras los otros se arrodillaron, se escapó una maldición.

*

Después pasó *la Ingratitud* en puntillas, callada, sin séquito ninguno, cubierta con ropaje pardo y el rostro vuelto de lado como para que no la conociesen.

Inútil disfraz! tanto me ha hecho sufrir, que

la conocería hasta por el ruido de sus pasos cautelosos!

*

Seguía después *la Buena Fe.*

Iba entre un ataúd, muerta; túnica blanca como el armiño, le servía de mortaja.

Sostenían el ataúd cuatro hombres de figura distinguida que marchaban risueños y con paso firme.

Detrás del féretro seguía un grupo de vírgenes pálidas y llorosas, coronadas de azucenas y rosas marchitas.

Cada una á su turno, arrojaba una flor de su corona entre el ataúd: al contacto de aquella flor, el cadáver se extremecía como galvanizado y entreabría los ojos y la boca; pero al instante los labios se juntaban desdeñosos y los párpados caían con la pesantez de la muerte.

Allí no había esperanza!.....

*

Después pasó *la Miseria.*

Era una vieja sorda, descarnada y pálida, nariz aguda, ojos juntos y consumidos, cabeza pequeña, cuello largo y recto.

Sus brazos, como barras de tenaza, sostenían una cornucopia que arrojaba cáscaras secas, huesos, pedazos de hierro enmohecidos y cigarros apagados.

La seguían varios cortesanos, parecidos á los avaros que conozco: iban recogiendo todo lo que salía de la cornucopia y guardándolo cautelosamente para que los otros no lo advirtieran.

A los lados de la ruta se habían situado al-

gunos ciegos, ancianos valetudinarios y niños huérfanos con hambre y frío, que extendían los brazos y pedían una limosna por amor de Dios.

La Miseria, como era sorda, no los escuchaba, y los avaros se miraban unos á otros y se reían, y despreciaban aquel clamor que partía el alma, y seguían recogiendo el tesoro que brotaba de la cornucopia.....

*

Detrás venía el *Desencanto*.

Se veía como dibujada en un lienzo, la figura de un hombre sentado en su sillón; pálido el rostro, sin brillo los ojos, circundados de ojeras negras y surcos como de llanto: la boca contraída con un gesto de resignación, pero al mismo tiempo de inconformidad: los brazos cruzados y la mirada fija en el cielo, como quien, perdido en todos los rumbos de la tierra, sólo espera en la divina justicia.

Al aproximarse el lienzo reconozco mi propia imagen, y un grito de terror se escapa de mi pecho! Despierto, lleno de angustia, me veo delante del espejo y comprendo que soy víctima de espantosa pesadilla!

1878.

CURAÇAO

—

Á LA SRA. R. D. DE SALAS

—

Retribuyo con esta dedicatoria una taza de chocolate.—Quedo debiendo las pastillas, y la cordialidad con que me fue ofrecida.

¿Quién no conoce aquella isla hospitalaria, donde no llueve nunca, pero que se mantiene siempre verde, regada con el llanto de los proscritos?

La palabra *Curaçao*, para mí, es sinónima de *ostracismo*, y es porque las impresiones que se reciben en la primera edad, no se borran nunca.

Siendo niño, oí decir que Juancho Echandía se había fugado de la cárcel para Curaçao, por escapar de una sentencia inicua.

Poco después supe que habían desterrado para Curaçao á los que condenaron á Echandía.

Más tarde supe que habían huído para Curaçao los que le absolvieron.

Después volvió el mismo Echandía para Curaçao.

Por eso aquella isla ha sido para mí la patria de los desterrados.

Esa intermitencia de ir los unos y venir los otros, ha continuado hasta hoy, y seguirá hasta el fin de los siglos, si no nos entrare el juicio con el tiempo, de lo cual no tengo mucha esperanza.

Yo he ido varias veces á Curaçao, de paseo, jamás desterrado, lo que quiere decir que no he servido para nada en mi patria.

He estudiado la fisonomía de aquel pueblo y no le encuentro carácter nacional.

Gobierna Holanda, y no hay más holandeses que los gobernantes.

El idioma oficial es el holandés, y se hablan todos menos el oficial. El verdadero idioma del lugar es el *patois* español.

Allí todo el mundo parece, si no desterrado, al menos extranjero.

La colonia más numerosa, y la que constituye el más distinguido centro social, es la hebrea.

Casi todos son oriundos de España con sus fisonomías y sus apellidos españoles, y con aquella caballerosidad y esplendidez en sus hogares, propias del hidalgo castellano.

Las mujeres tienen los ojos y los cabellos negros, como las andaluzas; pero el perfil griego,

el talle esbelto y las maneras dulcemente graves, recuerdan más á las hijas de Esparta, por no remontarme hasta Judiht ó Esther.

Los demás pobladores, son desterrados de todas partes y de todos los tiempos; contrabandistas afortunados, convertidos en hombres de bien; marinos de diferentes naciones, que han echado el ancla en aquel puerto para no levarla más; negociantes, en fin, que encuentran allí seguridad y reposo, ya que no grandes proventos.

Estos son los que han ido formando allí sus hogares; pero no una patria. La patria es otra cosa.

—Es aquel pedazo de mundo que nos unge al nacer con el título de ciudadano, que equivale al de Rey; que nos honra con sus distinciones ó nos persigue con sus injusticias, pero que no podemos dejar de amar con orgullo, y por el cual sacrificamos cuanto hay de más caro en la vida.

Los hijos de Curaçao emigran á buscar fortuna, y hasta patria, en el continente, pero sin perder de vista la tierra en que nacieron.

Semejantes á las aves marinas, que forman su nido en una roca, en medio de las ondas, pero que pasan la vida en las riberas lejanas, y sólo buscan el peñón nativo para sacar sus crías y para morir tranquilas.

No sé si será porque yo no he suspirado desde allí la ausencia forzada de mi dulce nido, pero yo encuentro que el destierro en Curaçao es menos doloroso que en otra parte.

El pan del ostracismo debe ser menos amargo, cuando se hace con granos cosechados en la patria.

Debe tener mucha esperanza de regresar pron-

to, aquel que está viendo sus montañas azules por entre la bruma de los mares.

Debe ser muy consolador, ver todos los días la bandera que simboliza nuestras glorias, flotando sobre mástiles que han crecido en nuestros bosques.

Cuando hablamos nuestra propia lengua con los habitantes de la tierra en que nos asilamos; cuando comemos todos los días las frutas que ha producido nuestro suelo; cuando abrazamos diariamente á nuestros hermanos, que nos traen noticias y encomiendas de los seres amados; cuando vemos que la bóveda celeste que nos cubre, va á descansar sobre nuestra suspirada ribera, parece que va con nosotros un pedazo de la patria.

Yo bendigo esa isla que puso Dios al alcance de nuestras manos, para refugiarnos cuando se desencadenan las tempestades de la política.

Su puerto, formado por un golfo apacible, que se interna en medio de dos barrios populosos, parece que convida, con los brazos abiertos, á todos los proscritos del continente.

Allí han ido á purificarse, en las tristezas del destierro, todos los hombres que han ejercido el poder en Venezuela, y en otras repúblicas inmediatas.

Aquella isla es la tierra expiatoria de los errores, de la incapacidad, de las pasiones y hasta de las virtudes de los gobernantes.

Si yo llegara á perder un día esta deliciosa oscuridad en que vivo, y me viera elevado á la escarpada y vertiginosa cima del poder, haría grande esfuerzo por captarme las simpatías de Curaçao; porque yo sé que aquella es la tierra prometida á los que gobiernan; porque yo sabría que

me aguardaban los cestos de almibarados nísperos, para endulzar mis amarguras, y, en fin, porque yo viviría parodiando en mi memoria la célebre frase del orador romano: «Del capitolio á Curaçao no hay más que una noche.»

Por fortuna no estoy amenazado del amor de mis conciudadanos, y no tengo, tampoco, por qué temer sus iras para mañana.

ULTRATUMBA

—

X. había sido magistrado, periodista, jugador, negociante, padre de numerosa familia, hombre de influencia política y social y árbitro de muchos negocios públicos y privados.

Había acumulado cuantiosos haberes, sin reparar en medios, ni atender más que á su único fin, que era—dejar asegurado el porvenir de sus hijos.

Alcanzó el aplauso de sus parciales, la reprobación de sus contrarios, el cariño de sus favoritos, el temor de los débiles y el odio de sus víctimas.

La sociedad que, en conjunto, adora al dios Exito y se humilla ante los fuertes, rindió parias á la próspera fortuna de X y le tributó respeto y consideraciones. No faltó, sin embargo, quien tuviera su juicio en suspenso, entre dudas y desconfianzas.

Pero..... inesperadamente murió á la mitad

de su agitada carrera, y compareció ante el tribunal de la Justicia Infalible.

Dios, que sólo atiende al móvil de todas las acciones, y que no toma en cuenta los juicios humanos, condenó aquella alma injusta y dura, á los tormentos infernales.....

El ángel de las tinieblas, que no se sacia nunca de inventar suplicios para los condenados, se lo cargó un día sobre las alas y lo trajo, de modo invisible, á dar una vuelta por el mundo en que viviera.....

Habían pasado veinte años!

....

Satanás le hizo dar una recorrida general.

En la política imperaban ideas contrarias á las que él sostuvo.

Sus mayores enemigos eran los árbitros de la nación.

Jóvenes á quienes él había cerrado el paso en los caminos de la vida pública, habían alcanzado altos honores.

Sus amigos y partidarios yacían en la miseria y el olvido.

Familias arruinadas por él, habían recuperado los bienes que él les arrebató por medio de la usura y la extorsión.

Su nombre era generalmente excecrado, después que fueron descubiertas su perversidad y mala fe.

Al ver aquella mudanza, exclamó:

—Satanás, Satanás! llévame á los infiernos.

—Aún te falta que ver—dijo Satanás sonriendo,

Lo llevó á una Quinta que había sido su mayor deleite, donde pasaba el verano, con su mujer y con sus hijos, á la sombra de árboles plantados por su mano.

En el más encantador de los que fueron sus sotos, reclinado en una butaca, por él bien conocida, estaba su mayor enemigo, pasando las horas tristes de la vejez.

Hacía muchos años que era dueño de la Quinta. La había comprado en remate público.

—Satanás, por piedad.....!

—Espera, que aún te falta que ver.

Lo llevó después al hogar de su hija predilecta.

Se había casado con el hijo del más aborrecido de sus émulos.

Sus nietos llevaban el apellido que él había odiado más en la vida.

El marido de su hija no fue guiado por el amor, sino por la codicia del patrimonio, que era cuantioso, antes que los pleitos y las reclamaciones lo redujeran á una suma insignificante.

Aquel hombre, sin amor y sin respeto, compartía la vida entre el juego, las orgías y los amores escandalosos.

La infeliz mujer, engañada vilmente, se consumía en el dolor, viendo crecer á sus hijos, desdeñados por un padre indiferente y cruel, y sin más espectativa que la miseria y el oprobio.

En presencia de aquella escena exclamó el condenado:

—Qué se hicieron mis afanes por asegurar la felicidad de mis hijos! Satanás, Satanás, por piedad!.....

—Aún te falta que ver!

Lo llevó después á su antiguo hogar.

Su mujer compartía con otro hombre el lecho nupcial, que no había mudado de sitio.

Había cambiado el apellido que él le dejó por un nombre extranjero.

Su propio retrato había pasado del salón al

baño, y hacía el oficio de *paravent*, mientras que, en el lujoso marco que lo guarnecía antiguamente, ostentaba las barbas rubias y los ojos azules el heredero de su mujer y de sus bienes.

Sus hijos, pobres, mal educados y sin carrera, se habían ido á rodar por el mundo, dejando á los nuevos y preferidos hijos de su madre, el hogar en que habían nacido, y donde cada sitio guardaba para ellos un recuerdo de la niñez feliz.....

Al ver el espantoso cuadro que presentaba su hogar, exclamó:

—Satanás, Satanás! por piedad, arrójame otra vez á los abismos infernales.

—Aún te falta que ver—dijo gozoso el príncipe de las tinieblas.

Lo llevó, por último, á una ciudad lejana; lo condujo al hospital y le mostró un lecho.....

Allí espiraba entre angustias y miserias una anciana octogenaria. Era la madre amorosa que le dió el sér, y á quien él había abandonado desde sus primeros años.....

Como los indigentes no tienen más familia que las Hermanas de la Caridad, allí estaba la compañera inseparable del dolor, para enjugar la última lágrima.....

El alma del condenado, que no había tenido piedad de ninguna miseria, se sintió conmovida.

Satanás, temiendo que pudiera llegar hasta el arrepentimiento, envolvió su presa en un remolino de humo y desapareció en los antros del martirio eterno!

Está escrito;

Todo bienestar y toda grandeza humana, que no tengan por base, la moral y la justicia, desaparecerán como edificios levantados sobre cimientos de arena, y al derrumbarse, producirán catástrofes.

El mal que hicieres voluntariamente, si no volviere contra tí, caerá sobre tus hijos: ellos pagarán tus injusticias y tus crueldades hasta la quinta generación.

Las riquezas adquiridas á costa de la miseria ajena, no labrarán la felicidad de los hijos, ni pasarán á los nietos.

El oro que amasares con lágrimas ó con sangre, será derretido en los crisoles del infierno, y quemará tus entrañas.

Ningún bién quedará sin recompensa: ningún mal sin castigo.

Tardará días, tardará años, pero la justicia divina es infalible!

1897.

CULPA Y EXPIACIÓN

—

Érase un joven cubano, poseedor de grandes riquezas, gracias á las economías de su padre y al sudor de los míseros esclavos.

Si no se había educado, precisamente hablando, había pasado su juventud en los colegios, los parques, los casinos y los centros de corrupción de New-York, París y Londres.

Acostumbrado á la vida europea, miraba la próbida tierra en que vió la luz como país salvaje; y apenas pasaba en ella los días necesarios para reunir recursos cuantiosos con qué seguir la interminable correría.

En uno de sus viajes llegó á Milán y se alojó en el «Hotel Victoria».

Frente al hotel había una «Pensión de familia», muy respetable, regentada por la señora viuda de Volta, madre de dos hermosas niñas.

Desde el balcón de su sala veía Ceballos, con frecuencia, á Berta la más bella de las señoritas de Volta, y se enamoró de ella locamente.

Pocos días después pidió alojamiento en la fonda, y se trasladó á vivir en el mayor contacto posible con la mujer que le había trastornado el juicio.

En poco tiempo conquistó el afecto de la señora Volta, con actos de largueza, y alcanzó la estimación de toda la familia.

Berta fue sensible á las constantes demostraciones de amor que le hacía Ceballos, y le entregó su corazón!

Sin que precedieran los requisitos de un compromiso formal, aquel era un matrimonio convenido en toda la familia y cuya realización no debía tardar.

Como sucede siempre: nadá hay más peligroso que la confianza entre dos amantes.

Después de algunos meses de la residencia de Ceballos en la fonda, Berta tenía derecho para instarle por el cumplimiento del matrimonio prometido; pero él, con notable desabrimiento, difería el asunto de semana en semana.

Las angustias de Berta crecían.

Ceballos se mostraba cada día más indiferente.

Un día desapareció de Milán dejando todo su equipaje en la fonda.

La señora de Volta temió que su huésped hubiese desaparecido víctima de algún crimen, y dió parte á la policía.

Y no se engañaba:—por un crimen había desaparecido, pero no era él la víctima, sino el victimario.

Berta no hacía más que llorar!

Lo adivinaba todo.....

Un mes después tuvo noticias la policía de Milán, de que don Juan de Ceballos se había embarcado en el Havre con rumbo á New-York,

bajo el nombre supuesto de Ximenes, de nacionalidad mejicana.

La situación de Berta era muy embarazosa:—burlada por el hombre á quien amaba, pensó primero en el suicidio, y después en la fuga, para perseguir á su malhechor.

Ayudada por su generosa hermana, desapareció una noche del hogar paterno dejando á su madre una carta en que le decía que iba á arrojarse al río para salvar á su familia de la deshonra; que la perdonara en gracia del terrible castigo que se había impuesto.

La familia la dió por muerta.

Pintar las amarguras y contratiempos de una niña que abondona por primera vez el techo paterno, para lanzarse sola, fugitiva y delincuente á peregrinar por caminos desconocidos, sería demasiado doloroso.

Baste saber que después de cuatro meses de retardo llegó á New-York.

Se alojó en un *Boarding* demasiado costoso para sus agotados recursos, pero fue el primero que encontró.

Allí la sorprendió el trance de dar á luz una hermosa niña.

El dueño de la casa, hombre sin piedad ni conciencia, quiso arrojarla á la calle en el momento crítico; pero, por fortuna, entre los huéspedes se hallaba la señora Luque, piadosa genovesa, quien con permiso de su marido, garantizó los gastos del caso y le prodigó á la infeliz los más generosos cuidados y todos los recursos necesarios.

Los esposos Luque no tenían hijos, y desde el primer instante acogieron á la recien nacida como á una hija; fueron sus padrinos; y la llamaron Anunciata que era el nombre de la señora.

La desgraciada Berta había encontrado una Providencia, y olvidado al infame Ceballos.

La familia Luque fue á establecerse en el alto comercio de Caracas.

Berta hacía en la casa el oficio de ama de llaves, y su hija, Anunciata, era el ama de la casa, como hija única y consentida de dos madres y de un padre que la idolatraban.

La señora de Luque murió diez años después, dejando á Anunciata la mitad de sus haberes.

El señor Luque no encontró nada más natural que tomar á Berta por esposa.

Mucho se habló de este enlace, pero como ya Anunciata era mujercita y se daban fiestas con frecuencia, las más amargas murmuraciones se endulzaron con frutas heladas y se ahogaron en champagne.

Por otra parte, la nueva señora Luque era bastante bien educada para sostener su alto rango, y su belleza y buen gusto resaltaban en toda reunión.

En poco tiempo la señora Berta de Luque fue, no sólo admitida, sino adulada entre la aristocracia del dinero.

Anunciata llena de talento, gracia y virtudes, era el encanto de la sociedad y la alegría de su hogar.

Así corrían los años.

***

Volvamos al señor de Ceballos.

Después de su infame conducta en Milán, volvió á la Habana, temeroso siempre de ser perseguido por su víctima.

Contrajo matrimonio con la hija de un rico marqués, quien resultó arruinado.

Entre el lujo y la ociosidad consumió Ceballos la mayor parte de su caudal; y cuando ya no pudo sostener su rango en aquella opulenta capital, se retiró al interior, donde aún le quedaba un valioso *Ingenio.*

Tuvo una hija á quien amaba entrañablemente.

Arruinado por los vicios, atormentado por los escándalos de su juventud, se redujo al único amparo que hay contra las tempestades de la vida: el hogar, el dulce hogar!

Cuando el noble Martí desplegó al aura de la Patria el pabellón de la independencia, Ceballos, indigno de comer el pan que produjera su propio suelo, tomó partido por España.

Indignados sus compatriotas por tan infame conducta, incendiáronle los campos y las oficinas del *Ingenio* y lo redujeron á la miseria.

Mientras él combatía voluntariamente contra sus hermanos, perecieron su mujer y su hija, víctimas de la fiebre, en una de las tristísimas peregrinaciones á que se han visto obligadas las familias del interior de Cuba.

En un día desaparecieron afectos y hacienda, y no quedaron, en cambio, más que ignominia y dolor profundo.

Ceballos no pudo hacer frente á su tremenda situación: abandonó á Cuba, provisto de escasos recursos y traspasada el alma de dolor, como un día la desgraciada Berta, abandonó á Milán.

Después de infructuosas excursiones, se dirigió á Caracas en solicitud de alguna ocupación para ganar el pan.

Cierta noche en que fue llevado al Teatro de la Zarzuela por un amigo, llamáronle mucho la

atención la belleza de una joven y la majestad de una señora, joven también, que en compañía de un caballero, ocupaban el palco número 9.

Como encontrara en la joven mucho parecimiento con la hija que había perdido, preguntó al amigo que le acompañaba el nombre de aquella familia.

—La señora se llama Berta de Luque y la hija Anunciata Luque; es hija natural de la señora y adoptiva del marido.

Ceballos se quedó estático.—Berta!—decía para sí.—Anunciata!—20 años!—el parecimiento á mi infortunada hija!—No hay duda!!!

Obtuvo por fin los informes necesarios para asegurarse de que Anunciata era su hija y de ser su madre la infeliz Berta á quien él había sumido en la desesperación y en la deshonra.

Pocos días después cometió la villanía de escribir esta carta:

—«Hija mía:

«Vuestra madre os habrá confiado el secreto «de vuestro nacimiento.

«Las vueltas del mundo han traído á vuestro «padre á la ciudad que habitáis, y solicita vuestro «consentimiento para daros un abrazo y pedir per«dón á vuestra madre.

J. de Ceballos.»

Anunciata le devolvió la carta con estas líneas al pie:

—«No reconozco más padre que aquel á quien «debo todo lo que soy y la dicha de mi madre.

«Preguntad á vuestra conciencia si tenéis de«recho á alguna consideración por haber dado cri«minalmente el sér á una criatura, á costa de la

«felicidad de una mujer inocente y de la honra de «una familia generosa».

Ceballos lloró lágrimas de sangre sobre aquellos renglones y exclamó:

—«Castigo merecido! Yo la abandoné á la ig-«nominia y á la miseria! y ella me cierra su puerta! «Se han cumplido las divinas palabras:—«Ojo por ojo, diente por diente!»

Dos meses después el carro fúnebre del Hospital Vargas pasaba frente á los balcones de Berta á las 5 de la tarde, con un cadáver sin más acompañamiento que el cochero.

¿Quién será ese infeliz?—dijeron conmovidas Berta y Anunciata;—y en la noche vieron en *El Pregonero* que el único muerto en el hospital en la tarde anterior había sido *Juan Ceballos, cubano, capitán de voluntarios.*

¡Dios lo haya perdonado, dijo Berta, como lo hemos perdonado nosotras!

Así terminó aquel hombre disipado y soberbio, que no respetó los fueros de la debilidad ni la virtud de ninguna mujer.

¡Y habrá quien no crea en la justicia de Dios!

LA MANTECA

—

(ARTÍCULO DE GÉNERO, NO DE CONSUMO)

—

—Aqui tiene usted—le dije, entregándole el memorial.—Es una solicitud que dirijo al honorable Cuerpo de que es usted secretario.

El joven tiró la colilla del cigarro, bajó la pierna que tenía sobre el brazo de la poltrona, y se acercó á la mesa para leer mi representación.

—Esto me parece bien—me dijo; y después de una pausa, añadió entre chanzas y veras, con maliciosa sonrisa:—pero no puedo asegurar á usted el buen éxito sin saber cuánto es *la manteca.*

—¿Manteca?—le pregunté asombrado—vuelva usted á leer; no se trata de manteca.

—¡Amigo mío! usted no conoce el vocabulario de estas regiones: aquí llamamos *manteca* lo que en otras partes llaman *aceite.*

—Pero, ¡ qué aceite de mis tormentos!

—Usted no quiere comprenderme—me dijo, riéndose de mi torpeza:—toda máquina necesita grasa para que funcione bien. A estas máquinas colegiadas, es preciso ponerles en la mayor parte de las ruedas, lo que llamaban los viejos *ungüento mejicano*, por alusión á las onzas de Méjico: de otro modo, no marchan al gusto de los peticionarios.—

Abrí la boca cuanto pude para tragarme aquel anzuelo.

Sin embargo, debo declarar que aquello fue pura broma, en cuanto á mí por lo menos, pues mi negocio se despachó satisfactoriamente, sin haber pagado nada por la resolución.

El secretario era un joven de *sprit;* escritor humorístico, muy versado en prácticas burocráticas, locuaz y agradable como pocos secretarios. Viendo mi asombro me dijo afectuosamente:

—Siéntese un momento; echemos un párrafo para explicarle lo que llamamos *manteca.*

—Se lo agradezco—le dije sentándome—porque, verdaderamente, es un vocablo nuevo para mí.

—Pues bien—continuó el secretario, torciendo un cigarrillo—*la manteca* es el gran secreto para hacer andar al derecho ó al revés las máquinas políticas, legislativas y judiciales, y es al mismo tiempo el gran resorte del Poder para hacer que bailen de pies ó de cabeza los ciudadanos y las corporaciones.

Siendo yo oficial de la secretaría de la Cámara de Diputados..... No me pregunte en qué año.....

—No hay cuidado. Adelante. En cualquier tiempo es lo mismo para el caso.

—Pues oiga usted: se discutía la aprobación de cierto contrato presentado por el Ejecutivo.

Había en la Cámara tres grupos, como sucede siempre. Uno de incondicionales consuetudinarios, que estaban trufados con tocino desde tiempo atrás.

Otro grupo de incoloros, que llamaban los *epicenos* en la barra, porque no figuraban en ningún bando: diputados de *viático* y *dietas*, como quien dice: *curas de misa y olla.*

Los votos de este grupo no eran valiosos, porque no los vendían caros, pero sí indispensables para formar la mayoría que el gobierno necesitaba á todo trance.

El Presidente los llamó y los convenció de la utilidad del nuevo contrato, y de que ellos sacarían más partido con apoyar los actos del Gobierno que de contrariarlos.

Ellos le manifestaron que lo sabían por experiencia, pero que deseaban tener algunas prendas.....

—Prendas, ¿de qué?—le interrumpí yo.

—De *manteca*, hombre de Dios!

—Es lo cierto—continuó el secretario—que el Ministro de Hacienda, presente, los llamó aparte; y al día siguiente la mayoría estaba asegurada... ..

¡Oh prodigios de la manteca de cacao!

El tercer grupo era de oposición, y lo presidía un hombre de palabra elocuente y de ánimo resuelto.

El Ministro del Exterior se encargó de tratar con él. Lo llamó á su despacho y le dijo que el Presidente deseaba saber si él aceptaría una misión diplomática, al terminarse las sesiones.

El diputado, á fuer de hombre digno y quisquilloso, contestó con acritud así:

—No me comprometo á nada, si el Gobierno no se somete previamente á mis condiciones.

—¿Y cuáles son esas condiciones?—preguntó el Ministro medio asustado.

—En primer lugar, yo escojo la misión que me convenga más; en segundo, elijo mi secretario; y en tercero, pido que se me anticipe un año de sueldo, dándome desde ahora la mitad.

—Concedido—dijo el Ministro y quedó el pacto sellado.

No se habló del Congreso.

Al día siguiente el honorable diputado pronunció este discurso que recuerdo íntegro:

«Señores: Abrigo hoy las mismas convicciones que expresé ayer. Mis ideas no han cambiado «desde que principió el debate.

«Mi energía no se doblega nunca, porque siempre apoyo mis opiniones en la ley y en el bien «de mis conciudadanos (*grandes aplausos*); pero, «antes que diputado, soy patriota; y antes que todo, «pertenezco á mi causa en cuerpo y alma (*aplausos de los incondicionales*).

«Nuestros enemigos están especulando con nuestras disenciones. Mientras nosotros discutimos fórmulas, ellos aguzan los puñales para herir de «muerte las libertades públicas! (*aplausos de los «epicenos*).

«En obsequio de la paz como un sacrificio «que nos impone la disciplina del partido á quien «servimos, y para ahogar las sangrientas esperanzas de nuestros enemigos, yo invito á mis compañeros á abandonar la discusión del contrato, «y á darle nuestra aprobación tal como ha sido «celebrado por el Ejecutivo Nacional!! (*aplausos de «un lado; horroroso murmullo del otro; silbidos en «la barra.*»)

¡Oh prodigios de la manteca de ultramar!

El honorable X, representante del Orinoco, se exalta con aquel cambio repentino, y lanza una

protesta terrible, que produce gran excitación en la Cámara.

Pero el Ministro del Interior tenía reservada una botella de manteca de caimán para semejantes casos. El sabía que el diputado X era poseedor de numerosas acciones en cierto contrato leonino, de minas, ó navegación ó explotación de qué sé yo, que estaba produciendo un caudal.

Sin darse por entendido, interrogó á X en privado, sobre la verdad de multitud de quejas que habían llegado al Gobierno, por abusos del contrato y arbitrariedades cometidas por los explotadores.

El diputado palidece.....

El Ministro aprovecha el momento para decir en alta voz:

—El Gobierno, en cumplimiento de sus más sagrados deberes, hará indemnizar los intereses perjudicados, y, en último caso, revocará la concesión, fundado en documentos fehacientes que tiene en su poder.

El diputado niega los cargos con voz trémula y débil, y, por último, declara que la terminación del contrato sería su ruina; invoca sus *sacrificios por la causa*, y suplica la protección del Gobierno.

El Ministro, afectando ignorar hasta aquel momento que X tuviera parte en el contrato, le ofreció sostenerlo á condición de que se retirara del Congreso, con cualquier pretexto.

El diputado no se retiró; su dignidad no le permitía perder las dietas; lo que sí retiró fue la protesta del día anterior, y se hizo suprimir en el acta.

¡El contrato salió aprobado por unanimidad!!

¡Oh prodigios de la manteca de caimán!

Ahora comprenderá usted lo que quiere decir *manteca*, y sus diversas clases y modos de usarla.

—Sí, amigo mío, usted me comprueba el refrán :—«*Con aceite se afloja todo tornillo.*»

—Pero no deduzca usted de estos casos que este país es el más corrompido del mundo. Manteca hubo en el tranvía de Broadway; manteca hubo en el canal de Panamá; manteca hubo en el asunto de los bancos italianos, y manteca hay donde quiera que usted vea grandes negociaciones.

—Sí, mi querido señor secretario, pero en otros países los sobornados y los sobornadores van á presidio, mientras que aquí.....

—Hágame usted el favor de cambiar de asunto que está entrando el Presidente del Cuerpo.

LEYES HUMANAS

—

Lo que voy á referir acaeció en un pueblecito de la Italia meridional.

Era un hombre de 35 años: de tez morena tostada por el sol, descarnado, con profundas ojeras, vestido con blusa azul ya descolorida.

Iba entre dos gendarmes, llevando un saco de espigas sobre el hombro derecho.

Oprimíale la mano izquierda una argolla con cadena, que sujetaba uno de los gendarmes.

Multitud de curiosos, de los que divierten la ociosidad con las desgracias ajenas, servía de cortejo al triste cuadro.

Aquel espectáculo hacía recordar la historia del Divino Nazareno.

Y es porque el Cristo, eterno supliciado, nace todos los días en los portales de la indigencia, y morirá crucificado hasta la extinción de la humanidad.

A poco andar llegó la comitiva al Juzgado de la Parroquia.

El Juez ocupaba su poltrona.

—Aquí tenéis—le dijo el sargento de los gendarmes—al hombre que os habían denunciado como invasor de una heredad ajena. Lo hemos cogido infraganti. Aquí está el cuerpo del delito, añadió presentando el saco de espigas.

El Juez (al acusado).—¿Cómo os llamáis?

Acus.--Giacomo Rossi.

El Juez.—¿Cuál es vuestra profesión?

Acus.—Cantero.

El Juez.—Se os acusa de haber tomado esas espigas de trigo en un sembrado ajeno. ¿Tenéis algo que decir en vuestra defensa?

Acus.—Es cierto que las he tomado, pero no en ningún campo *sembrado*, sino en un terreno inculto. Yo vi algunas espigas que, sin duda, brotaron espontáneamente entre la yerba, que no habían costado á nadie trabajo, y que sólo servían para alimentarse los pájaros.

Impulsado por la necesidad, y en la creencia de que nadie reclamaría lo que estaba perdido, cogí esas espigas á la luz del sol.

El Juez.—No es esta la primera vez que robáis trigo: habéis entrado ha pocos días al mismo campo.

Acus.—Es cierto, señor.

El Juez.—¿Podéis decir dónde tenéis depositado el trigo que habéis robado?

Acus.—En mi casa, señor.

El Juez.—Tengo que pasar visita inmediatamente á vuestro domicilio, ¿oponéis alguna resistencia?

Acus.—Ninguna, señor Juez.—

Terminado el interrogatorio salió la comitiva.

El reo iba delante, en medio de los gendar-

mes, asegurado con un par de esposas; seguían el Juez y dos testigos designados al efecto.

Llegaron á una callejuela tortuosa, banqueada á la falda de la colina que limita el pueblo.

Aquella vía se conoce con el nombre de «*Calle de las catacumbas,*» porque se compone de habitaciones subterráneas, como la que ocupaba Giacomo.

Era ésta una cueva practicada horizontalmente en la roca, al nivel de la calle y en forma de túnel; mediría, próximamente, cinco metros de ancho por seis de largo; el frente estaba cubierto con ladrillos de tierra cruda; un vidrio pequeño sobre la puerta, dejaba pasar alguna luz.

En aquella caverna oscura y fría, penetraron el acusado y la justicia.

Allí encontraron á una mujer macilenta, de fisonomía melancólica, aunque angustiada, y un niño de seis años, enfermo y triste, tendido sobre un montón de paja y casi desabrigado.

—«Aquí tenéis, señor Juez—dijo Giacomo—«el depósito de mis robos.»

«Esta pobre mujer y este niño enfermo se «morían de hambre.»

«Hace tres meses que se suspendieron los tra«bajos en la cantera donde ganaba el sustento de «mi familia.»

«He buscado trabajo en otras canteras y no «he podido encontrarlo.»

«El Monte de Piedad ha devorado uno á «uno todos mis utensilios; hasta nuestras camas «y nuestra ropa.»

«Nos hemos reducido á dos piedras para sen«tarnos y á un haz de paja para dormir.»

«He buscado adelantos sobre mi trabajo y «nadie me ha dado.»

«Hemos pedido pan y la caridad ha cerra-«do sus oídos á nuestra súplica.»

«He invocado la muerte y no ha tenido pie-«dad de mis tormentos.»

«Loco de angustia, salvé la zanja que res-«guarda el campo ajeno, y arrebaté á los gorrio-«nes unas espigas que no tenían ningún valor.»

«Con esas miserables espigas hemos sustenta-«do á nuestro hijo para prolongarle la vida.»

«No teníamos nada que darle hoy, y volví «á recoger las espigas que conocéis.»

«Mirad mis manos: estos callos y estas cica-«trices no se encuentran en las manos de los la-drones.».....

El Juez.—Sea como fuere; habéis cometido un delito que la ley castiga.

Acus.—¿Tenéis hijos, señor Juez?

El Juez.—Sí, los tengo.

Acus.—¿Habéis calculado hasta dónde puede llevar á un padre el llanto de un hijo que se desmaya de hambre?

El Juez.—No tengo para qué saberlo: sólo necesito saber el delito que habéis cometido invadiendo la propiedad ajena, para aplicar la pena que señala el Código. Hemos terminado; salgamos.—

La mujer, que había presenciado la escena, muda y temblorosa, al verlo salir exclamó:

—Se lo llevan, Dios mío!

El niño levantó los brazos y preguntó á su madre.

—¿Quién nos dará pan?

Giacomo volvió los ojos anublados por dos lágrimas y les dijo:

—El Padre Celestial velará por vosotros!

Vueltos á la sala de audiencia, el reo fue

condenado á ocho días de trabajos penosos en las obras públicas.....

Cuando el Juez se encontró solo, apoyó los codos sobre la mesa, descansó la frente sobre ambas manos, y balbuceó estas palabras:

—«Oh iniquidad! condenar *yo* á un infeliz, «porque fué, como los pajarillos, á buscar espi«gas para alimentar á sus hijos!»

«Y esto lo hago *yo*, que he vendido la jus«ticia tantas veces, por dinero, para que los hi«jos míos vivan en la abundancia y en el lujo.»

«Pero yo no hice la ley; yo la he cum«plido.»

«La ley! qué sarcasmo! la ley que solo cas«tiga los delitos acusados y comprobados..... de «los que no pueden defenderse.»

«La ley, que cae con mayor fuerza sobre los «humildes.»

«La ley, fuerte con los débiles y débil con «los fuertes.»

«Pero yo la he cumplido!»—

Giacomo sufrió su condena y volvió á su hogar al amanecer del noveno día.

Lo encontró desierto.....!

Su mujer había muerto tres días después de su prisión.....

Su hijo había sido trasportado por las Hermanas de la Caridad al *Asilo de Niños* de Nápoles.

Una buena mujer de la vecindad le dió estas noticias y le entregó un librito por encargo de su esposa moribunda, quien había escrito en él algunas palabras.

Era un tomito muy usado de la *Imitación de Cristo*, que ella solía leerle por las noches.

Al voltear la cubierta, había unos renglo-

nes desiguales, trazados por mano trémula, que decían:

«Giacomo mío:

«Me muero de tristeza.

«Cuando pienso que tu amor y tu piedad «hacia nosotros, te han conducido á una prisión, «no puedo conformarme.

«Conserva este librito, único tesoro que pue«do legarte: él me ha consolado en mi doloroso «tránsito por la tierra; me ha servido de alimen«to muchas veces, confortando mi fe y mi espe«ranza.

«No llores por mí, que me voy á rogar por «tí y por nuestro hijo, al lado de María: llora «por los que no tienen compasión de las mise«rias ajenas.

«Te envío mi último suspiro!

«*tu Marieta.*»

Giacomo se quedó petrificado.....

Sin su mujer, sin su hijo, sin honra y sin pan, ¿á dónde iría?

¿Quién le daría ocupación? ¿Cómo podría alzar la frente ante un pueblo que lo había visto maniatado por delincuente?

Cayó desfallecido sobre el montón de paja que había sido el último lecho de su mujer.....

Allí, tres días después, recogió la policía un cadáver rígido.....

Había muerto de hambre, de dolor, y de vergüenza.....

A su lado se encontró el *librito* de la *Imitación de Cristo.*

Al pie de las palabras trazadas por su mujer, había escrito él:

«Marieta: Vuelo á reunirme contigo en el «Cielo: la tierra no tiene hogar para mí.».....

«¡Almas piadosas! Llevad este *librito* á mi «desventurado hijo, que se halla en el *Asilo* de «Nápoles: decidle que lo venere como una reli«quia sagrada; porque está empapado con lágri«mas de su madre.

Giacomo Rossi.»

¡Cuán triste es pensar que tal destino pudo caber á una familia honesta, que había amado el trabajo y profesado la virtud!

Y ¡qué consuelo tan grande es creer que más allá de las miserias de la tierra, se encuentra la justicia divina, reparadora de todas las injusticias humanas!

ÍNDICE

	PÁGINA
El godo	3
Las cuelgas	9
La industria de conspirar	15
El Buhonero	21
El biberón	27
El tiburón del pueblo	33
Los peligrosos	39
Los recalcitrantes	43
Riqueza y pobreza	47
La adoración perpetua	53
Un hombre feliz	59
El alcalde de Pantanero	63
El licor	67
La mentira	75
Los patiquines	79
La inundación del Puente Nuevo	85
Los políticos	89
El orgullo	95
El nombre	101
El comisario	107
La honradez	113
La mejor carrera	119

PÁGINA

El carácter 123
Las reputaciones..... 129
Los adjetivos..... 135
El Año nuevo..... 141
Cartas caraqueñas 145
Artículo de Comercio.—Pesas, medidas y calidades 151
La Instrucción primaria..... 157
La guerra civil..... 163
Los años 169
Los quincalleros turcos..... 173
Semblanza de mi tiempo..... 179
El avaro 185
La lotería..... 189
La crisis..... 195
Los retratos..... 201
El robo..... 207
Las necrologías..... 213
Artículo de Comercio.—El cobrador viajero..... 217
Angel caído..... 223
El bombo 229
Cuestión económica..... 233
Los orejones 239
Apólogo 243
El reloj de don Ambrosio..... 247
La Casa de empeños..... 253
La libre-pensadora..... 257
El Gran Galeoto..... 263
La guerra 269
Amigos y enemigos 271
El Teniente Perdigón 277
Pesadilla 283
Curaçao..... 289
Ultratumba 295
Culpa y expiación..... 301
La manteca..... 309
Leyes humanas..... 315

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.